

Teología y Pastoral para América Latina

Vol. XXX / N°. 117, marzo de 2004



Desde América
la Misión Ad Gentes
Hoy



medellín

medellín

Teología y Pastoral para América Latina
Revista Trimestral Fundada en 1975

<u>Director</u>	Leonidas Ortiz Lozada, pbro. Rector del Itepal
<u>Secretario y Suscripciones</u>	Luis Guillermo Pineda Asistente Administración ITEPAL
<u>Consejo Editorial</u>	Mons. Carlos Aguiar Retes (México) Mons. Ricardo Cuéllar Romo (México) Mons. Guillermo Melguizo Yepes (Colombia) Mons. Cristian Precht Bañados (Chile) Padre Víctor Manuel Ruano Pineda (Guatemala) Padre Mario de França Miranda (Brasil)

Nota: El Autor de cada artículo de esta publicación asume la responsabilidad de las opiniones que expresa.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN para el año de 2004

COLOMBIA: \$ 40.000,00
AMÉRICA LATINA: US\$ 55,00
ASIA Y ÁFRICA: US\$ 65,00
EUROPA Y AMÉRICA DEL NORTE: US\$ 75,00

Forma de Pago a la Administración de la Revista

COLOMBIA: Cheque en pesos colombianos a nombre del CELAM.
Consignación en las cuentas bancarias: Granahorrar 1200-37448-4; Colmena: 0102500068995
Bancolombia: Cta. No. 2010196156-2; Las Villas: 01713043-6
(todas a nombre de CELAM)
OTROS PAÍSES: Cheque en dólares americanos sobre Banco de Estados Unidos a favor de CELAM.
Efectivo ó giro postal en dólares americanos.
En cualquier caso favor enviar la constancia de la transacción a:

INSTITUTO TEOLÓGICO-PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA - ITEPAL
Transversal 67 (Av. Boyacá) No. 173-71 / A.A. 253353
Tels: (57-1) 667 0050 - 667 0110 - 667 0120
Fax: (57-1) 677 6521 / E-mail: itepal@celam.org
Bogotá D.C. - COLOMBIA

©

Edición No. 117 - 2000 ejemplares - 2004
ISSN 0121-4977

Impresión: EDITORIAL KIMPRES LTDA.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

En el pasado mes de Noviembre de 2003 se realizó en Guatemala el Segundo Congreso Americano Misionero y el Séptimo Congreso Misionero Latinoamericano, cuyo tema de estudio fue *“La Misión, anuncio del Evangelio de la Vida, tarea fundamental del Pueblo de Dios que peregrina en América”*.

Los Congresos Misioneros Latinoamericanos, que luego abarcaron todos los países de América, han ejercido una notable influencia en la marcha misionera del continente. Cuando en 1977, los organizadores del Séptimo Congreso Misionero Nacional de México, invitaron a participar a los Presidentes de las Comisiones Episcopales de Misiones y al Director de las Obras Misionales Pontificias de cada uno de los países de América Latina y el Caribe, se dio inicio a un proceso misionero continental, bajo el lema *“Misión universal, compromiso de todos”*.

Cada uno de los congresos siguientes ha contribuido a fortalecer la reflexión y la mística en torno a la Misión ad gentes. En 1983, en Tlaxcala – México, con el lema: *“Con María, Misioneros de Cristo”*, y motivados por el Documento de Puebla, se percibió con más fuerza la necesidad de participar en la misión ad gentes, como condición y exigencia de su vitalidad evangelizadora.

En el Congreso de Bogotá (1987), bajo el lema *“América, ha llegado tu hora de ser evangelizadora”*, se destacó la importancia de la Iglesia particular en la misión ad gentes, *“dando desde la pobreza”*, como lo había planteado Puebla.

En Lima, Perú (1991), a la luz de la *Redemptoris Missio* y bajo el lema: *“América, desde tu fe envía misioneros”*, se profundizó en la responsabilidad de las Iglesias locales en la animación misionera, en la organización pastoral y en la formación de misioneros ad gentes.

En Bello Horizonte, Brasil (1995), se trató como tema central *“El Evangelio en las culturas, camino de vida y esperanza”* y se dio prioridad a las culturas indígenas y afroamericanas, a la cultura de la ciudad y al dialogo ecuménico e interreligioso.

En Paraná, Argentina (1999), se escogió como lema: “América con Cristo, sal de tu tierra” y se profundizaron temas como la misión inculturada y liberadora más allá de las fronteras y la animación misionera en la pastoral ordinaria.

En este número de la Revista Medellín hemos querido publicar las ponencias y las Conclusiones del CAM2-COMLA7, antecedidas por el Mensaje del Papa Juan Pablo II a los participantes del mencionado Congreso. Esperamos que la lectura y difusión de sus contenidos contribuyan a lograr el objetivo del Congreso: “Animar la vida de las Iglesias Particulares del continente para que, desde su experiencia evangelizadora, asuman responsable y solidariamente el compromiso de la misión ad gentes”.

El Director

Mensaje del Papa
Juan Pablo II
al Segundo Congreso
Americano Misionero



1 El II Congreso Americano Misionero, que se celebra en la Ciudad de Guatemala bajo el lema «Iglesia en América, tu vida es misión», me ofrece la oportunidad de saludar con gran afecto a todos los presentes y evocar con viva gratitud vuestra calurosa acogida recibida, como peregrino del amor y de la esperanza, en mi último viaje a ese continente, durante el cual tuve el gozo de canonizar al Hermano Pedro de San José Betancurt.

La canonización de este extraordinario misionero fue, en cierto modo, como el prelude del presente Congreso. Su poderosa intercesión y el testimonio de su santidad os guiarán en esa Asamblea, de la cual la Iglesia universal aguarda con expectación una abundante cosecha de fe, de santidad y de generosidad misionera.

Ante todo, deseo saludar al Señor Cardenal Rodolfo Quezada Toruño, Arzobispo de Guatemala, y a los numerosos hermanos en el Episcopado que se encuentran en este «Cenáculo» misionero continental. Dirijo también mi afectuoso saludo a cuantos han colaborado en la preparación del Congreso y a cada uno de los participantes en el mismo: sacerdotes, religiosos y religiosas, fieles laicos, especialmente jóvenes y niños. Mi Enviado Especial, el Señor Cardenal Crescenzo Sepe, Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, lleva el testimonio de mi cercanía espiritual y de mi interés por este importante evento.

6 Pienso de manera particular en vosotros que habéis recibido el llamado del Señor a anunciado ad gentes, vocación de entrega y de santidad *que* os lleva a servir a todos los hombres y a todos los pueblos de la tierra. «Que hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae



buenas nuevas; que anuncia salvación, que dice a Sión: «ya reina tu Dios»» (Is 52,7).

2. La historia de la Evangelización del continente americano, queridos hermanos y hermanas, muestra la íntima relación entre santidad y misión. Considerando desde una perspectiva histórica dicha obra misionera, es realmente grato comprobar el gran impacto del Evangelio y la vivencia cristiana de las primeras comunidades, así como el testimonio de los numerosos misioneros santos que de ellas surgieron.

Desde el inicio de la evangelización y a lo largo de su interesante historia, el Espíritu del Señor ha suscitado en esas benditas tierras hermosos frutos de santidad en hombres y mujeres que, fieles al mandato misionero del Señor, han entregado su propia vida al anuncio del mensaje cristiano, incluso en circunstancias y condiciones heroicas. En la base de este maravilloso dinamismo misionero estaba, sin duda, su santidad personal y también la de sus comunidades.

Un renovado impulso de la misión ad gentes; en América y desde América, exige también hoy misioneros santos y comunidades eclesiales santas.

El llamado a la misión está unido a la vocación a la santidad, la cual es «un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia» (Redemptoris missio, 90). Ante dicho llamado universal, debemos tomar conciencia de nuestra propia responsabilidad en la difusión del Evangelio. A este respecto, la cooperación en la misión ad gentes ha de ser signo de una fe madura y de una vida cristiana capaz de producir fruto de modo que las Iglesias particulares más necesitadas reciban un impulso humano y espiritual que las ayude a caminar con sus Pastores.

Para ello «no basta renovar los métodos pastoral es, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos de la fe: es nece-



sario suscitar un nuevo anhelo de santidad» entre aquéllos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros» (ibíd).

3. Después de mis viajes pastoral es a diferentes naciones donde el Evangelio en algunas de ellas apenas ha sido anunciado, he llegado a la íntima convicción de que la humanidad aguarda, cada vez con mayor anhelo, «la plena manifestación de los hijos de Dios» (Rm 8,19). En efecto, tantas personas desean encontrar el misterio de santidad y de comunión que es fundamental en la Iglesia y es también epifanía de «aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del espíritu que Jesús nos da (cf 5,5), para hacer de todos nosotros «Un solo corazón y una sola alma» (Hch 4,32)» (Novo millennio ineunte, 42).

Millones de hombres y mujeres que no conocen a Cristo, o tan sólo lo conocen superficialmente, viven a la espera a veces no consciente de descubrir la verdad sobre el hombre y sobre Dios, sobre la vía que lleva a la liberación del pecado y de la muerte. Para esta humanidad que anhela o que siente nostalgia de la belleza de Cristo, de su luz clara y serena que resplandece sobre la faz de la tierra, el anuncio de la Buena Noticia es una tarea vital e inderogable.

Este Congreso está orientado hacia dicha tarea. Responded, pues, con prontitud al llamado del Señor. ¡Manifestad el deseo de ser testigos gozosos y apóstoles entusiastas del Evangelio, hasta los últimos confines de la tierra, mediante el testimonio de una vida santa.

4. Después de la gozosa experiencia del Gran Jubileo del año 2000, he indicado la vía de la santidad como fundamento sobre el cual debería basarse la programación pastoral de cada Iglesia particular.

8

Se trata de «proponer de nuevo a todos con convicción este «alto grado» de la vida cristiana ordinaria» (Novo millennio ineunte, 30). Esto, queridos hermano y hermanas, exige una adecuada y paciente pedagogía pastoral una pedagogía de la



unidad santidad que debe distinguirse por la primacía que se ha de dar a la persona de Jesucristo, a la escucha y anuncio de su Palabra, a la participación plena y activa, en los sacramentos, y al cultivo de la oración como encuentro personal con el Señor.

Toda actividad pastoral debe centrarse en la iniciación cristiana y en la formación que, ayudando a madurar y reforzar la fe de quienes ya se acercaron a ella y atrayendo a los que todavía están alejados o no se apartaron de ella, representa la mayor garantía para que las Iglesias particulares de América desarrollen una eficaz obra de cooperación y animación misionera. Ésta debe ser, en efecto, el «elemento primordial de su pastoral ordinaria» (Redemptoris missio, 83).

5. Alentado por el Espíritu Santo y por el testimonio del creciente número de misioneros ad gentes procedentes de vuestros Países, deseo renovar ante esa gran Asamblea –signo de unidad, de todos los pueblos del continente– lo que ya decía en la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*, dirigiéndome a vuestras comunidades cristianas: «Las Iglesias particulares del continente están llamadas a extender su impulso evangelizador más allá de sus fronteras continentales. No pueden guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano. Han de llevarlo al mundo entero y comunicarlo a aquéllos que todavía lo desconocen. Se trata de muchos millones de hombres y mujeres que, sin la fe, padecen la más grave de las pobreza. Ante esta pobreza sería erróneo no favorecer una actividad evangelizadora fuera del Continente con el pretexto de que todavía queda mucho por hacer en América o en la espera de negar antes a una situación, en el fondo utópica, de plena realización de la Iglesia en América» (n. 74).

Grande es la responsabilidad de vuestras Iglesias particulares en la obra de evangelización del mundo contemporáneo. Grande es el fruto que ellas podrán dar en esta nueva primavera misionera «si todos los cristianos y, en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo» (Redemptoris missio, 92).



Amadísimos hermanos y hermanas, es para mi motivo de profunda alegría saber que vuestro Congreso, para el cual os habéis preparado comunitariamente durante el Año Santo Misionero, acogerá dicho llamado y sabrá dar respuestas concretas y eficaces al mandato evangélico de la misión, que es vida para la Iglesia en América.

Como en los anteriores Congresos Misioneros, pido al Señor que os conceda vivir una intensa experiencia de comunión y que la Virgen María de Guadalupe, Madre: y evangelizadora de América, «ejemplo, de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquéllos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres» (ibíd. 92), os acompañe con su ternura y os proteja con su poderosa intercesión.

Al alentaros a todos y cada uno de vosotros a vivir en la propia Iglesia particular en espíritu de comunión y servicio, os renuevo mi invitación a llevar a cabo el mandato misionero en el mundo de hoy, a la vez que os imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Vaticano: 25 de octubre de 2003.

IOANNES PAULUS II

Sumario:

Desde una Teología de la Comunión, de la Misión y del Testimonio, el autor presenta algunos elementos para una lectura teológico-pastoral del camino recorrido para llegar al CAM2-COMLA7. Destaca especialmente la sencillez de sus inicios y la riqueza de la diversidad; el “estado de misión” que vivió la Iglesia que peregrina en Centro América estos años de preparación, desde su pequeñez, pobreza y martirio; el impulso que le dio el Año Santo Misionero a la Nueva Evangelización; y la gran peregrinación con las imágenes del Santo Cristo Negro de Esquipulas y de la Virgen Morena de Guadalupe, como imagen de un pueblo en camino. El libro de los Hechos de los Apóstoles fue el texto inspirador del Congreso, ya que representaba un intenso movimiento misionero, una presencia permanente del Espíritu Santo y una animación de pequeñas comunidades cristianas.

El lema del Congreso “Iglesia en América, tu vida es misión” resonó como un eco de la Asamblea Especial del Sínodo de América y de la Novo Milenio Ineunte, que invitan a navegar en aguas profundas.

El camino
del CAM2 – COMLA7
Elementos para una
lectura
Teológico-Pastoral

Pbro. Víctor Manuel Ruano Pineda
Vice-Rector Académico del ITEPAL.

Introducción

El CAM2-COMLA7, fue un verdadero “*Cenáculo misionero continental*”, como lo definió Juan Pablo II en su mensaje a los congresistas (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 1). Fue además, el punto de llegada de un proceso pastoral marcado por “*la comunión y la participación*”, a todos los niveles de la Iglesia en la región centroamericana.

Los organizadores desde el inicio fueron claros en afirmar que no querían la realización de un evento meramente puntual que se concentrara únicamente en los días de la celebración, como una multitudinaria fiesta, sino que marcara un itinerario gradual y sistemático en la línea de un verdadero proceso evangelizador y misionero de una Iglesia que está en marcha desde hace más de 500 años y se disponía a redescubrir con nuevos acentos la identidad de su naturaleza misionera.

Ello implicó una búsqueda, en comunión eclesial, del camino que se deseaba recorrer en la fase preparatoria, que fuera tan importante como la celebración misma, pero sobre todo, que fuera el despliegue dinámico y creativo de un proceso pastoral evangelizador que facilitara la experiencia misionera al interior de las comunidades cristianas, con el propósito de redescubrir “*las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano*”, y despertara, a la vez, la conciencia de llevar al mundo entero la Buena Noticia más allá de las fronteras continentales, especialmente a quienes todavía lo desconocen (EAm. n. 74).

En la lectura teológico-pastoral que ofrecemos del Segundo Congreso Misionero Americano, queremos enfatizar algunos

elementos, a manera de claves de lectura, de la fase preparatoria. Se han elegido nueve aspectos que permitan apreciar el camino recorrido, estos son:

1. Desde la sencillez de sus inicios y la riqueza de la diversidad.
2. Toda Centro América, desde su pequeñez, pobreza y martirio, vivió en “estado de misión”.
3. El Año Santo Misionero, un impulso a la nueva Evangelización.
4. La peregrinación, imagen de un pueblo en camino.
5. Desde una teología de la comunión, de la misión y del testimonio se definió la identidad del CAM2-COMLA7.
6. Desde los Hechos de los Apóstoles un gran movimiento misionero.
7. Desde el contexto de la contracultura de la muerte “La misión de Cristo Redentor” apremia.
8. “Iglesia en América, tu vida es misión”, un eco de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos.
9. Un proceso para navegar en aguas profundas.

Estas claves de lectura quieren ser como faros que iluminan el itinerario puesto en marcha por las 53 Iglesias particulares para llegar al Congreso el cual se presentó como un *kairos* para las Iglesias centroamericanas y como un “*signo de la unidad de todos los pueblos del Continente*” (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 5).

1. Desde la sencillez de sus inicios y la riqueza de la diversidad

Se inició “*con temor y temblor*”, con incertidumbre y humildad, con ilusión y generosidad. A cada instante nos sentíamos desbordados por la magnitud de la obra y asombrados de las perspectivas que se abrían para las Iglesias centroamericanas. Era un *kairos*, manifestación del paso de Dios generando vida y esperanza por el Istmo para servir a la causa de la misión *ad gentes*

En ningún momento se pretendió, violentando las voluntades, que el Segundo Congreso Misionero Americano, a como diera lugar se celebrara en Guatemala. A pesar que al inicio hubo resistencia en

algunas esferas eclesiásticas para asignarnos la sede, dejamos todo en las manos de Dios, para que, si era su voluntad, el evento se realizara en Guatemala.

Simplemente se ofreció la total disponibilidad para prepararlo, argumentando que el momento era oportuno para la región centroamericana, donde la experiencia martirial de sus mejores hijos e hijas había marcado su historia reciente, así como la serie de conflictos armados internos, con su secuela de muerte y destrucción de un pueblo humilde y trabajador nos había colocado al borde del colapso total; donde los problemas y desafíos a la misión en un mundo globalizado aparecían con más evidencia, como la migración, la exclusión social, el avance de los Nuevos Movimientos Religiosos o sectas; finalmente, era la oportunidad para dar a conocer la riqueza del valioso testimonio cristiano acrisolado ante la adversidad y la persecución.

Estos orígenes sencillos vienen identificados por la pequeña delegación guatemalteca presente en la sede del COMLA6-CAM1, asombrada y admirada por la magnitud del Congreso Misionero en el que sus miembros participaban por primera vez. Todas las fuerzas vivas e instancias eclesiales del Continente se congregaban, como lo venían haciendo cada cuatro años, para continuar impulsando la misión ad gentes, en una hermosa tradición iniciada en México hacía 25 años.

Al mismo tiempo, esa delegación en su sencillez y pequeñez, mostraba la diversidad cultural de Guatemala y la riqueza de carismas de la Iglesia. La integraban siete miembros: dos mujeres, laicas e indígenas Mayas-Quiché; cuatro presbíteros, de los cuales dos eran de origen guatemalteco, en representación de la cultura ladina e indígena, y los otros dos, llegados de países lejanos y comprometidos con la misión ad gentes, y finalmente, un obispo, al servicio, en ese momento, de una de las diócesis más pobres de Guatemala y seriamente comprometido en la tarea de una evangelización inculturada y en la reconstrucción de la diócesis.

Hay en todo esto, según mi particular punto de vista, una primera clave de lectura que responde a la realidad socio-eclesial de la nueva



sede del Congreso y que luego, en todo el proceso preparatorio, tuvo su incidencia.

Ser conscientes de nuestra pequeñez nos condujo a optimizar los recursos humanos y materiales con que disponíamos, a mantenernos lejos de los gastos superfluos, de la ostentación y del lujo y a involucrar a todos cuantos pudieran insertarse en el proceso preparatorio, tanto de Centro América como fuera de sus fronteras.

Eso explica la apertura de espacios para que el CELAM, a través del antiguo DEMIS tuviera una activa participación, pero sobre todo, que el Congreso dejara de ser monopolio exclusivo de las Obras Misionales Pontificias y se abriera a las diversas instancias de la Iglesia particular, desde el obispo hasta los movimientos laicales pasando por el vicario de pastoral.

Es desde esa perspectiva que se explica la Consulta continental que llevamos a cabo para definir el Plan de Trabajo, en el que se presentó el perfil del Congreso que se quería celebrar, sus objetivos y temática; se trazó además, el itinerario a seguir y el contexto socio-ecclesial centroamericano. Así también, el deseo y el interés, de involucrar, en las decisiones más importantes a todos los responsables de la pastoral misionera de Centro América.

Esa diversidad cultural y ministerial fue una de las características dominantes en todo el camino preparatorio, que se puso de manifiesto en la amplia participación de los laicos y sus diversos movimientos y asociaciones, en la activa participación de directores diocesanos y nacionales de misiones, de vicarios pastorales, de institutos, congregaciones y ordenes misioneras.

El Congreso desde el primer momento se propuso integrar la rica diversidad de los rostros humanos que forman la gran familia centroamericana. En ese sentido se apuntó a *“un congreso inculturado”* que permitiera la expresión del *“rostro indígena, negro, campesino, de los sectores marginados de todo el Pueblo de Dios”*. Además el Congreso, tendría que ser el *“espacio apropiado para lograr un dialogo más fecundo que anime decididamente la inculturación del Evangelio en vistas a la misión”*.



En la clave de esa sencillez de los orígenes situamos la visita que la delegación guatemalteca hizo al Santuario Nuestra Señora de Luján para invocar su intercesión y para firmar a sus pies, el primer comunicado, con el que se informaban al pueblo católico de Guatemala la buena noticia de ser sede de un Congreso Misionero.

En ese primer pronunciamiento aparecen temas como el del martirio; la participación de los laicos, indígenas y campesinos, en la tarea misionera de la Iglesia; la problemática migratoria. Se hablaba de la necesidad de poner en marcha un proyecto evangelizador con una amplia participación de todos los agentes pastorales y las diversas instancias eclesiales al servicio de la misión ad gentes. Finalmente, se hablaba de la imperiosa necesidad de anunciar el Evangelio de la vida.

Todos estos fueron temas y realidades muy presentes a lo largo del camino preparatorio, en diversos encuentros de estudio y coordinación. Algunos de ellos cobraron mucha fuerza como el del martirio, el anuncio del Evangelio de la Vida y la amplia participación de todos, incluso aún hoy siguen resonando en el corazón de muchos agentes pastorales, laicos, consagrados y ordenados.

2. Toda Centroamérica, desde su pequeñez, pobreza y martirio, vivió en “estado de misión”

Los periodistas que cubrieron el Congreso Misionero de Paraná, Argentina, captaron inmediatamente y muy bien el contenido central del breve y sustancioso mensaje de Mons. Julio Cabrera, al agradecer la designación y manifestar el compromiso de hacer bien las cosas para preparar el siguiente Congreso misionero.

Así informaba uno de esos periodistas *“Si bien Guatemala asume la sede, es Centro América toda la que se compromete en la tarea preparatoria”*, dijo el obispo de Quiché, Mons. Julio Cabrera Ovalle, al agradecer la designación, luego añadió *“trabajaremos desde la pequeñez, la pobreza y el martirio”* para señalar posteriormente que *“Centroamérica es el puente que une el Norte y el Sur en esta tarea misionera y en tantas otras”*.

Estas palabras fueron un faro iluminador durante el camino del CAM2, tuvieron la fuerza y el dinamismo de un discurso programático. Mons. Cabrera planteaba aquí tres tareas que estábamos dispuestos a realizar:

Primero, preparar el congreso era un compromiso que asumía América Central; segundo, trabajar desde la pequeñez, pobreza y martirio; y tercer, hacer de Centro América un espacio para la comunión. En efecto, estas tres responsabilidades se cumplieron satisfactoriamente.

2.1. Centro América se comprometió

Toda Centro América se involucró. Las 53 jurisdicciones eclesísticas se integraron con imaginación y creatividad a la realización del proyecto del Congreso. En cada uno de los países se hicieron reuniones y encuentros muy importantes que fueron marcando hitos significativos en la fase preparatoria. Quizá lo más sobresaliente estuvo en la capacidad de trabajo en conjunto, con objetivos y criterios comunes; hubo además, un espíritu auténtico de “comunión y participación”, de corresponsabilidad eclesial que hizo agradable y fecundo todo el trabajo.

Durante estos cuatro años, desempolvamos una de las notas que define la identidad de la Iglesia: ser misionera. Esta dimensión había sido como la cenicienta por largos años en la historia de nuestras Iglesias particulares, no obstante haber nacido de uno de los despliegues misioneros más importantes llevados a cabo en el siglo XVI y haber sido, sobre todo, objetos de la acción misionera de numerosas Iglesias de Europa, Canadá y USA

En el Mensaje al Pueblo de Dios, “No Podemos Callar lo que hemos Visto y Oído”, se afirma con gran acierto: *“Por primera vez en la historia del “continente de la esperanza”, la preparación de este acontecimiento fue asumida por un grupo de países. En ella, en efecto, se involucraron todas las Iglesias particulares del Istmo- con el acompañamiento del Secretariado Episcopal de América Central (SEDAC)- encabezadas por sus obispos y vicarios de pastoral y animadas por las Obras Misionales Pontificias”.*

2.2. Trabajamos desde la pequeñez, la pobreza y el martirio

La idea-fuerza que inspiró todo el proyecto del Congreso, desde Paraná, Argentina, hasta la “Villa Misionera” en Guatemala fue: “*Trabajaremos desde la pequeñez, la pobreza y el martirio*”. Desde esa triple dimensión trabajamos con entrega e ilusión, con tesón y esperanza.

El Pueblo de Dios inmediatamente se identificó con ese trípode que le daba fundamento a la tarea misionera y evangelizadora de la Iglesia. Los agentes pastorales, desde las diversas instancias eclesiales, captaron el dinamismo de esas categorías, que no solamente definían nuestra identidad social y eclesial sino estaban dando ya un aporte significativo a la visión teológico-pastoral-espiritual de la tarea misionera de la Iglesia en los comienzos del siglo XXI.

Nadie pone en duda la enorme carga teológica, pastoral y espiritual que se encierra en esas tres categorías netamente evangélicas de pobreza, pequeñez y martirio. Esta nueva visión en la manera de entender la misión hoy, los obispos centroamericanos lo expresaron, al ofrecer los fundamentos del Plan de Misión Ad Gentes desde Centroamérica, con estos criterios: *“Somos conscientes que el Señor Jesús nos sigue urgiendo a comprometernos en la misión Ad Gentes. Por tal razón, deseamos que nuestra propuesta misionera tenga como fundamento una sólida teología de la misión, una acción pastoral encarnada que suscite la transformación de la realidad y una fuerte espiritualidad que le dé sentido y unidad al trabajo misionero. Sólo una praxis transformadora que nos conduzca a trabajar por el reino, una mística profética y evangélica que permita enfrentar los desafíos de la misión hoy y una reflexión teológica abierta a los “signos de los tiempos”, lograrán proyectar un servicio misionero al estilo de Jesús y de las comunidades cristianas de “la primera hora”.*

18

De modo que hoy, en el contexto de una civilización planetaria y globalizada, la misión ad gentes, si no es proyectada y realizada desde la pequeñez, la pobreza y el martirio, carecería de sentido y de eficacia, simplemente por no integrar la esencia del evangelio y el estilo misionero de Jesús. “*Cristo realizó su misión, dice el Mensaje al Pueblo de Dios, en la pobreza, en el desprendimiento y en la*

persecución". Se es misionero desde lo pequeño, desde la pobreza y desde la entrega de la propia vida hasta el martirio.

a. *Desde la pequeñez*

El Mensaje al Pueblo de Dios, recogió de un modo magistral esta idea-fuerza al reconocer que el "*Congreso se realizó **desde la pequeñez** de esta región de Centro América, que significa poco para las naciones poderosas del mundo*". La experiencia de "pequeño rebaño" que hemos vivido, dice el Mensaje, "*nos ha dado una nueva y más profunda comprensión de la parábola del grano de mostaza*". Es la pequeñez que se plantea en el Magnificat, "*al exaltar la acción de Dios en los pobres*". Es la pequeñez "*que resplandece en la edificante vida del Santo Hermano Pedro de San José de Betancur y San Juan Diego*". (Mensaje al Pueblo de Dios, n. 2).

b. *Desde la pobreza*

El Congreso también fue "*preparado **desde la pobreza** que golpea cruelmente a los pueblos centroamericanos*", anota con evidente firmeza el Mensaje al Pueblo de Dios. Esto, en vez de ser un obstáculo ha sido una inestimable riqueza porque nos hizo "*más sensibles al misterio que Dios nos reveló en su hijo Jesucristo, "el primero y el más grande evangelizador", que "siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza"*" (2, Cor 8, 9).

Sigue siendo válido y actual aquel desafío, que hace 25 años plantearon los obispos en Puebla "dar desde nuestra pobreza" (n. 368) "*Nuestros pueblos son pobres en bienes materiales, pero tienen la riqueza inmensa de la fe. Podemos, entonces, decir que son ricos porque **la falta de fe es la más grande de las pobreza**s*" (Mensaje al Pueblo de Dios, n. 2).

c. *Desde el martirio*

La realidad martirial estuvo intensamente presente en todo el camino preparatorio del Congreso así como en la celebración. Asumiendo el gesto de Juan Pablo II, también nosotros nos hemos postrado "*con reverencia ante el sacrificio de estos humildes y valientes*

trabajadores de la viña del Señor (...) a los cuales ha sido dado no sólo creer en el Evangelio y proclamarlo, sino que han llegado a derramar su sangre en el servicio de la Palabra de Vida". (Carta a los obispos de Guatemala, 02.12.84) (Mensaje al Pueblo de Dios, n. 2).

Nadie podrá negar que estas tres categorías estuvieron presentes con mucha claridad desde el inicio del proceso del CAM2, en la celebración y en la fase que hoy vivimos. Son realidades que han entrado con carta de ciudadanía en la tarea misionera de la Iglesia para comprender, a esa luz y sus dinamismos, lo que hoy es la misión ad gentes y sus exigencias, sobre todo, cuando esta se asume desde la periferia de los excluidos de un mundo globalizado.

Contra la lógica del mundo, hemos hecho de nuestra pobreza una riqueza, de nuestra pequeñez una grandeza y de nuestra fragilidad una fortaleza para generar vida. Esta es la paradoja que fundamenta la misión ad gentes.

2.3. Desde el corazón de América, un espacio para la comunión

Volviendo a las palabras de Mons. Cabrera, seguimos desarrollando esta clave de lectura, cuando afirmó: *"Centroamérica es el puente que une el Norte y el Sur en esta tarea misionera y en tantas otras"*. El reto que los Congresos misioneros pasaran de ser latinoamericanos a continentales fue asumido cuando ya el proceso preparatorio del COMLA6 había iniciado. Como todos saben, esta fue una iniciativa muy interesante que cobró mucha fuerza a partir de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos de América, celebrada en 1997. Argentina nos convocó a participar en el COMLA6-CAM1.

A Centro América se le planteaba el reto de no perder la tradición latinoamericana de estos eventos y al mismo tiempo darle un rostro continental, por eso fue que, desde el corazón del continente se convocó a celebrar el CAM2-COMLA7. Centro América quería ser el punto de encuentro entre el Norte y el Sur en la *"tarea misionera y en tantas otras"*.

Fue impresionante la inmediata y pronta disponibilidad de la Iglesia de Canadá y mucho más tarde la Iglesia de Estados Unidos, para que el Congreso fuera continental, no sólo en los días de la celebración ni por el aporte económico que pudiera ofrecer sino a lo largo de todo el proceso y con el afán que toda la Iglesia en América descubriera que en la misión ad gentes está su vida.

Ese “*espíritu solidario*” que Juan Pablo II, quería impulsar al celebrar una Asamblea Especial del Sínodo de América, creo que lo experimentamos a lo largo del camino y se hizo más expresivo en los días de la celebración del Congreso. Nuestra común “*identidad cristiana*” se fortaleció, así como “*los lazos de solidaridad y comunión entre las diversas expresiones del rico patrimonio cultural del Continente*” (EAm. 5).

Toda Centro América se comprometió, desde el dinamismo de su pequeñez, desde la riqueza de su fe y desde la fuerza de su realidad martirial a vivir una intensa actividad misionera y evangelizadora como muy pocas veces en su historia. Toda Centro América se abrió a una intensa y fecunda experiencia de comunión eclesial.

Mientras sus regímenes militares muchas veces la habían puesto en “estado de sitio”, para generar violencia y muerte; esta vez la fuerza del evangelio de la vida la puso en “estado de misión” para generar la cultura de la vida y la paz. Solo a manera de ejemplo, durante el Año Santo Misionero, la Arquidiócesis de Managua, Nicaragua, envió a 15 mil misioneros y la diócesis de Jalapa, Guatemala, a cerca de 7 mil.

3. El año misionero, un impulso a la Nueva Evangelización

Ese Año Misionero, fue una de las experiencias más fecundas que vivieron las comunidades cristianas. Ese punto merece un capítulo aparte, sin embargo, vale la pena resaltar, que suscitó una serie de iniciativas evangelizadoras y misioneras “ad intra e ad extra” con una activa participación de los laicos.

Tuvo como objetivo *“Fortalecer la vida de las Iglesias particulares de América Central para que testimoniando las riquezas de su patrimonio cristiano y cultural impulsen la evangelización dentro y más allá de sus fronteras”*.

El Plan de Trabajo del Año Santo Misionero que se diseñó durante el camino, y luego, se realizó en la mayoría de las diócesis, se definía el Año Santo Misionero como un tiempo de preparación de todo el Pueblo de Dios; las Iglesias particulares, en efecto, entraron como en un gran adviento para recibir el don del Congreso Misionero.

Ese año Misionero fue un tiempo de gracia que evidenció la eficacia que tiene el evangelio en nuestros días para transformar a la persona y a la sociedad; una oportunidad para compartir la riqueza del Evangelio de la vida a nivel de diócesis, parroquias, comunidades, grupos apostólicos, familias, laicos y laicas; un periodo de siembra según el espíritu y la dinámica de las primeras comunidades cristianas, de modo que podamos seguir escribiendo el libro de los Hechos de los Apóstoles en las Iglesias de América Central.

Por otro lado, también se quería que el Año Santo fuera la oportunidad para impulsar el logro de las metas y objetivos pastorales que las Conferencias Episcopales y las diócesis se habían trazado en sus planes globales de pastoral. Entrar en la dinámica del Año Santo, como preparación para el Congreso no significaba abandonar las prioridades pastorales de cada Iglesia particular, al contrario resultaron potenciadas. Se quiso además que se viviera al ritmo del Año Litúrgico de modo que emergiera con fuerza la naturaleza misionera de la Iglesia, puesto que ella tiene su origen en la Misión del Hijo y la misión del Espíritu según el plan de Dios Padre (Cfr. AG, 2).

Finalmente el Año Santo Misionero quiso propiciar experiencias diversas de solidaridad y de comunión entre nuestros pueblos para luchar contra el subdesarrollo, le extrema pobreza y la exclusión, inspirándose en el testimonio de los mártires y en los valores que caracterizan a nuestras comunidades; buscó además, fortalecer la comunión en la misión evangelizadora de la Iglesia desde una activa participación de los laicos.



Pienso que hasta el momento, muy poco hemos reflexionado sobre el significado teológico y las consecuencias pastorales suscitadas por el año misionero.

4. La peregrinación, imagen de un pueblo en camino

El “estado de misión” en el que estaba toda Centro América se evidenció también en la gran peregrinación de las imágenes del Santo Cristo Negro de Esquipulas, expresión del rostro misericordioso de Dios y de la Virgen Morena de Guadalupe, signo de “*esperanza segura*” para el Pueblo de Dios, que durante un año recorrió la mayoría de las diócesis del Istmo. El paso de esas imágenes tan queridas y amadas por los pueblos centroamericanos reavivaron el carácter itinerante del Pueblo de Dios y recordaron el dinamismo de la misión.

Dos frases del Evangelio citadas por Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*: “*Queremos ver a Jesús*” (Jn 12, 21) y, “*Hemos visto al Señor*” (Jn 20, 26), expresan el significado espiritual y teológico de esa peregrinación que movió y conmovió a miles de feligreses durante su largo recorrido, desde la parroquia Cañas Gordas, Panamá hasta la “villa Misionera”, Guatemala.

La primera nos recuerda a los dos griegos, paganos, llevados por Felipe y Andrés hasta Jesús. Esta frase expresa, según el P. Juan María Piú, “*el anhelo de todo ser humano de encontrarse con Dios, quien se ha hecho presente en Jesucristo, imagen invisible del Dios invisible y ha desvelado el misterio de amor hasta la entrega total*”.

La contemplación del Hijo de Dios, hecho Hombre por obra del Espíritu Santo en el Seno de la Virgen María, fundamenta nuestra fe, alienta nuestra esperanza y enciende nuestro amor a la misión. Las imágenes del Crucificado y de la Virgen Morena nos recuerdan el gran misterio de la Encarnación y de la Redención. La Virgen de Guadalupe, “*Madre de Aquel por quien se vive*”, actualiza y reaviva ese misterio para todos.

La segunda frase: “*Hemos visto al Señor*”, es el grito jubiloso de los discípulos, testigos del Resucitado, en el mismo día de la



resurrección. Es el grito de todo discípulo y apóstol, quien saca fuerza y estímulo de la contemplación fiel y amorosa del misterio de Cristo, hecho hombre, muerto y resucitado.

La espiritualidad misionera ahonda sus raíces en la contemplación del Cristo, que por nosotros y por nuestra salvación, se ha hecho Hombre, ha muerto y ha resucitado, y se transforma en alternativa posible para tener vida plena.

Los pueblos centroamericanos, desde las situaciones de extrema pobreza y exclusión, de injusticia y opresión, de violencia y muerte que amenazan su derecho a un futuro digno y humano, contemplaron en esa peregrinación el rostro del crucificado, icono de su dura realidad histórica y expresión segura que Él es fuente de vida y liberación para todos los pueblos, preferencialmente los pobres.

En la Virgen Madre de Guadalupe, los hijos e hijas centroamericanos vieron recobradas sus fuerzas para no desmayar en el camino de la vida y mostrarse fuertes y audaces para superar los miedos y temores que amenazan sus frágiles existencias.

La Virgen Morena, dice el P. Juan María Piú, “*en su vestidura de princesa azteca, encinta, es portadora del Dios de la vida*”. El indígena y el campesino pobres, afligidos y sin esperanza por la derrota de sus pueblos, tienen la sabiduría para intuir el plan de Dios: comunicar vida a un pueblo extenuado. “*Cristo es la vida, María lo lleva en su seno y lo da a cada Juan Diego de la historia. Ella se presenta, resplandeciente, adornada con los rayos del sol, luminosa y brillante porque trae al Dios de la vida. El mal y las tinieblas se esfuman frente a la claridad de la luz del amor y el resplandor de la verdad*”.

La peregrinación evocaba la llamada a salir, a ponerse en camino, rompiendo las fronteras que dividen a los pueblos. En expresión de dom Helder Cámara, “*Misión es partir, cambiar, dejarlo todo, salir de sí mismo, quebrar la capa del egoísmo que nos encierra en nuestro yo*”. Esto exige un salto de cualidad espiritual, un nuevo acto de confianza, porque se trata de dejarse seducir fuertemente por la cruz de Jesús, como lo han hecho sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos,

hombre y mujeres, asesinados por la fe y el amor a Dios y a estos pueblos centroamericanos.

La opción por Cristo pobre y crucificado es el corazón de la misión. Ese amor es el que impulsa al misionero a ir lejos de su tierra, a buscar a su hermana y hermano para hacerse prójimo y samaritano de cada uno de ellos y ellas. En esta sociedad de muerte y en este momento histórico cuando la vida de tantos hermanos se ve amenazada por las injusticias, el hambre, la opresión, las ideologías extrañas a su fe, la presencia del misionero o de la misionera es signo y testimonio de Jesús el Buen Samaritano que *“se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza”* sobre todo de los marginados y excluidos, de los desterrados y perseguidos de la historia.

Cristo desde la Cruz nos habla de perdón y reconciliación, del gran amor misericordioso del Padre. Sus brazos abiertos *“extendidos entre el cielo y la tierra”* acogen a todos, buenos y malos, víctimas y victimarios, perseguidos y perseguidores. Expresan el gran amor que Dios nos tiene. Jesús nos amó y se entregó por nosotros, antes que nosotros lo conociéramos.

Nuevamente acudo al pensamiento del P. Juan María Più, cuando afirma que *“la Virgen de Guadalupe se presenta como mestiza, síntesis emblemática del nuevo pueblo que ha de nacer de la unión de los dos pueblos. Significativa la inscripción que se lee en una lápida de la plaza de Tlatelolco, alusiva a la lucha entre conquistadores y aztecas: “No fue victoria ni derrota, sino el parto doloroso de un nuevo pueblo”. María, es entonces, la madre de este nuevo pueblo, unido con Cristo y por Cristo, en la fraternidad que brota por el poder del Espíritu en el corazón de cada creyente. María nos invita a la fraternidad, a la reconciliación y al perdón. Las muchas heridas abiertas en los cuerpos adoloridos de nuestros pueblos, se restañarán por el bálsamo del amor fraterno que Dios derrama en los corazones de quienes lo invocan como Padre, unidos a Cristo y bajo el manto maternal de la Guadalupana”*.

Continúa el P. Juan María Più: *“El grito de Jesús en la cruz y el rostro ensombrecido de la Virgen de Guadalupe nos lanzan a la*

misión. Jesús nos invita a mirar más allá de los estrechos límites de nuestra casa, hacia los inmensos horizontes del mundo, donde mucho esperan la luz de la fe y la fuerza del amor. Nos invitan “a pasar a la otra orilla”, donde la mayoría de los humanos no conocerán a Cristo”.

Los pueblos centroamericanos, durante los 360 días que duró la peregrinación, acogieron gozosos y encendidos de esperanza la visita de Dios en Jesús, el primer misionero del Padre y en María, estrella de la nueva evangelización. Ellos caminaron por las calles y caminos de nuestros pueblos y aldeas, ciudades y naciones, anunciando el evangelio del reino de la vida.

5. Desde una teología de la comunión, de la misión y del testimonio se definió la identidad del CAM2-COMLA7

5.1. Comunión

Bajo el modelo de una Iglesia que se define a sí misma como comunidad de comunidades al servicio de la evangelización y fundada en el principio de la “*comunión y participación*”, fue una de las realidades teológicas que inspiró y sostuvo todo el proceso preparatorio.

En el Segundo Encuentro de Vicarios de Pastoral, celebrado en Valle de Ángeles, Honduras, (4-8 febrero del 2002) una de las ideas-fuerza que más se enfatizó para impulsar el trabajo misionero fue la comunión. Ese encuentro concluyó con la publicación de una Carta Fraternal, dirigida a todas las comunidades cristianas de Centro América. En ella se informaba que se había diseñado el Plan para la celebración del Año Santo Misionero.

26

Uno de los motivos que emergieron con fuerza en ese encuentro, para celebrar el Año Misionero, fue asumir el compromiso de “*fortalecer la comunión*”. Se afirmaba que la “*misión hace comunión y la comunión fecunda la misión*”. También se decía que “*no hay Iglesia-Comunión ni hay Misión Evangelizadora sin comunión*”.

Hacia un año se había recibido, de Juan Pablo II, la Carta Apostólica Novo Millenio Ineunte (6 Enero, 2001), en la que, al concluir el Gran Jubileo del Año 2000, se invitaba a *“hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”* (n. 43) El reto, para remar mar adentro era asumir la comunión *“como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano”*.

Desde que se diseñó el Plan de Trabajo para el Congreso (Agosto 2000) al definir el perfil del CAM2-COMLA7 que se deseaba *“impulsar, preparar y celebrar desde las Iglesias centroamericanas”* se habló de *la comunión*, como la categoría teológica que ayudaría a comprender la naturaleza eclesial del Congreso.

Ese principio de *“la comunión”* exigía preparar un Congreso en sintonía con los anteriores, que por espacio de 25 años, se han venido celebrando; pero sobre todo, se proponía *“crear proceso eclesiales de comunión entre las diversas Iglesias del Continente”*.

Sin lugar a dudas *“la comunión”* fue uno de los principios iluminadores para las Iglesias particulares centroamericanas en los cuatro años de caminar juntos y de soñar con una digna celebración del Congreso que fuera expresión de la conciencia y el compromiso misionero de todo el pueblo de Dios que peregrina en esa región del Continente. Fue además, un tiempo para crecer en la comunión fraternal y en *“el gusto por la misión”* y se logró que las fronteras y las distancias que separan a nuestros pequeños países no fueran obstáculo para realizar los encuentros e ir construyendo juntos el CAM-COMLA que anhelamos.

Quienes se empeñaron con ilusión y creatividad en la preparación del Congreso, experimentaron *“la unidad fundamental que nos da la comunión en la misma fe, en la misma esperanza y en la misma caridad. Superando las fronteras”*. También se enriquecieron *“con el intercambio de experiencias, realizaciones y compromisos en la urgente y gloriosa tarea de anunciar el Evangelio como testigos fieles de Jesucristo”* (Mensaje al Pueblo de Dios, n. 1).

La animación de las Obras Misionales Pontificias en cada país centroamericano para promover la comunión fue importante. Bajo

su dinamismo e iniciativa se integraron en éste gran movimiento misionero obispos, presbíteros, religiosas, religiosos, asociaciones y movimientos eclesiales

5.2. Misión

Desde sus comienzos los congresos misioneros han tenido como finalidad primordial animar la misión ad gentes, por eso el segundo principio teológico que definía la identidad del CAM2-COMLA7 fue la misión.

Se trabajó para que el Congreso se convirtiera en un gran evento de animación misionera capaz de recoger, en el inicio del tercer milenio, los frutos y dinamismos de la primera evangelización y capaz de lanzar con un renovado empeño la revitalización de la misión ad gentes.

Se multiplicaron las jornadas de estudio entre los laicos, entre los presbiterios y entre los obispos sobre la teología de la misión y sus implicaciones pastorales, sobre la espiritualidad de la misión y sus desafíos hoy, sobre el fundamento bíblico y magisterial de la misión.

Cada encuentro de la Comisión centroamericana o de las Comisiones nacionales en vistas al Congreso abordaba algún tema de formación y de actualización sobre la misión. Fue la oportunidad para un *aggiornamento* a todo nivel.

Desde el primer momento se hicieron esfuerzos por ir publicando las memorias de los diversos encuentros así como las charlas o conferencias que expertos en los diversos ámbitos de la misión compartían, así como catequesis y temas de formación sobre la misión ad gentes.

Todo esto se hacía en función de los agentes pastorales y de las Iglesias particulares para que se expresaran como sujetos de la misión y asumieran los desafíos que las diversas situaciones concretas plantean a la misión universal de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Dos ideas cobraron fuerza a lo largo del camino sobre la misión. En primer lugar, se enfatizaba la responsabilidad de la Iglesia particular en la misión ad gentes; y en segundo lugar, se quería entender la misión, principalmente como anuncio del evangelio de la vida.

5.3. Testimonio

Se preparaba “*un Congreso*, se decía en el Plan de Trabajo al diseñar el perfil del mismo, *donde el testimonio de los cristianos y cristianas y la solidaridad de las Iglesias y pueblos del Continente, impulse la nueva evangelización y genere una espiritualidad de misión y compromiso, de testimonio*”.

Este testimonio es el primer medio de evangelización como lo enseña Pablo VI en *Evangelii Nuntiandi*, n. 41 “*Un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios... y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites (...) un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad*”.

El testimonio en relación con la santidad del misionero quedó claramente expresado en el proceso preparatorio, cuando Mons. Julio Cabrera, en el tercer Encuentro Centroamericano y Primero Continental hacia el CAM2-COMLA7, celebrado en San Salvador, El Salvador, en la última semana de noviembre del 2002, ofreció algunas “Pistas para una lectura misionera en Guatemala y Centro América de la *Novo Milenio Ineunte*”.

Al enumerar las prioridades pastorales que se señalan en ese documento pontificio puso en primer lugar la santidad: “es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esa dirección” (NMI, n. 30).

Nos recuerda Juan Pablo II “*que la primera forma de testimonio es la vida misma del misionero, la de la familia cristiana y de la comunidad eclesial*” (RMi. N. 42) En el mensaje que dirigió a los congresistas habló de la estrecha relación entre santidad y misión.

En la categoría de comunión se planteaba la naturaleza eclesial del Congreso, en la categoría de misión, su finalidad última, y en la categoría del testimonio, el medio privilegiado para asumir el mandato misionero de Jesús.

6. Desde los Hechos de los Apóstoles un gran movimiento misionero

Preparamos un Congreso que nos permitiera entrar en la dinámica del Espíritu del Resucitado y nos diera la posibilidad de seguir escribiendo el libro de los Hechos de los Apóstoles en las comunidades cristianas y en las Iglesias particulares del Continente.

Este libro de la obra lucana fue de profunda inspiración para el trabajo, ya que en sus páginas se plantean tres características fundamentales para el proceso evangelizador con el que deseábamos preparar el CAM2-COMLA7: primero, un intenso *movimiento misionero*; segundo, *animado por el Espíritu Santo*; y tercer, con una estructura básica que se manifiesta en las *pequeñas comunidades domésticas*¹.

En efecto, la validez y actualidad del libro de los Hechos para ese propósito, estriba en que todo él “*es un movimiento misionero desde Jerusalén hasta los confines de la tierra cuyo contenido fundamental es la Palabra de Dios*”². Las comunidades cristianas que entraron en la dinámica del Congreso rápidamente se identificaron con ese movimiento misionero y asumieron la Palabra de Dios con el fin de estudiarla y anunciarla en todos los ambientes y culturas.

De todos es conocido que Hechos es denominado el “*Evangelio del Espíritu Santo*”, por eso, en sus páginas se describe la presencia y la acción del Espíritu Santo en el mundo y todos los que se van adhiriendo a la causa de Jesús. Para los miles de misioneros que en estos años se dedicaron a la misión era importante conocer cómo el

¹ Cfr. RICHARD, Pablo, Hechos de los Apóstoles, en Comentario Bíblico Latinoamericano. Nuevo Testamento. Dirigido por Armando J. Levoratti. Verbo Divino. Navarra, España. Pp 683-4

² Ibid.

Espíritu Santo impulsaba la misión en la primeras comunidades cristianas. Ellos también debían dejarse guiar por el Espíritu para transformarse “*en testigos valientes de Cristo y preclaros anunciadores de su palabra*” (RMI, n. 67).

El libro de los Hechos tiene además, una dinámica que parte del Templo y llega a la casa, o sea a la creación de pequeñas comunidades en las que la Palabra se hace presente e ilumina la vida del creyente en su cotidianidad y en su cultura. La pequeña comunidad es el espacio donde se mantiene viva la memoria de Jesús, donde se vive la comunión y la solidaridad, donde se realiza el servicio alegre y generoso y donde se celebra la Eucaristía, memoria del Resucitado³.

Así como los momentos decisivos de Hechos se realizan en esas pequeñas comunidades domesticas que se reúnen por las casas, así también las comunidades cristianas de Centro América intensificaron una experiencia del evangelio mas comprometida y solidaria para transformar a la persona y a la sociedad.

Este gran movimiento misionero inspirado en los Hechos de los Apóstoles tiene tres características más, las cuales emergieron con mucha fuerza: primero, una amplia participación de la mujer en las tareas misioneras, imprimiéndole a la acción evangelizadora un dinamismo digno de imitar; segundo, el énfasis que se le da a la dimensión de las culturas y de la inculturación del Evangelio; y tercero, la pluralidad de ministerios, carismas y funciones en la misión de la Iglesia⁴.

7. Desde el contexto de la contracultura de la muerte, “la misión de Cristo Redentor” apremia

El Congreso no podía ser ajeno a las realidades que están amenazando la vida de los pueblos centroamericanos: extrema pobreza, corrupción pública y privada, impunidad, violencia institucionalizada, las secuelas de los conflictos armados y de los

³ Ibid.

⁴ Ibid.

regímenes militares, fragilidad en sus incipientes democracias, lacerantes situaciones de injusticia y desigualdad social, crisis de la familia, agresión de los medios de comunicación social con la propuesta de un estilo de vida materialista y hedonista, migración, etc.

Es evidente que la última palabra no la tienen esas realidades de muerte sino la vida plena y en abundancia que brota de la redención de Cristo ya que “*en el hecho de la redención está la salvación de todos, porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con cada uno Cristo se ha unido, para siempre, por medio de este misterio*” (RMI. 4).

En el contexto de una contracultura de la muerte el Congreso se presentaba como un signo del compromiso por la vida digna de todo ser humano y por entender la misión hoy como “*anuncio del Evangelio de la Vida*”, tarea que todo el Pueblo de Dios está llamado a asumir y promover, dado que “*la urgencia de la actividad misionera brota de la radical novedad de vida, traída por Cristo y vivida por sus discípulos*” (RMI. 7).

Sin lugar a dudas, hemos tomado más conciencia durante estos cuatro años de preparación hacia el Congreso que el “*Evangelio de la Vida está en el centro del mensaje de Jesús*”, y desde allí brota la fortaleza para denunciar todo cuanto se opone al reino y luchar contra las estructuras de muerte en la sociedad. Al mismo tiempo, hemos comprendido la necesidad de acogerlo con amor cada día en el seno de toda comunidad eclesial para anunciarlo “*con intrépida fidelidad como buena noticia a los hombres de todas las épocas y culturas*” (Evangelium Vitae 1).

Varias veces se dijo, que si de los pueblos centroamericanos, en su historia reciente, habían salido al mundo noticias de horror y muerte, había llegado la hora de mostrar el rostro de un pueblo digno y trabajador que no podía “*guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano*”. Era, por lo tanto, la oportunidad de anunciar noticias de vida y esperanza de un pueblo que se ha mostrado fiel a Jesucristo y a la Iglesia. Esta es la noticia que se ha de llevar al mundo entero (Cfr. Ecclesia in America, 74).



8. “Iglesia en América, tu vida es misión”, eco de la Asamblea especial del Sínodo de América

Es innegable la incidencia que tuvo la exhortación Apostólica postinodal “Ecclesia in América” en la preparación y celebración del Congreso. No sólo inspiró el lema sino se intentó trabajar en la fase preparatoria bajo el “signo de unidad de todos los pueblos del Continente” (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 5).

Me atrevería a afirmar que la primera gran iniciativa continental que logra con bastante satisfacción esa unión entre nuestras Iglesias, después de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos de América, ha sido el Segundo Congreso Misionero.

La influencia de Ecclesia in América, fue determinante en el espíritu y en la mentalidad con que se vivió el proceso, es decir, bajo el modelo de una Iglesia que se redescubrió “sacramento de comunión” y desde esa óptica ha querido asumir su compromiso misionero.

Otra idea clave en la vida de la misión y del misionero es la importancia determinante del encuentro personal con Jesucristo vivo como una fuerza transformadora que abre a auténticos procesos de conversión, comunión y solidaridad (Cfr. EAm. 8).

El numero 74, titulado “la misión ad gentes”, fue realmente central e importante desde el primer momento, sobre todo, cuando plantea la responsabilidad de las Iglesias particulares en la tarea misionera ad intra e ad extra.

Ese fue el numero que inspiró el objetivo principal del Congreso: “Animar la vida de las Iglesias particulares del Continente para que, desde su experiencia evangelizadora, asuman responsable y solidariamente el compromiso de la Misión ad gentes”.

De manera que el llamado a extender el impulso evangelizador más allá de las fronteras continentales era apremiante, la invitación a no guardar para sí las inmensas riquezas del patrimonio cristiano acrisolado en más de 500 años de evangelización era urgente, y llevar la Buena noticia a los alejados que todavía no la conocen era



un desafío, pues “*se trata de muchos millones de hombres y mujeres que, sin fe, padecen la más grave de las pobreza*”.

9. Un proceso para navegar en aguas profundas

Las Iglesias centroamericanas vivieron intensamente la fase preparatoria del Gran Jubileo del Año 2000, con ese mismo ánimo se lanzaron la mayoría de las Iglesias particulares a preparar el CAM2.

Novo Millenio Ineunte llegó a oxigenar el proceso hacia el CAM2. Mons. Julio Cabrera en la segunda Asamblea Nacional de Misiones de Guatemala, (septiembre del 2002) y luego en el tercer Encuentro Centroamericano y primero continental hacia el CAM2-COMLA7, celebrado en San Salvador (Noviembre 2002) hizo una lectura en clave misionera de ese documento pontificio que ha sido denominado como la **carta de navegación** que Juan Pablo II propuso a la Iglesia al comienzo del nuevo milenio para que, remando en aguas más profundas, recuerde con gratitud el pasado, viva con entusiasmo el presente y se abra con esperanza al futuro; mirándose así misma, tenga también el coraje de analizar su fervor y recuperar fuerzas para su compromiso espiritual y pastoral en el servicio a la persona y a los pueblos (NMI n. 1.3).

En esta última clave de lectura me limito a sintetizar los aspectos que Mons. Cabrera resaltó de *Novo Millenio Ineunte*.

El Congreso Misionero situaba a las Iglesias particulares de Centro América frente a “un nuevo dinamismo” que invitaba a levantar la cabeza y mirar hacia delante (n. 15) a desentumecer las piernas para el camino que hay que recorrer (n. 58) a entrarle de lleno y apasionadamente a la tarea de renovación pastoral (n. 29).

Las comunidades cristianas y sus agentes pastorales han asumido con mayor conciencia las exigencias del mandato misionero de Jesús, pues ese mandato “*nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del Espíritu Santo, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza “que no defrauda”* (n. 58).

El valor que se le da a las Iglesias particulares es digno de resaltarse, ya que es en ellas “*donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas –objetivos y métodos de trabajo, de formación y valoración de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios- que permitan que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura*” (n. 29).

Aquí me aparto un poco de la reflexión de Mons. Cabrera para referirme solamente a aquellas prioridades pastorales que más se trabajaron, según mi punto de vista, durante la fase preparatoria.

La oración. (n. 32) Desde aquel acto mariano en la Basílica N. S. De Luján de la delegación guatemalteca presente en Paraná, hasta la oración de Juan Pablo II por el Congreso que se rezó desde el rincón más humilde del continente y en mas de 600 monasterios de vida contemplativa, pasando por la importancia que siempre se le dio en cualquier encuentro por pequeño o grande que hay sido. El papel que jugó la lectura orante de la Palabra de Dios. Las oraciones comunitarias y participativas que los animadores misioneros pusieron en práctica durante el Año Santo Misionero. De modo que la preparación del Congreso se convirtió en una autentica “escuela de oración”. Podemos afirmar que se dio prioridad “a la oración, personal y comunitaria”, respetando de esa manera “la primacía de la gracia” (n. 38).

Escucha y anuncio de la Palabra. (n. 39-40) La importancia que se dio a la Palabra ayudó, sin duda alguna a revitalizar “*la tarea de la evangelización y de la catequesis*”. Mediante la publicación de “*Anuncia la Buena Noticia*” textos de la obra de Lucas, del P. Roberto Paz se propició “*que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la lectio divina, que permita encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia*” (n.39).

Una de las características que podemos resaltar de los animadores del Año Santo Misionero fue el haberse convertido en verdaderos “servidores de la Palabra” en el compromiso de la evangelización”.

El trabajo de ellos unidos a tantos otros agentes pastorales permitió una “acción misionera” que implicó “la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios” (n.40).

El testimonio de los mártires de nuestra historia reciente estuvo presente en todo el camino del CAM2 animando esa “acción misionera confiada, emprendedora y creativa”. Al plantear la misión como anuncio del evangelio de la vida estaba la firme convicción de que los mártires son “una semilla de vida”. Nuestra región centroamericana en estos tiempos ha sido particularmente rica “en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema” (n. 41).

No estuvimos ajenos a las ***situaciones de exclusión social y extrema pobreza*** que la región centroamericana presenta ni a un llamado apremiante a la solidaridad que esas realidades demandan. De diversas maneras afrontamos las situaciones que amenazan la vida de nuestros pueblos. Esto se hizo evidente en el tercer encuentro centroamericano celebrado en San Salvador Cuando Mons. Gregorio Rosas planteó las serie de realidades que amenazan la vida de nuestros pueblos.

Asistimos a tantas “*contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana*” (n. 50).

Esa pobreza lacerante queda descubierta en su dramatismo y crueldad cuando el Vicario de Cristo se interroga y cuestiona a la vez: “*¿Cómo es posible que haya todavía... quién se muere de hambre; quién está condenado al analfabetismo; quién carece de la asistencia médica más elemental; quinén no tiene techo donde cobijarse?*”

Podemos afirmar con alegría que nuestras Iglesias particulares están ahora en la capacidad de llevar la barca, en el presente siglo, a la parte más honda del lago, y allí, en nombre de la palabra de Jesús echar las redes.

Conclusión

La Iglesia en Centro América, desde ese proceso pastoral para preparar el Segundo Congreso Americano Misionero, ha entrado en una nueva época de su larga y fecunda historia. Dicho evento eclesial marcó un hito sin precedentes, tanto en su preparación como en la celebración, lo cual indica que entramos en una nueva era que denominamos, en expresión de Juan Pablo II, ***“una gran primavera cristiana para la evangelización en la Iglesia”***.

Estos primeros años del siglo XXI, marcan el inicio de una época nueva cuyo sustrato más significativo ha sido la valiosa herencia testimonial y martirial de los mejores hijos e hijas de la Iglesia, el reconocimiento de la identidad y valores de los pueblos indígenas que van asumiendo un protagonismo más creativo en la Iglesia y en la sociedad, la activa participación de un laicado maduro y comprometido, y la profunda conciencia de la responsabilidad misionera de las comunidades cristianas.

Esta nueva era que se abre para la Iglesia centroamericana al coincidir con el inicio del nuevo milenio, nos hace ***“entrar sin miedo en las aguas profundas de la historia presente”***, como lo reconocieron los tres mil misioneros reunidos en el CAM2-COMLA7 al lanzarse al futuro bajo la consigna paulina: “¡Ay de mí sino anuncio el Evangelio!” y al comprender que la vida es misión.

Esta nueva época es la oportunidad para poner en juego, desde la pequeñez y pobreza que nos caracteriza, todas las fuerzas eclesiales al servicio de la nueva evangelización y de la Misión ad Gentes con la plena conciencia y responsabilidad que todo discípulo de Cristo y toda institución eclesial asuma el supremo deber de anunciar a Cristo a todos los pueblos.



**Correos
de Colombia**



ADPOSTAL
Llegamos a todo el mundo!



Llame gratis a nuestras nuevas
líneas de atención al cliente

018000-915525
018000-915503

Visite nuestra página web
www.adpostal.gov.co



Sumario:

Al abordar el tema de “La Misión Ad Gentes hoy”, el Cardenal Sepe comienza destacando, por una parte, el “eminente valor misionero” del Concilio Vaticano II y, por otra, el Pontificado misionero de Juan Pablo II; y dedica una reflexión especial al llamamiento que hace el Papa en la Ecclesia in America a “extender un impulso evangelizador más allá de las fronteras continentales” y a llevar al mundo entero las inmensas riquezas del patrimonio cristiano y comunicarlo a aquellos que todavía lo desconocen. El Segundo Congreso Americano Misionero nos ofrece la oportunidad para tomar conciencia de los signos de esperanza de la vida de la Iglesia en América hoy, llamada a la Misión Ad Gentes, sin descuidar las dificultades que frenan dicho impulso evangelizador y que se constituyen en retos importantes para la misión.

La misión Ad gentes hoy

Cardenal Crescenzo Sepe

Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos.

Es para mí un motivo de gran alegría encontrarme hoy entre vosotros, enviado por el Santo Padre a presidir el Segundo Congreso Americano Misionero, expresión gozosa de la solicitud de cada una de las Iglesias particulares de América por anunciar el Evangelio de la Vida a todos los pueblos.

Saludo con afecto al Arzobispo de Guatemala, el Señor Cardenal Rodolfo Quezada Toruño, a todos y a cada uno de los miembros del Episcopado de Guatemala y de Centroamérica, a los Excmos Señores Obispos, Directores Nacionales de las Obras Misionales Pontificias, agentes de pastoral, misioneros y misioneras, familias, jóvenes y niños, representantes y delegados de las Diócesis del norte, centro y sur del continente americano y del Caribe.

A todos saludo en nombre del Santo Padre que, desde Roma, desea unirse espiritualmente a la celebración del Congreso. Les traigo su afecto, su cercanía y su bendición.

Con el primer Congreso Americano Misionero (y VI Latinoamericano) celebrado hace cuatro años en Paraná (Argentina), fruto del maravilloso camino que la Iglesia en América Latina ha desarrollado en favor de la animación misionera mediante los "COMLA", quedó sembrada una semilla de unidad, que ha sabido desarrollarse vigorosamente hasta llegar a este Segundo Congreso Americano Misionero.

40

Fue tras la celebración del Sínodo Especial para América en 1997, que el VI Congreso Misionero Latinoamericano, quiso extender su fraterno abrazo a "toda la Iglesia en todo el continente", convirtiéndose así en el I Congreso Americano Misionero. Se deseaba subrayar de este modo, cuanto el Santo Padre quiso expresar mediante la

misma celebración del Sínodo para América, sosteniendo “aquel vínculo más estrecho al que aspiran los pueblos del Continente y que la Iglesia desea favorecer” e impulsar así, con mayor vigor, la misión evangelizadora de la Iglesia, en América y también más allá de sus fronteras (cf. *Ecclesia in America*, 5).

Amadísimos hermanos y hermanas, “*La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse. A finales del segundo milenio después de su venida, una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio*” (*Redemptoris Missio*, 1).

El Santo Padre da inicio con estas palabras a la Encíclica *Redemptoris Missio*, y mediante ellas ofrece una interpretación sorprendente del tiempo en el que la Iglesia vive, definiéndolo no como la edad del coronamiento o del final de la misión, sino el de su principio. ¿Se puede afirmar, después de dos mil años, que **hoy** (26 de Noviembre de 2003), **la misión del Redentor se encuentra todavía en los comienzos?** ¿Se trata, tal vez, de un modo retórico para reavivar una actividad eclesial que en algunas partes se encuentra en decadencia?

Si recorremos brevemente el intenso camino que la Iglesia ha recorrido en estos últimos decenios, intentando descubrir en él los signos de la providencia divina en la historia, podemos darnos cuenta que dichas palabras no han sido escritas simplemente para embellecer un texto, sino para describir una apremiante realidad.

1. El Concilio Vaticano II

Situándonos en esta perspectiva histórica, no podemos dudar en afirmar que “*el Concilio Vaticano II constituye un **evento providencial**, ... , la respuesta evangélica a la evolución reciente del mundo con las dramáticas experiencias del siglo XX, ... , el Concilio ha señalado con nuevo vigor a los hombres de hoy a Cristo, el ‘Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo’, el Redentor del hombre, el Señor de la historia*”.

El Espíritu Santo que anima y guía a la Iglesia suscitando en cada época impulsos de una mayor fidelidad al Evangelio, ha inspirado el Concilio Vaticano II para dar respuestas concretas a la evolución del mundo actual. Las trágicas experiencias del siglo XX, y el “desgaste” que dichos acontecimientos, antiguos y recientes, han producido en las fibras más profundas del hombre contemporáneo: la pérdida de la esperanza, de la memoria y de la herencia cristianas, el fenómeno del ateísmo y el relativismo moral, exigían y exigen un nuevo anuncio de Jesucristo.

El Concilio Vaticano II, por su carácter pastoral, ha tenido un eminente valor misionero no sólo en aquellos documentos que tratan en modo específico sobre la misión *ad gentes*. El Concilio describe a la Iglesia como “sacramento universal de salvación”, signo transparente y portador de Cristo para toda la humanidad (cf. *Lumen gentium*, 48; *Ad gentes*, 1). Esta idea central, de profundo significado y trascendencia misionera, da pie a la *Lumen gentium* para urgir a una evangelización universal (n. 1). La Iglesia puede presentarse así como un “signo levantado antes las naciones” (*Sacrosanctum concilium*, 2), que “manifiesta y, al mismo tiempo, realiza el misterio del amor de Dios al hombre” (*Gaudium et spes*, 45).

Fue el mismo Pablo VI quien ofreció, al inicio de la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, una interpretación radicalmente misionera del Concilio Vaticano II, mediante estas palabras: “*los objetivos del Concilio Vaticano II se resumen, en definitiva, en uno sólo: hacer que la Iglesia del XX siglo sea cada vez más idónea para anunciar el Evangelio a la humanidad del XX siglo*” (n. 2). En dicha Exhortación, documento que ha tenido también una gran importancia en la reflexión de la Iglesia en América Latina, han sido puestas las bases de la misión y de la nueva evangelización contemporánea, argumentos que han constituido los temas centrales de la serie de Sínodos que, en estos decenios, la Iglesia ha celebrado a nivel general y continental, nacional y diocesano (cf. *Tertio millennio adveniente*, 21).

42

En el fascinante y a veces dramático camino de la humanidad, caracterizado como decíamos por rápidas y generales transformaciones, por la deestructuración de las sociedades tradicionales, por el fenómeno de la secularización y por el renacimiento de un vago

sentimiento religioso, la Iglesia toma conciencia que, viviendo en un “nuevo mundo” –una sociedad global– se halla también, en un cierto modo, en un “nuevo inicio”.

Un mundo que no goza como en el pasado de “fronteras claras y bien definidas”; donde otras culturas, experiencias religiosas, antropologías y modelos de humanidad, conviven codo a codo con el cristianismo. Ante dicha pluralidad, la fe cristiana viene a ser una voz entre otras voces. Es más, en muchos areópagos modernos ella constituye a menudo un hecho minoritario, e incluso contracorriente del pensar común de la sociedad.

Esta nueva etapa histórica del camino de la humanidad, exige de los cristianos una fe adulta, espiritualmente madura, radicada en el fiel seguimiento de Cristo y de su Iglesia, capaz de hacer frente con serena audacia a numerosos desafíos (cf. *Veritatis splendor*, 88). Es esta una situación que, en definitiva, acentúa y pone de manifiesto la intrínseca dimensión misionera de la fe.

2. El pontificado de Juan Pablo II

El Pontificado de Juan Pablo II representa, en este nuevo contexto histórico, un acontecimiento providencial. El suyo es un Pontificado misionero. Como catequista itinerante ha recorrido *“los caminos del mundo para anunciar el Evangelio, para confirmar a los hermanos en la fe, para consolar a la Iglesia, para encontrar al hombre”*. Él los define “viajes de fe”, *“ocasiones de catequesis itinerante, de anuncio evangélico para la prolongación, en todas las latitudes, del Evangelio y del Magisterio apostólico dilatado a las actuales esferas planetarias”* (*Redemptoris missio*, 63).

Juan Pablo II, mediante su profundo y vasto Magisterio y su extraordinario Ministerio Pastoral invita a toda persona y a todo pueblo a abrir con confianza las puertas a Cristo, y nos enseña que la Iglesia, - todos y cada uno de nosotros -, está llamada a anunciar su Nombre, a proponerlo con gozo y sin miedo a este “nuevo mundo”.

Juan Pablo II ha sabido situar la misión de la Iglesia en el corazón de este nuevo contexto cultural de la humanidad y ha enunciado magistralmente sus principios mediante la Encíclica ***Redemptoris missio***, que, como su elocuente subtítulo indica, desea confirmar “la permanente validez del mandato misionero”.

No es este un documento, queridos hermanos y hermanas, que se detenga a conmemorar, sin más, el XXV aniversario del Decreto misionero conciliar *Ad gentes*. La Encíclica es la *magna charta* de la misión moderna. Constituye un texto esencial para conocer el camino de la Iglesia después del Concilio Vaticano II y para comprender la conciencia que la Iglesia tiene, a través de su Pastor Supremo, de su misión evangelizadora en el mundo actual. Las finalidades de la Encíclica quedan expuestas con claridad desde sus primeras páginas:

- Renovar la Iglesia desde la misión, pues la “fe se renueva dándola” (*Redemptoris missio* 2);
- Reafirmar la evangelización como el “primer servicio que la Iglesia puede prestar a cada hombre y a la humanidad entera en el mundo actual”;
- Disipar dudas sobre la misión *ad gentes*; confirmar en su entrega a los beneméritos hombres y mujeres que se dedican a ella y a cuantos les ayudan; promover las vocaciones misioneras; dar nuevo impulso a la misión propiamente dicha, invitando a las Iglesias particulares, especialmente las jóvenes, a mandar y a recibir misioneros.

La intensa y amplia discusión misionológica postconciliar, no exenta de ambigüedades, ha suscitado en el Santo Padre el deseo de recordar a la Iglesia la urgencia del mandato misionero, a precisar sus aspectos doctrinales y a clarificar sus modalidades de actuación, indicar quienes son sus responsables y agentes, y en qué modo todos los miembros de la Iglesia estamos llamados a participar en ella:

44

- En el centro de la actividad misionera está el anuncio de Cristo, el conocimiento y la experiencia de su amor. Él es el único Mediador entre Dios y los hombres, el único Salvador del mundo, en quien la humanidad, la historia y el cosmos encuentran su sentido definitivo y se realizan totalmente (cf. n. 4-11).

- Entre las diferentes actividades relacionadas con la misión, existe una jerarquía. En virtud del mandato misionero, del cual la Iglesia no puede sustraerse porque privaría a los hombres de la “buena nueva de la salvación”, todo debe tender al anuncio de Jesucristo. Diálogo interreligioso, promoción humana, inculturación, están ordenados al testimonio y al anuncio de la fe, orientados al descubrimiento del misterio cristiano y a la plenitud de la vida nueva (cf. n. 52-58).
- La inculturación debe estar dirigida por dos principios: “la compatibilidad con el Evangelio de las varias culturas a asumir y la comunión con la Iglesia universal”.
- La Encíclica (cf. n. 33) restablece también el equilibrio conceptual y de contenido entre la misión *ad gentes* propiamente dicha, (que tiene como destinatarios a los pueblos que todavía no creen en Cristo), la atención pastoral, (que se dirige a las comunidades cristianas con fervor de fe y estructuras eclesiales adecuadas y sólidas), y la “nueva evangelización”, (que se dirige a los países de antigua cristiandad o también a, donde grupos enteros de bautizados han perdido el sentido vivo de la fe).

Al concluir el Año jubilar, el Santo Padre ha querido reafirmar con vigor las motivaciones de la Encíclica *Redemptoris missio*, mediante la Carta Pastoral *Novo millennio ineunte*. En ella se confirma, con un tono de gozosa esperanza, que “la Iglesia no puede sustraerse de la actividad misionera hacia todos los pueblos; (y que) una tarea prioritaria de la misión *ad gentes* sigue siendo anunciar a Cristo, «Camino, Verdad y Vida» (Jn 14, 6), en el cual los hombres encuentran la salvación” (n. 56).

La palabra de orden del Papa al inicio del tercer milenio es volver a comenzar desde Cristo, “contemplando su rostro con los ojos de María” (*Rosarium Virginis Mariae*, 3). Una Iglesia más contemplativa, es decir, capaz de asimilar vitalmente la belleza del Amor de Dios que se manifiesta en la persona de Cristo, será una Iglesia más santa, y, consecuentemente, más misionera. El Santo Padre vuelve a proponer con fuerza el binomio inseparable “santidad y misión”. Indica en la vía de la santidad el fundamento sobre el cual debería basarse la programación pastoral de cada Iglesia particular, e invita a todos los Pastores a proponer con convicción “la alta medida de la vida cristiana ordinaria” (*Novo millennio ineunte*, 31).

3. La Iglesia en América y la misión *Ad Gentes*

Juan Pablo II ha tenido siempre a la Iglesia en América, en el centro de su Ministerio Pastoral. “El continente de la esperanza”, representa para el Santo Padre la comunidad católica que, en el presente y en el futuro de la vida de la Iglesia, tiene y tendrá una función de enorme relieve, decisiva, universal.

Para encontrarse a la altura de dicha responsabilidad el Santo Padre ha llamado a la Iglesia en América a renovar su identidad cristiana mediante el programa de una “nueva evangelización”, invitándola al mismo tiempo, a comunicar la riqueza de la propia fe mas allá de sus fronteras.

El Papa ha repetido dicho llamado, en una especie de “crescendo”, durante sus viajes al Continente Americano, desde aquella memorable peregrinación apostólica a México en 1979, que abrió la cadena ininterrumpida de su peregrinar misionero por todo el mundo, hasta la más reciente visita a Montreal, México y Guatemala en 2002, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud y de las canonizaciones del Hermano Pedro de San José Betancur, de Juan Diego y de la beatificación de los Mártires de San Francisco Cajonos.

En la conclusión de la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*, el Santo Padre renovó dicha llamada –que yo definiría más bien como un “**grito profético**”– invitando a las Iglesias particulares en América “*a extender su impulso evangelizador más allá de sus fronteras continentales*”, a no “*guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano*”, a “*llevarlo al mundo entero y comunicarlo a aquellos que todavía lo desconocen*” (n. 74).

El Continente Americano, sobre todo la América Latina, es un continente mayoritariamente católico. Si la misión *ad gentes* es una tarea que incumbe a todo cristiano en virtud de su bautismo, esta vocación fundamental tiene que interpelar mayormente a las Iglesias particulares en América, en cuanto exigencia esencial, constitutiva, de su propio ser.

La historia de la evangelización de América quedaría mermada e inacabada si se limitase a la sola nueva evangelización del Continente. Entre misión *ad gentes* y nueva evangelización existe, en realidad, una íntima e indisoluble relación, pues esta halla su inspiración y apoyo en el compromiso por la misión universal (cf. *Redemptoris missio*, 1). Sin misión *ad gentes* las Iglesias particulares quedarían sin una apertura y sin un respiro universal, pues aunque territorialmente sean delimitadas, espiritualmente no lo son. En virtud de su naturaleza, necesitan abrirse a la dimensión de la catolicidad mediante la misión *ad gentes* (cf. *Redemptoris missio* 34). Una Iglesia evangelizada alcanza su madurez cuando es genuinamente evangelizadora.

Tal es la lógica de la catolicidad misionera, como han recordado los Obispos latinoamericanos en Puebla y en Santo Domingo. Recomendaciones que de igual manera han sido recogidas, promovidas y difundidas capilarmente por las Direcciones Nacionales de las Obras Misionales Pontificias y por el CELAM, mediante las actividades de su Departamento de Misiones.

Tal ha sido el *leit motiv* de los precedentes Congresos Misioneros Latinoamericanos de los que este Congreso recoge fielmente su abundante y rica herencia. El Segundo Congreso Americano Misionero –es necesario recordarlo una vez más– sigue la tradición y la trayectoria de los COMLA's. Tales encuentros de carácter continental, apoyados desde su providencial inicio por la Congregación de la Evangelización de los Pueblos, se han ido celebrando con evidentes frutos de fe y de generosidad misionera, en varias ciudades de la geografía latinoamericana.

4. El segundo Congreso Americano Misionero

En continuidad con el precedente I Congreso Americano Misionero y VI COMLA, celebrado unos meses más tarde de la promulgación de la Exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*, y después de la dichosa experiencia del Gran Jubileo del año 2000, la Iglesia en América se sitúa nuevamente ante el horizonte ilimitado de la Misión universal.

Queridos hermanos y hermanas, nos encontramos en la “hora americana” de la misión *ad gentes*. ¡Se trata de un momento y de una hora también “cronológica”!, ¡estamos hablando del hoy y del ahora!, ¡estamos afirmando que la vida de la Iglesia en América es hoy la misión *ad gentes*!

Es este el momento de acoger con decisión, sin miedos, dicho desafío. Los Pastores que sabrán apostar por la misión *ad gentes*, expresión dinámica de la caridad, que “a partir de la comunión intraeclesial se abre por su naturaleza al servicio universal” (cf. *Novo millennio ineunte*, 49), obtendrán, ya en un futuro inmediato, una profunda renovación de sus comunidades cristianas, un aumento de la fe, un crecimiento de las vocaciones al sacerdocio, a la vida religiosa.

Una pastoral fundada sobre la animación misionera puede renovar profundamente la vida cristiana de nuestros fieles. La misión *ad gentes*, en efecto, “renueva la Iglesia, da nuevo vigor a la fe y a la identidad cristiana, da nuevo entusiasmo y nuevas motivaciones” (*Redemptoris missio*, 2). ¿No es este el ejemplo que nos ofrecen numerosas Iglesias particulares en América que ya están dando desde su pobreza y se ven bendecidas por los dones y el fruto del Espíritu? Como justamente ha señalado el Señor Cardenal Rodolfo Quezada Toruño, en la carta de convocación al Congreso: “sabemos que las necesidades de nuestras Iglesias son apremiantes, pero la urgencia de la misión universal *ad gentes* es todavía mayor”. *¡Charitas Christi urget nos!* (2 Cor 5, 14).

Sí, queridos hermanos y hermanas, **es urgente que la Iglesia en América una todos sus esfuerzos hacia la primera evangelización y la fundación de comunidades cristianas entre los pueblos que no conocen a Cristo** y que constituyen la mayoría de la humanidad.

48

Una atención especial la merece el continente asiático, donde viven más de 3.700 millones de personas (el 60% de la población mundial), y donde son católicos apenas 110 millones (un escaso 3% de la población asiática), la mitad de los cuales están concentrados en un sólo País, Filipinas.

En numerosos Países asiáticos la Iglesia está dando los primeros pasos. Hace pocos meses he estado en Mongolia (una República ex-comunista, de dos millones y medio de habitantes situada entre Rusia y China), para la consagración episcopal del primer Prefecto Apostólico de Ulaanbaatar, Mons. Wenceslao Padilla, misionero de Scheut, filipino. Su comunidad católica no llega todavía a 200 personas. Digo bien, 200; ¡no 200.000, ni 2.000! Iglesias particulares que nacen en modo sencillo, pero con un gran dinamismo; Iglesias que necesitan la ayuda espiritual y material de toda la Iglesia.

Dicha responsabilidad por la misión universal, queridos hermanos y hermanas, ya es sentida por muchas Iglesias particulares en América, y debería constituir “el elemento primordial de la pastoral ordinaria” de todas ellas, desde el Norte hasta el Sur del continente (cf. *Redemptoris missio*, 83).

Para conseguirlo, es necesario que cada uno de nosotros, cada una de nuestras comunidades renueve su propia vida de fe, de modo que la actividad evangelizadora *ad gentes* sea el fruto del primado de la gracia y de una vida de santidad. El despertar responsable de la cooperación misionera “se fundamenta y se vive, ante todo –nos recuerda el Santo Padre– mediante la unión personal con Cristo; sólo si se está unido a él, como el sarmiento a la vid, se puede producir buenos frutos. La santidad de vida permite a cada cristiano ser fecundo en la misión de la Iglesia” (*Redemptoris missio*, 77).

Existen numerosos signos de la acción santificadora del Espíritu, signos de esperanza, que nos dan a entender que la vida de la Iglesia en América es hoy y está llamada a ser, cada vez con mayor convicción, la misión *ad gentes*:

- Los testimonios de santidad, de entrega incondicionada al anuncio del Evangelio, de numerosos hijos e hijas de la Iglesia en América.
- La intensa actividad de animación misionera que las Obras Misionales Pontificias realizan a nivel nacional, regional y diocesano en favor de la misión *ad gentes*. Algunas Obras, pienso en particular a la Pontificia Obra de la Santa Infancia, están

teniendo un despliegue y una actividad admirable en todo el continente.

- El creciente compromiso misionero de numerosas diócesis que, bendecidas por el Señor con mayor número de vocaciones y de medios, no dudan en compartirlos con otras más necesitadas, tanto dentro como fuera del país, o incluso más allá de las fronteras continentales.
- El crecimiento en no pocas partes de América, de las vocaciones sacerdotales, religiosas y de fieles laicos (catequistas, jóvenes y familias misioneras) dedicados a la evangelización y a la misión.
- El dinamismo misionero *ad gentes* de los movimientos eclesiales y de las nuevas comunidades, bien presentes en toda la geografía eclesial americana.
- Los Institutos y las Sociedades específicamente *ad gentes*, nacidos en América, y la fecunda actividad de animación misionera que ellos realizan en pro de dicha misión. El nacimiento de diferentes Seminarios Diocesanos Misioneros en varios países del continente americano.

Por otra parte, existen dificultades que, de alguna manera, frenan dicho impulso evangelizador y que constituyen retos importantes a los que se debe hacer frente. Recordemos algunos que tocan de cerca la realidad social y eclesial del continente, especialmente de América Latina,

- Una, todavía escasa conciencia misionera. En algunas partes aún se asegura, erróneamente, que el sacerdote secular ha sido ordenado en modo exclusivo para su Iglesia particular y que, por lo mismo, no debe preocuparse de la misión *ad gentes*, tarea que correspondería al clero religioso. Ni faltan aquellas en las que está muy presente la idea de pensar que la pobreza económica y de medios, concede el derecho de definirse como “iglesias que deben solamente ser ayudadas”.
- La proliferación de numerosas sectas. Solamente una renovada presencia y un nuevo impulso misionero de la Iglesia, especialmente en los sectores más expuestos a dicho influjo, puede ayudar a profundizar o a implantar las raíces de la tradición católica. Este desafío exige que “la Iglesia sea cada vez más comunitaria y participativa, con comunidades eclesiales, grupos

de familias, círculos bíblicos, movimientos y asociaciones eclesiales, haciendo de la parroquia una comunidad de comunidades”.

- La manipulación por parte de ciertas “ideologías” del mundo indígena, mediante una visión arcaica, utópica, de las etnias amerindias. En algunos casos se pretende “restaurar” las antiguas religiones, oponiéndolas polémicamente a la Iglesia católica, cuya fe es profesada por la mayoría de dichos pueblos con una fe profunda, sencilla y sincera. La Iglesia “debe dedicar una especial atención a aquellas etnias que todavía hoy son objeto de discriminaciones injustas” (cf. *Ecclesia in America* 64).
- La necesidad de una mayor comunión entre el sur y el norte del continente. Una “mayor solidaridad entre todas las naciones de América” (cf. *Ecclesia in America*, 2), sostenida y favorecida por la Iglesia, contribuirá no sólo a la unidad espiritual del continente americano, sino también a dar una respuesta a los desafíos y a los problemas actuales entre el “norte y el sur del mundo”.

Conclusión

Queridos hermanos y hermanas, ¡caminemos con esperanza!, ¡vivamos y actuemos como misioneros, sintiéndonos responsables de la construcción de la Iglesia en el tercer milenio!

El II Congreso Americano Misionero, al hacer presente el mandato de Cristo a todas las Iglesias particulares del continente, nos invita una vez más a ponernos en camino: “¡Id pues y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!” (*Mt* 28, 19).

Es el mismo mandato misionero que “nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos continuar con la fuerza del mismo Espíritu, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza «que no defrauda» (*Rm* 5, 5)” (*Novo millennio ineunte*, 58). Para ello

contamos también con la potente intercesión de los santos y de las santas de América.

Encomendemos a la protección materna de Santa María de Guadalupe, Reina de toda América, Reina de los Apóstoles, los frutos de nuestro II Congreso Americano Misionero. Que Ella, habiendo recibido a todos los hombres y mujeres por hijos suyos, interceda por la Iglesia en América, para que se haga portadora del anuncio de la salvación a todos aquellos que aún no conocen el Amor y la misericordia divina.

¡IGLESIA EN AMÉRICA, TU VIDA ES MISIÓN!

Sumario:

El Cardenal Oscar Rodríguez presenta el tema de la misión desde la pequeñez, la pobreza y el martirio. Desde la pequeñez y desde la aparente insignificancia, podemos trabajar en el crecimiento del Reino, fortaleciendo los valores humanos y las virtudes cristianas para construir un mundo más justo, solidario y fraterno. Desde la pobreza de nuestros pueblos, podemos ofrecer el sentido de la salvación y de la liberación, la riqueza de nuestra religiosidad popular; la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base, el florecimiento de los ministerios y la esperanza y alegría de nuestra fe. Desde la persecución y el martirio de tantos laicos, religiosos, sacerdotes y obispos, recibimos la fuerza y la convicción para mantenernos firmes y alegres en la evangelización. Finalmente, es sumamente importante animar la dimensión misionera de la propia Iglesia particular, teniendo en cuenta el carácter multicultural de las ciudades y grupos sociales.

La misión desde la pequeñez, la pobreza y el martirio

Cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga
Arzobispo de Tegucigalpa – Honduras
Presidente del Departamento de Justicia y
Solidaridad del CELAM

Ha dado inicio ya nuestro Segundo Congreso Americano Misionero al que nos hemos venido preparando desde hace cuatro años, y que en esta mañana de alegría, queremos agradecer al Señor Jesucristo y a su Santísima Madre.

El Año Santo Misionero en América Central se ha concluido de la mano de Nuestra Señora de Guadalupe y del Señor de Esquipulas, peregrinos que han recorrido las latitudes de esta porción de América avivando la Fe y el Amor de nuestros pueblos.

¡Bendito sea Dios! Benditos sean estos días de Gracia que viviremos juntos bajo la guía de Nuestro Santo Padre Juan Pablo II, misionero infatigable que nos ha enviado como Delegado suyo a Su Eminencia el Cardenal Sepe, quien ha inaugurado este Congreso.

El Año Santo Misionero en América Central nos ha guiado paso a paso, nos ha acompañado y nos ha hecho profundizar con muchos esfuerzos el sentido de lo que hoy nos congrega: IGLESIA EN AMERICA, TU VIDA ES MISIÓN, renovada en tu identidad y desde los valores característicos que te definen como el “CONTINENTE DE LA ESPERANZA”.

En la Carta sobre el Nuevo Milenio (Novo millennio ineunte), Juan Pablo II nos dice que: “Cristo... nos invita una vez más a ponernos en camino. Vayan y hagan discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19)...invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Sin embargo no es un entusiasmo que brota superficialmente de unos momentos de alegría y euforia, sino que se originan en fundamentos profundos que a continuación pasaremos a meditar.

1. La misión desde la pequeñez

“No temas, pequeño rebaño” (Lc 12,32), es la primera de las instrucciones que el Señor Jesús vino a traernos. ¡La tarea evangelizadora nos parece tan enorme! Solamente una cuarta parte de los habitantes del mundo conocen al Señor Jesucristo. En nuestras mismas tierras de América ¿Cuántos bautizados viven verdaderamente su Fe con todas las consecuencias que de ella se derivan? ¿No es cierto que diariamente constatamos que el “divorcio entre la Fe y la vida” del que nos hablaba el Papa Pablo VI sigue vigente en muchas personas que se llaman a sí mismas “católicas”?

Y sin embargo el plan de Dios continúa desplegándose a lo largo de los siglos, también el siglo XXI. Y sirviéndose de instrumentos humildes y sencillos como todos nosotros que no significamos mayor cosa ante los ojos de los poderosos y satisfechos de este mundo.

Nada mejor que la parábola del grano de mostaza para comprender esta enseñanza del Señor Jesús: “¿A qué se parece el Reino de Dios? ¿Y a qué lo compararé? Es semejante a un grano de mostaza, que un hombre toma para echarlo en su huerto; y se desarrolla y se hace un árbol, y los pájaros del cielo anidan en sus ramas” (Lc 13,18-19).

El servicio misionero que se nos pide es transformarnos en esta pequeña semilla en medio del mundo.

Una pequeña semilla cabe en cualquier sitio, o sea el Reino de Dios cabe en cualquier parte e igualmente los misioneros caben en cualquier lugar bajo el cielo.

Cuando la semilla de mostaza cae en tierra y crece en medio de las demás hortalizas, llega a crecer tanto o más que el resto de ellas.

Este es el misterio de la misión que Dios nos encomienda. Sabiendo caer en la tierra debemos llegar a crecer para que todos y cada uno puedan recibir la sombra acogedora y el aire fresco del anuncio del Evangelio. En las ramas de cada misionero todas las personas deben encontrar el amor de Dios, la misericordia de Dios, el perdón de Dios, la familia de Dios.

Desde la pequeñez y desde la insignificancia, Dios puede hacer surgir y crecer la grandeza del Reino de Dios.

Es una vez más una de las paradojas del Evangelio que revelan esa pedagogía misteriosa de Dios como el caso de la cruz.

De la muerte se genera la vida. Así también, de la pequeñez e insignificancia se edifica el Reino de Dios.

Podríamos aquí mencionar también las parábolas de la levadura de la masa, o la moneda perdida o la perla preciosa. Se trata de elementos pequeños que generan mucha vida, mucha alegría, mucho amor, mucha generosidad.

Aquí está la profunda enseñanza y el llamado que Dios y nuestra Madre la Iglesia nos hacen desde este Congreso Misionero Americano: QUE CADA UNO DESDE SU PEQUEÑEZ HAGA CRECER EL REINO DE DIOS. Que cada uno desde su aparente insignificancia crezca en virtudes y valores humanos, sociales, personales, cristianos, morales y éticos para un mundo mejor y más santo. Eso significa ser misioneros del Reino.

Aquí estamos viendo cuáles son las ramas que pueden crecer de nuestras pequeñas semillas. Cuáles son los frutos que deben producir nuestras vidas, la entrega y la misión para edificar el Reino de Dios.

Qué bueno sería tomar papel y lápiz y escribir cuáles son las ramas de la misión que cada uno de nosotros cree haber recibido de Dios. Cuáles son los frutos que hemos producido o podemos producir, por más pequeños que sean.

Y llegaremos a la conclusión de que la Iglesia no es un pequeño huerto, sino que un bosque inmenso y frondoso que puede cobijar a todos los hijos de Dios que generan frutos y sombra, en donde todos se puedan sentir amados, perdonados y salvados por Nuestro Señor Jesucristo.



Estos criterios del Evangelio nos recuerdan que desde la pequeñez, el servicio de la misión es el gozo de una Iglesia que anuncia al ser humano de hoy, que es un hijo de Dios en Cristo, que se compromete en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres.

En estos años de historia del Continente cada vez vemos con mayor claridad que el servicio de la paz y de la justicia es un ministerio esencial de la Iglesia que nos inserta en espíritu de solidaridad en la actividad misionera de la Iglesia Universal, en íntima comunión con el Santo Padre.

Ser misionero y apóstol es condición de identidad para el cristiano.

Queremos cultivar una actividad misionera Ad Gentes desde nuestra rica experiencia de pequeñez, inspirada en el Magnificat, cántico de María que exalta la acción de Dios en los pobres, que sabe reconocer el hecho de que Dios actúa en los sencillos y pequeños, en los que no cuentan porque no valen.

Reconocemos que no tenemos nada de qué hacer alarde; por ello, ofrecemos al Señor lo único que tenemos: nuestra voluntad de servir al plan amoroso de Dios sobre la humanidad. Como María queremos decir: Aquí estoy, «hágase en mí según tu voluntad» (Lc. 1,38).

Los pueblos Centroamericanos no somos grandes en número, en recursos y tamaño. Precisamente porque somos pequeños confiamos en Dios y experimentamos la fuerza de la solidaridad. Creemos que el éxito de la tarea misionera será el que Dios quiera darle. Hacemos nuestras las palabras de San Pablo: «Me presenté ante ustedes débil, asustado y temblando de miedo. Mi palabra y mi predicación no consistieron en sabios y persuasivos discursos; fue más bien una demostración del poder del Espíritu, para que la fe de ustedes se fundara, no en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios» (1 Cor 2, 3-5).



Confiamos en la acción poderosa de Dios que nos hará capaces de enfrentar los desafíos y retos, los problemas y dificultades, los sueños y esperanzas, que se presentan a la misión hoy, con la convicción que El llevará a término la tarea misionera.

2. La misión desde la pobreza

Es emocionante leer los encuentros del Señor Jesús con sus apóstoles y discípulos, entrenándoles y formándoles para la misión.

Un ejemplo es el capítulo 10 de San Lucas. Primero les enseña con el ejemplo y luego con su palabra. Posteriormente les invita a imitarle.

Cuando Jesús hace la primera invitación a los discípulos para experimentar la misión del Hijo de Dios, lo hace desde la sencillez y la pobreza con la que El mismo ha sido misionero:

- “Del Padre procedo, y El es quien me envió” (Jn 7,29).
- “El que me envió está conmigo” (Jn 8,29).
- “El que me ve a mí, está viendo a Aquel que me envió” (Jn 12,45)

Con toda humildad y sencillez afirma:

- “Mi doctrina no es mía, sino del que me envió” (Jn 7,16).
- “Yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me envió, El me dio el mandato de lo que tengo que decir y hablar” (Jn 12,49).

Por eso su preocupación principal es “que el mundo crea que Tú me enviaste” (Jn 12,49).

58

Nos desconcierta el hecho de que envíe a sus misioneros en total despojo: “No llevéis bolsa ni alforja ni calzado...” (Lc 10,4). ¿Cómo es posible enviar misioneros en esas condiciones en una tierra casi de desierto en donde las temperaturas pueden ser o muy calientes o muy frías?



El Señor sabe muy bien que quienes le están escuchando han crecido y han sido educados en las tradiciones del Pueblo de Israel. Sabe que sus interlocutores cuando iban al templo de Jerusalén, entraban despojados de dinero, túnicas o sandalias porque así lo hace la criatura ante su Creador.

Así quiere Jesús a sus misioneros. A predicar de pueblo en pueblo, de aldea en aldea, así como ellos entraban en el Templo de Jerusalén. De ahora en adelante, Dios va de pueblo en pueblo y de aldea en aldea en cada uno de los discípulos y en cada uno de los apóstoles, en cada uno de los misioneros.

Apóstoles, discípulos y misioneros llevan en su boca, en sus labios, en sus manos, en su mirada, en su corazón, en todo su ser a Dios mismo, y llevan por excelencia el ejemplo y el rostro que Dios les ha mostrado en Jesucristo.

La misión desde la Pobreza es un seguimiento de Cristo que haciéndose pobre nos enseñó, al hacerse hermano nuestro, pobre como nosotros, que el mejor servicio al hermano es la evangelización que lo dispone a realizarse como hijo de Dios, lo libera de las injusticias y lo promueve integralmente.

Nos aprestamos a celebrar próximamente los 25 años de la Conferencia de Puebla, que marcó tan positivamente las tareas de la Nueva Evangelización. Hay un número de ese Documento que quisiera citar en este momento, porque es sumamente elocuente. Se trata del número 368 que literalmente dice:

“Ha llegado para América Latina la hora de intensificar los servicios mutuos entre Iglesias Particulares y de proyectarse más allá de sus propias fronteras, “ad gentes”.

Es verdad que nosotros mismos necesitamos misioneros. Pero debemos dar desde nuestra pobreza. Por otra parte, nuestras Iglesias pueden ofrecer algo original e importante; su sentido de la salvación y de la liberación, la riqueza de su religiosidad popular, la experiencia de las Comunidades Eclesiales de Base, la floración de sus ministerios, su esperanza y la alegría de su fe. Hemos realizado ya esfuerzos



misioneros que pueden profundizarse y deben extenderse” (DP 368). La pregunta espontánea es ¿Qué ha sucedido después de 25 años?

Pobreza, despojo y desprendimiento son condiciones indispensables para la misión.

La Iglesia en América Latina, que ciertamente es pobre desde el punto de vista económico, ha sabido compartir, desde la riqueza de su fe, muchas de sus hijas e hijos.

Sin embargo, el reto permanece. En nuestro continente tenemos el 50% de los católicos del mundo, pero no tenemos todavía el 50% de los misioneros del mundo. Por eso tenemos que hacer realidad el lema que nos convoca: IGLESIA EN AMÉRICA, TU VIDA ES MISIÓN.

El Plan de Misión Ad Gentes que se quiere asumir, es enfocado desde un profundo sentido de pobreza, ya que la auténtica pobreza nos hace entender la realidad ajena y nos mueve a un verdadero sentido de caridad, la cual se proyecta hacia la práctica del amor activo y concreto con cada ser humano» (NMI 49,1). Como Pedro podemos decir con toda verdad: “no tenemos oro ni plata» (Hech. 3, 6); pero con generosidad queremos ofrecer y compartir lo que tenemos: el don de la fe, la certeza de que en nombre de Jesús de Nazaret podemos ayudar a que muchos se levanten y puedan caminar.

No podemos perder de vista que el seguimiento radical de Cristo en la misión lleva consigo la confianza absoluta en la providencia amorosa del Padre. En otras palabras el discípulo debe vivir como Jesús, su maestro (Cfr. Mt 8,20) y participar en su destino.

El misionero no puede esperar privilegios. El misionero vive la rica experiencia de saberse pequeño y frágil, como el grano de mostaza. Es capaz de considerarse dichoso con un vaso de agua dado en el nombre de Jesús. Su servicio humilde tiene toda la eficacia redentora de Cristo.

La acción misionera Ad Gentes desde la pobreza requiere la oración, sacrificio, humildad, vida ordinaria, amor preferencial por los que sufren, campos de caridad y servicio, esperanza y confianza.



Todo esto traducido en donación a ejemplo de Jesús y María, quienes siempre fueron dóciles y supieron responder con prontitud y generosidad al proyecto que el Padre les había encomendado.

Nuestra capacidad misionera Ad Gentes dependerá del asumir nuestra pobreza como una nueva posibilidad de darse, al estilo del Buen Pastor que da la vida. Para ser pan comido como Cristo hay que pasar por la pobreza de Belén y la desnudez de la cruz.

Como evangelizadores, somos conscientes que «este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que todos vean que una fuerza tan extraordinaria procede de Dios y no de nosotros» (2 Cor 4, 7). Efectivamente, los medios y recursos humanos, sean financieros, técnicos o de personal, que otras Iglesias y en otros tiempos pudieron poner al servicio de la misión, ya no están a nuestro alcance. Queremos seguir siendo apóstoles de Jesús desde nuestras humildes y sencillas posibilidades. Damos lo que hemos recibido, entregamos nuestra fe y nuestra alegría.

Por eso, la misión que podemos impulsar desde América Central se funda en la pobreza y es llevada a cabo por hombres y mujeres que no tienen otros recursos para el anuncio del Evangelio que un corazón sincero, lleno de fe y esperanza, manos generosas para compartir y pies presurosos para transmitir con urgencia la Palabra del Señor, verdadero don de Dios para todos los pueblos.

3. La misión desde el martirio

En el Nuevo Testamento encontramos que la Misión y el Martirio son dos elementos inseparables.

El primer testigo es el mismo Señor Jesucristo. Sigue el Diácono Esteban protomártir.

Celebramos litúrgicamente a los Apóstoles con vestiduras de color rojo, simbolizando la sangre que derramaron por ser fieles al Señor Jesús.



Conocemos el Martirologio Cristiano, sin contar los mártires misioneros anónimos de los que quizá nunca se escribirá una sola página, pero que desde su entrega silenciosa y fiel a la misión encomendada han realizado en la Historia el hecho de que la “Sangre de los mártires es semilla de Cristianos” (Tertuliano, Apol, 50,13: CCL I, 171).

La tradición de celebrar la Santa Misa sobre una “piedra de ara” pretendía recoger la antiquísima costumbre de los primeros cristianos de celebrar la “fracción del pan” sobre la tumba de los mártires. Ahí están al pie de los altares, o en las patenas y en los cálices los rostros y los nombres de los mártires de ayer y de hoy.

Mataron el cuerpo de Cristo pero no al Hijo de Dios. Despedazaron los cuerpos de los apóstoles, de los discípulos y de los misioneros de las primeras comunidades cristianas pero no la certeza de la Resurrección y de la vida eterna.

A lo largo de estos 2003 años de Historia de la Iglesia ha corrido injustamente mucha sangre dolorosa, desgarradora. Pero no han podido matar a Dios ni a los hijos del Dios de la Resurrección.

Hoy día nuestro Continente sigue estando bañado por la sangre de los mártires: laicos, sacerdotes, religiosas y religiosos, varios Obispos y un Cardenal.

Es oportuno recordar aquí una página de la carta del Papa en la preparación del Jubileo del año 2000.

“La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires. Los hechos históricos ligados a la figura de Constantino el Grande nunca habrían podido garantizar un desarrollo de la Iglesia como el verificado en el primer milenio, si no hubiera sido por aquella siembra de mártires y por aquel patrimonio de santidad que caracterizaron a las primeras generaciones cristianas.

Al término del segundo milenio, la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de Mártires. Las persecuciones de creyentes han supuesto una gran siembra de mártires en varias partes del mundo. El testimonio



ofrecido a Cristo hasta el derramamiento de sangre se ha hecho patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes. Es un testimonio que no hay que olvidar..." (TMA 37).

Mons. Oscar Arnulfo Romero, Mons. Roberto Joaquín Ramos Umaña, Mons. Isaías Duarte Cancino, el Cardenal Juan Jesús Posadas Ocampo. No podemos dejar de mencionar que hoy tenemos nuestros pies, nuestra fe y nuestra misión puestos en esta bendita tierra guatemalteca que aún no termina de cerrar las cuentas de sus mártires desde el P. Hermógenes hasta Mons. Juan Gerardi Conedera, y decenas de sacerdotes, religiosas y laicos.

¡Bendita sea esta tierra de mártires y bendita sea la misión que aquí se lleva a cabo regada con su sangre. La misión de la Iglesia se ve fortalecida por esos titanes de la Fe!

Nuestro compromiso con la misión Ad Gentes se inspira en el testimonio de fe y martirio que caracteriza a nuestra Iglesia en América Central, lo cual constituye un hecho de especial relieve no solo para nosotros sino también para la vida de la Iglesia del continente. Si la sangre es semilla de cristianos esta semilla debe hacer florecer en todo el universo la fuerza dinámica y multiplicadora del evangelio.

No podemos perder de vista que la historia de la evangelización es siempre historia de sangre martirial como semilla de cristianos. Esta rica experiencia martirial nos dará la fuerza y convicción para mantenernos firmes frente al sufrimiento y ante las dificultades.

Nuestras Iglesias particulares de América Central, están marcadas por una historia reciente de persecución y martirio. Esa historia marca nuestra actividad misionera de tal manera que la memoria de tantos testigos de la fe nos motiva en el trabajo pastoral y nos fortalece para estar siempre alegres en el Señor. «Dichosos serán ustedes cuando los injurien, los persigan, y digan contra ustedes toda clase de calumnias por causa mía. Alégrese y regocijense, porque será grande su recompensa en los cielos» (Mt 5, 11-12). Quien ha fundado el valor de su vida en la amistad con Dios, está dispuesto a darla y no teme a los poderes de este mundo ni a las incertidumbres de la historia. El verdadero mensajero del Evangelio pone su alegría sólo en el Señor.



«Alégrese porque comparten los padecimientos de Cristo, para que también se alegren gozosamente cuando se manifieste su gloria» (1 Pe 4, 13).

Solo una Iglesia inmersa en la historia y abierta al Espíritu del Resucitado se convierte en sujeto responsable de la misión. Partiendo de esta experiencia evangelizadora es que se puede asumir responsablemente el compromiso de la misión Ad Gentes, a ejemplo de las primeras comunidades cristianas, según nos relata el libro de los Hechos de los Apóstoles.

4. El compromiso de los Obispos

En la Exhortación Post Sinodal que el Santo Padre Juan Pablo II nos entregó el día de sus 25 años como Sumo Pontífice, leemos un compromiso misionero muy concreto para nosotros los Obispos:

“Cada Obispo debe ser consciente de la índole misionera del propio ministerio pastoral. Toda su acción pastoral, pues, debe estar caracterizada por un espíritu misionero, para suscitar y conservar en el ánimo de los fieles el ardor por la difusión del Evangelio. Por eso es tarea del Obispo, suscitar, promover y dirigir en la propia Diócesis actividades e iniciativas misioneras, incluso bajo el aspecto económico.

Además... es sumamente importante animar la dimensión misionera de la propia Iglesia Particular promoviendo, según las diversas situaciones, valores fundamentales tales como el reconocimiento del prójimo, el respeto por la diversidad cultural y una sana interacción entre culturas diferentes. Por otro lado, el carácter cada vez más multicultural de las ciudades y grupos sociales, sobre todo como resultado de la emigración internacional, crea situaciones nuevas en las que surge un desafío misionero peculiar” (Pastores Gregis 65).

64

Aquí tocamos con la mano un problema sumamente actual: desde Argentina, Brasil, Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala y México, cuántos millones de nuestras hermanas y hermanos han emigrado al Norte buscando



mejores condiciones de vida. ¿Qué hacemos para acompañarlos pastoralmente con sacerdotes y religiosos y religiosas?

¿No resuenan acaso con dramáticos gemidos aquellas palabras del Evangelio: “Se compadeció de ellos porque caminaban como ovejas sin pastor”? (Mc 6,34). ¿Qué respuesta damos a este gravísimo problema desde la pequeñez, la pobreza y el martirio?

Lógicamente, esta Conferencia tiene la finalidad de animar los trabajos del Congreso, pero me atrevería a sugerir que se pensase esta temática en las Conclusiones. Lo mismo en lo referente al compromiso frente a la misión Ad Gentes.

Existe ya un Proyecto de Plan de Misión Ad Gentes desde Centro América que esperamos pueda convertirse en una esperanzadora realidad.

Mons. Luis Augusto Castro, gran Misionero y Misionólogo nos obsequió una obra preciosa titulada “El gusto por la Misión”. Creo que nuestras comunidades, especialmente en Centro América han experimentado este gusto a lo largo del Año Santo Misionero.

Pidamos para todos la gracia del Espíritu Santo que forma los misioneros y despierta valores, que como artista estupendo modele en nosotros la figura de Cristo el enviado del Padre con el corazón misionero de San Pablo que nos haga palpar con un generoso “Ay de mí si no evangelizo” (1Cor 9,16).





66

Sumario:

Cómo hemos de hacer para que nuestra acción sea misionera en el paradigma de la creación? Esta es la pregunta fundamental a la que se quiere responder en esta ponencia. Después de hacer una serie de planteamientos sobre el avance la ciencia y sobre las nuevas formas de entender la creación, el autor presenta, entre otras, las siguientes pautas: replantear el sentido de una misión como implantación de la Iglesia desde la apertura a la Creación; participar activamente en los procesos de interculturalidad; comprender las relaciones Norte-Sur desde la perspectiva de los empobrecidos y excluidos; estimular un diálogo interreligioso caracterizado por una tensión creativa que supere la pretensión absolutista; promover el concepto de una salvación integral que abarque tanto la dimensión temporal como la escatológica; desarrollar una actitud contemplativa de lo que Dios está haciendo y de las implicaciones que tiene para nuestra conversión y misión.

La misión testimonio de la creación

Pbro. Joaquín García Osa

Licenciado en Filosofía y Ciencias Sociales.

Licenciado en Teología. Licenciado en Historia, Universidad de Valladolid, España. Director del Centro de Estudios Teológicos de la Amazonia – CETA, Vicariato Apostólico de Iquitos, Perú

Creación y Misión

A *l ver tu cielo, hechura de tus dedos, la luna y las estrellas que fijaste tú, ¿qué es el hombre para que de él te acuerdes, el hijo de Adán para que de él te cuides? Apenas inferior a un dios le hiciste, coronándole de gloria y de esplendor; le hiciste señor de las obras de tus manos, todo fue puesto por ti bajo sus pies (Sal 8, 4-7).*

Hace algunos años me hicieron una complicada intervención quirúrgica. No lo olvidaré: un equipo de médicos y auxiliares me rodeaban en el quirófano saturado de luz. Trepanaron mi casco cerebral, fueron levantando cada una de las capas que cubren la masa encefálica: piamadre, duramadre y aracnoides, y se sumergieron en el misterio de millones y millones de neuronas que conforman el cerebro. Colaboré en la operación, señalando imágenes oralmente, puesto que se hacía sin anestesia. El tumor estaba en la zona del habla materna. Cuando el logopeda estimulaba determinadas zonas de la periferia de ese punto, me salían las voces de otros idiomas aprendidos. Para mí un misterio deslumbrante: en un minúsculo punto del lóbulo frontal izquierdo estaba grabada una estructura, y en su entorno, el resto de mis aprendizajes lingüísticos. Aquella mañana, sobre el lecho quirúrgico del Hospital de la Universidad de Seattle, comencé a reconciliarme con la materia. Moléculas, átomos y millones y millones de interconexiones en red que la forman. De repente comprendí que el cerebro humano es extraordinariamente complejo. Contiene alrededor de mil millones de células nerviosas (neuronas) interconectadas en una vasta red a través de un billón de conexiones (sinapsis) y que puede ser subdividida en subsecciones o subredes que se comunican entre sí en forma de red.



Me surgió con particular intensidad la pregunta: ¿Qué es la vida? Los creyentes en el Dios de la Vida, en el infinito poder de su Creación, no podemos parapetarnos en abstracciones y generalidades, y dejar de escudriñar en lo más profundo que hay en ella, hasta en sus niveles mínimos de la biología molecular, que, ya entrado el siglo XXI, ha comenzado a anunciar nuevos paradigmas. Me llegué a convencer de que hay que aproximarse más y más al misterio de la vida en su constitución físico-química antes de apresurarnos a definir una ética y una conducta coherente con ella. Hay que acompañar desde el interior de la ciencia los procesos de cambio que se han producido en la evolución del mundo desde la materia primera (Duve: 1999; Soberón:12).

Meses más tarde, topé con *El error de Descartes*, una obra escrita por Antonio Damasio, prestigioso neurólogo americano, que demostraba fehacientemente que las emociones no eran asunto del espíritu sino que estaban localizadas en distintas zonas del cerebro y que el pensamiento lineal, lógico y matemático del autor de *La duda metódica* había sido superado por los avances científicos nucleares que aportaban nuevas comprensiones de las redes biológicas y genéticas entre las células y sus componentes. La claridad y evidencia de este pensamiento hacían poner en duda mi comprensión tradicional de las formas de inserción del alma espiritual en los tejidos de la carne de mi cuerpo. Aprendí con Teilhard de Chardin, que estaba formado de una materia que entretejía mi corazón, su sensibilidad, su energía: que todo en mí procedía del Dios Viviente y Creador; que era el resultado de la evolución de aquella primera masa informe que se expresaba en el hombre como inteligencia cósmica.

Luego me llegó el complemento bíblico. «*En el principio Dios creó la Esencia Viviente*» (Gen 1,1). A partir de la versión griega de Los Setenta, existe una corriente bíblica que traduce así el primer versículo de los libros sagrados. Calza bien a este propósito: Dios creó primero la Esencia Viviente y, después, el Cielo y la Tierra. Y no importa que científicamente se adecue o no a lo real. La Vida es la energía transformadora que a lo largo de los seis días de la Creación va desencadenando un proceso hacia la maduración de la conciencia cósmica que vuelve a su punto original, el Creador. La materia deja de ser algo inerte, inanimado, vacío; está llena de Vida desde el estallido del primer Big-Ban, en una complejidad desbordante y



creciente en progresión geométrica. Gravitons, topquarks, quarks, electrones y átomos van enriqueciendo un trenzado de relaciones y sensibilidades cuya culminación última es la conciencia humana, que comenzó a surgir desde la explosión primera a partir de los elementos básicos que conformaban la materia original. Todo esto me ha llevado a repensar el sentido de la vida misionera y buscar una camino frente a la crisis que se ha establecido en la posmodernidad en torno al sentido de la fe en el más allá y la ciencia en que se va revelando la fuerza omnipotente y creadora de Dios.

1. Un nuevo paradigma

Nadie duda que la sociedad está en crisis. Occidente en su racionalidad lineal se ha desbordado a sí mismo. Los grandes ídolos de la ciencia, la tecnología y la industrialización se han hecho dueños y señores del mundo. En política, dos grandes revoluciones, China y Rusia; la guerra fría, el fascismo, el comunismo, el capitalismo, los desastres ecológicos cósmicos, la grieta cada vez más ancha entre ricos y pobres a pesar del ideal quimérico del progreso, el fantasma del terrorismo a costa del cual se acorrala y acongoja a la humanidad. Todo ello en medio de las grandes conquistas democráticas de la Revolución Francesa como expresión más lograda de los pueblos occidentales (GS, 4; Bosch:445; Kuschel: 235). Estos males que afectan a la sociedad global, en índice superior han afectado a la Iglesia y al cristianismo. El Concilio Vaticano II ha abierto las ventanas para que entre oxígeno y se ha franqueado ante el mundo y la sociedad (GS 1-3). Pero da la sensación de que ha llegado demasiado tarde. Por una parte reconoce que formamos parte de la condición humana, pero sigue perdiendo posiciones, y, como reconoce Bosch, “ser cristiano hoy es más impedimento que ventaja” (Bosch: 446). Las grandes religiones del mundo han vuelto a tomar impulso misionero más que el cristianismo a lo largo de su historia.

70

Por otra parte, al debilitarse el sentido de la misión, después del Concilio muchos religiosos y sacerdotes católicos han abandonado la vida eclesial, las vocaciones se han extinguido, han aumentado los promedios de edad de los clérigos y las sociedades del viejo mundo tienen sus iglesias vacías o llenas de gente adulta.

La Iglesia es eminentemente misionera sin duda (Mc 28, 19-20; LG, 1 ss; AG, 1ss). Pero, ¿cómo compatibilizar este mandato de Jesús con esta crítica realidad? El asunto está en descubrir nuevas modalidades y estructuras de ser y ejercer el anuncio hoy y saber relacionarse con el mundo al que nos debemos, abrírnos y escucharlo. Esta relación exige una actitud radicalmente distinta, que nos abra creativamente de lo viejo a lo nuevo. Quitar el colonialismo de la cultura occidental que acompañaba el aliento misionero y convertirnos al Dios de la Vida y sentir con Él allí donde se manifieste. Decía Juan XXIII poco antes de morir: *No es que el evangelio haya cambiado, es que hemos comenzado a comprenderlo mejor.*

2. ¿Fieles o infieles?

Surgen algunas preguntas imposibles de eludir. La primera es si una nueva mirada a la crisis no significará otra cosa que tratar de recuperar la abundancia de fieles perdidos o si, más bien, algunos pretenden buscar superar la crisis de modo creativo en función de la construcción del Reino. De hecho la respuesta a esta pregunta han sido una serie de fundamentalismos proselitistas que enarbolan la propuesta tradicional: “Extra Ecclesiam nulla salus”. En esa corriente estarían las sectas cristianas o seudocristianas y determinados sectores de la Iglesia católica a quienes abraza el celo y la ansiedad por hacer que todos se conviertan a su modo de entender a Cristo.

Jacques Dupuis, después de recoger la opinión negativa de Barth sobre las alteridades religiosas, presenta en panorámica una actitud mucho más positiva de otros autores sobre la relación entre otras religiones y el cristianismo. Se plantea si estas religiones no eran ya una *praeparatio evangelica*. Dicho de otro modo: las demás religiones tienen con el cristianismo una relación de religión de lo natural con respecto a lo sobrenatural, entendiendo que la gracia perfecciona a la naturaleza (Dupuis: 191). ¿Qué papel desempeñan las demás religiones dentro del misterio de la salvación de Jesucristo?

Es evidente, según los estudios realizados durante los últimos años, que las grandes religiones no cristianas (Hinduismo, Budismo, Islam, por ejemplo) mantienen en su discurso profundo una tentativa

de respuesta a los grandes problemas de la humanidad, como el absoluto, la dignidad de la persona humana, la mística, el medio ambiente, etc. “De esta forma pasaron a primer plano sistemas enteros de pensamiento, cada uno de los cuales constituía una cosmovisión específica, irreductible a las otras. Tampoco las distintas tradiciones religiosas eran meras portadoras de sistemas religiosos; cada una de ellas tenía una dimensión mística; cada una poseía sus videntes y sus profetas, sus santos y sus figuras salvíficas, sus ascetas y sus místicos” (Dupuis: 192). Esto hacía que hubiera dos posiciones encontradas: por una parte los que consideraban que todas las religiones representaban un deseo innato de relacionarse con lo divino, pero Jesucristo es el único Señor y representa la respuesta universal de Dios a esta aspiración, es la única religión sobrenatural; por otra, las diversas religiones representan en sí intervenciones específicas de Dios en la historia de salvación, lo cual implica que ninguna religión es puramente natural, es una intervención histórica y mediación existencial de Dios en la historia de los pueblos (Ib.:194).

La primera llamada “del cumplimiento” ha sido defendida durante la primera mitad del siglo XX por teólogos que tuvieron mucha influencia en su tiempo, como Jean Daniélou, con su teoría de la religión cósmica y la revelación cristiana; Henri de Lubac con su doctrina sobre el cristianismo como eje del plan de Dios; Hans Urs von Baltasar sobre Cristo como “el universal concreto”. Existe por el contrario una posición que se vincula más a las tradiciones religiosas y no establece diferencia entre lo humano y lo divino, por la presencia de Dios al interior de sus culturas y su historia, y de ninguna manera acentúan las diferencias sino que se abren desde sus raíces al hecho creador. Entre ellos se cuentan Karl Rahner con su teoría sobre los cristianos anónimos; Raimon Panikkar sobre el Cristo desconocido; Hans Küng sobre los caminos de salvación; Gustave Thils sobre las mediaciones de la salvación.

72

Las tres teorías que encuadran las tres visiones diferentes serían el eclesiocentrismo, el cristocentrismo y el teocentrismo, conforme a los distintos ejes articuladores de cada una de ellas. El paso del eclesiocentrismo al cristocentrismo supondría que la salvación solamente se produciría a través de la confesión explícita de la fe en Jesucristo en la comunidad de los creyentes. El segundo, del cristocentrismo al

teocentrismo, tampoco satisface ya que en su lugar habría que colocar una visión teocéntrica, donde la referencia a Jesucristo sería meramente aleatoria y ocasional dado que el mundo ha sido creado para todos los hijos de la tierra. En el tránsito del eclesiocentrismo al cristocentrismo, se busca fundamentar la Iglesia sobre lo que es más importante que ella, Cristo, la Palabra del Padre. Ella es un misterio derivado. (Bosch: 273 ss). Y en el orden teológico se sigue la misma orientación y no pueden estar al mismo nivel. Sólo Jesucristo es mediador del Padre creador (1 Tm 2, 5; Hb 8, 6; 9, 15; 12, 24) (Dupuis: 273).

En la teología de las religiones los autores defienden un tránsito más radical hacia lo que llaman el pluralismo. Para ellos hay que hacer una ruptura con el eje de Jesucristo en el orden de la salvación en términos normativos y no constitutivos, al modo como lo entendió Teilhard de Chardin (Chardin: 121 ss). En este caso la Salvación comienza ya con el hecho creador y no hay posibilidad de tener una adecuada comprensión de éste sin mirar al primero (Jn 1, 1 ss). La revolución consiste en reconocer para todas las religiones el mismo valor horizontal, y renunciar a toda pretensión de exclusividad y normatividad para el cristianismo o para Jesucristo (Swidler: 224-230).

Esta posición sería avanzar la doctrina del Concilio Vaticano II, que mantiene una posición ambigua en torno a este tema (GS 1, 2, 3, ss). La fe en Jesucristo afirmaría su identidad en la mirada que se establece sobre el resto de las realidades del mundo, pero abierta y sin ninguna arrogancia frente a lo que defienden cada una de las distintas religiones. La verdad jamás puede ser única y definida en verdades exclusivas, sino múltiple, compleja, policromática.

El magisterio posconciliar plantea algunas variantes. Paulo VI en su encíclica *Ecclesiam Suam* (agosto de 1964) habla de un diálogo de la Iglesia con el mundo, con otras religiones, con los cristianos, consigo misma. A pesar de que afirma que la única religión verdadera es la Católica, acepta “los valores espirituales y morales de las varias confesiones religiosas no cristianas” (AAS 56 –1964- pp. 654-655). Juan Pablo II en la declaración *Nostra Aetate* pone en el medio el común origen de Dios y el destino definitivo conforme al mismo plan de Dios. En su encíclica *Redemptor Hominis* (marzo del 79) Juan Pablo II hace intervenir al Espíritu de Dios más allá del universo

cristiano, que está presente y operante en el mundo, en las tradiciones religiosas en la unidad entre sus miembros. Sigue apareciendo la misma perspectiva en *Dominum et Vivificantem* (mayo de 1996), *Redemptoris Missio* (diciembre de 1990). A partir de la *Tertio Millennio Adveniente* (noviembre de 1994) vuelve a la teoría del cumplimiento de la promesa en Cristo. Sucesivos documentos de la Iglesia han mostrado una actitud vacilante en torno a este tema, que hasta ahora no ha sido abordado más que por el Concilio Vaticano II. Precisamente a partir de aquí pretendo diseñar una doctrina de la Creación en una nueva perspectiva misionera.

3. Creador, mundo y ciencia

González Faus en su obra *Autoridad de la Verdad* nos trae una serie de casos donde la Iglesia ha definido como dogmáticos asuntos que pertenecían al ámbito de la ciencia. De este modo perdió el tren de la historia al devenir el Renacimiento y fue deslizándose por errores de los cuales el Papa Juan Pablo II ha tenido el coraje de pedir perdón al mundo en los últimos años. Por eso actualmente, ya no son la filosofía ni la teología las disciplinas que determinan el rumbo de la historia: son las ciencias biofísicas las que orientan el pensamiento de nuestro tiempo.

Entiendo que la ciencia, por más ambigua y frágil que sea, como cualquier realización del hombre, nos acerca al descubrimiento del poder creador de Dios, para quienes creemos en El: *La verdad les hará libres* (Jn 8, 32). Estar con la marcha de la Vida, acompañar los procesos del mundo, significa, sin duda, aproximarse al Creador, que, visto en su esencia trinitaria y en la acción salvífica de Jesús, significa un enriquecimiento del pensamiento y de la causa de la armonía y de la paz, en que se comprometió Francisco de Asís. Me pregunto a este propósito qué sucederá cuando se vayan cayendo los viejos fundamentos de nuestras creencias: alma y cuerpo, cielo y tierra, dónde van nuestras cenizas, si habrá o no otros mundos como el nuestro, cuál es el alma de los animales, qué sucederá si se logra clonar el ser humano, cuáles serán las condiciones de la bioética para el siglo XXI, dónde nos llevará el descubrimiento de las llamadas células madres, cómo será la familia del futuro, etc., etc.

Mi experiencia en el mundo de los científicos es que nunca como ahora han sentido que hay algo más allá a donde no pueden llegar con sus conocimientos y reclaman una fe que con seriedad les ayude a vislumbrar el misterio del mundo que a medida se acerca más, es más inalcanzable . Tal vez una de las formas de mayor ausencia eclesial sea la de las ciencias humanas, porque hemos creído que, encerrados en nuestro seguro fanal de doctrinas, todo lo teníamos resuelto. Lo peor de todo es que no nos dejamos preguntar y pasamos la vida en defender y defender.

Lo mismo que decimos de las ciencias podemos decir de otras realidades donde la inculturación viene a ser un proceso que se realiza en el diálogo y donde el agente principal tiene que ser el receptor del mensaje y nunca el mensajero. La fuerza creadora de Dios está desde mucho antes que apareciera en forma histórica encarnada el Verbo y se remonta a la primera Creación, que fue el origen de la Vida, antes del cielo y la tierra.

La palabra, pues, no es ni de teólogos, ni filósofos, sino de científicos. Los grandes paradigmas de este siglo han venido marcados por los cambios profundos que se han producido en Occidente desde las viejas concepciones mecanicistas hasta la teoría cuántica de Max Planck o la teoría de la relatividad y de la materia en energía o a la inversa de Einstein. Pasos de esta naturaleza han rebasado cualquier creación académica y, las ciencias del pensamiento han tenido que someterse a los dictámenes irrefutables de las ciencias físicas y matemáticas. Nuestras viejas concepciones de espacio, tiempo y materia no eran sino quimeras. El mundo objetivo no parece existir fuera de la conciencia, que determina sus propiedades. Así, el universo que nos rodea se vuelve cada vez menos material. “No es ya comparable a una inmensa máquina, sino más bien a un vasto pensamiento”, como dice Jean Guitton (Guitton: 12). Tenemos que aceptar que la realidad en sí no existe: depende solamente del modo que aceptemos observarla. Las entidades elementales que la componen pueden ser, al mismo tiempo una cosa (una onda) y otra (una partícula), y en cualquier caso su realidad es indeterminada. Llegar al límite de esta oscilación, la frontera de lo divisible, significa acercarnos a la realidad de un Ser trascendente, que a la vez es causa y sentido del universo y que nos lleva al metarrealismo, donde acaba

la frontera del fraccionamiento de la materia posible y nos sitúa frente a un límite espiritual más cerca de Dios. Las leyes de la relatividad y de la materia y energía han dado cauce a un nuevo orden. Es posible establecer una alianza entre saberes físicos y conocimientos teológicos (GS, 5, 15, etc.).

Pero a los avances en las ciencias físicas, que han superado el mecanicismo cartesiano, debemos agregar los que se han venido realizando en el orden de la biología y la genética que, como dije al comienzo, revolucionan nuestra percepción de la realidad de la Creación (GS 33, 34, 36). Detrás de todo ello y, simultáneamente a la teoría de Edgar Morin sobre la Naturaleza, latía la vuelta a la unidad, no desde la homogeneidad, sino a partir de la complejidad y a la inversa. Es decir, comenzábamos a entender que todo era diferente a todo pero que nada podía asumirse fuera de la inconmensurable complejidad, en su atomizada asociación de elementos que convergían en una macrounidad.

Entre 1822 y 1884, un monje agustino, Abad en Brno, antiguo imperio austrohúngaro, hoy dentro de la República Checa, seguidor de la teoría de la evolución, había descubierto las leyes de la herencia entre los años 1856-1863 con el cruce genético de guisantes. El ensayo fue leído en la Sociedad de Brno para el Estudio de las Ciencias Naturales y, aunque al principio no asombró, sí produjo rápidamente una consternación científica. Desde allí se enviaron copias a 120 centros de Europa. Más tarde De Vries, Correns y Tschermack, redescubriendo en 1900 el trabajo de Gregorio Méndel, lo declararían fundador de la genética. La metodología del trabajo es un modelo de investigación y precisión, más en un tiempo donde conceptos como fenotipo y genotipo, caracteres dominantes y recesivos, locus, cromosomas, ácidos nucleicos eran desconocidos por Darwin y Méndel.

Aún más. Al comenzar la década de los treinta, estaban ya definidas las bases del pensamiento sistémico. A él se había llegado por distintos caminos: la biología organicista, la sicología de la Gestalt, la ecología, la física cuántica y la física nuclear. Más tarde el descubrimiento del ADN y del ARN, base del código genético, han dado una fundamentación a esta teoría que se ha convertido en piedra angular del pensamiento filosófico distante al esencialismo y la abstracción especulativa.

El pensamiento sistémico además sostiene que las partes no tienen sentido por sí solas, sino que forman conjuntos, sin los que carecen de sentido. Entrañan una nueva mirada a la ciencia como camino para descubrir las infinitas potencialidades de la Creación. De hecho en la década de los setenta surgieron dos novedades en la investigación: la matemática de la complejidad y la autoorganización, dentro de las cuales está el concepto de patrón, que es algo más que átomos y moléculas, algo material e irreductible. En el caso del cerebro las formas como se asocian los cromosomas, los genes, las moléculas desplazan cualquier febril imaginación.

Humberto Maturana demostró que la estructura de los seres vivos es la manifestación física de su organización. Se trata de una red de procesos de producción, en que la función de cada componente es participar en la producción o transformación de otros componentes. De este modo la red se hace a sí misma continuamente. Es producida por sus componentes y, a su vez, los produce. Es un sistema vivo, el producto de su operación es su propia organización (Maturana: 23 ss.; Capra: 112). Se trata de la teoría de la autopoiesis, que viene de auto, propio, y poiesis, creación.

Damasio y Llinás, estudiosos de la neurología han demostrado que las emociones y el yo son la consecuencia de una serie de interrelaciones que separan los conceptos de cerebro, mente y consciencia. La sicología de la Gestalt, contemporánea a ellos, se caracteriza por afirmar que el todo es más que la suma de las partes.

4. Creación, Cristo cósmico y la vida

Un caleidoscopio deslumbrante, un destello inefable, un esplendor de alborada, donde cada cosa tiene su color irrepetible y es, al mismo tiempo, un mosaico gigantesco que se asocia a la unidad de un conjunto cósmico de proporciones misteriosas. Mirando atentamente a la realidad que nos circunda comprendemos la complejidad de las interrelaciones y redes de sus partes e integramos la unidad que da sentido a cada cosa y que la evolución, que continúa inagotablemente, va haciendo transformarse en cada momento del río de la vida. Todo tiene un origen y un destino común; desde la

microscópica bacteria hasta las estructuras más complejas, mantiene el equilibrio en una permanente adaptación a las tensiones internas que se generan (Capra: 129, 136; Störig: 780). Y la ciencia va evidenciando con toda luminosidad la infinita cantidad de posibilidades que existen en la Creación. Hay que profundizar en el origen biofísico de la Vida y acompañar desde el interior de la ciencia los procesos de inculturación y de cambio profundo que se producen en el mundo (Duve: 1999; Soberón: 12).

El ser humano no es distinto al cosmos: es su plenitud y conciencia. Nuestro corazón, con sus desbordantes pasiones y miserias más profundas, es una consecuencia de estas sensibilidades desarrolladas, de la vida universal que todo lo invade.

El espacio, el paisaje, la inmensidad del cielo estrellado en el silencio de la noche, la esplendorosa diversidad de vida que nos circunda, el sol, el agua, las plantas y los animales, no son escenarios inertes y pasivos, neutrales ante el drama del hombre, ajenos a sus luchas y desvelos. Son parte solidaria del tiempo, de nuestro tiempo, de nuestros sueños y utopías. No cantamos al entorno porque sea solamente bello. Todo forma parte de nuestro ser desde el principio unitario de la explosión primera. Desde la Creación de la Esencia Viviente (Boff,58-3).

Ilya Prigogine ha mostrado cómo las estructuras disipativas, es decir, los sistemas abiertos, cuestionan el sentido clásico del tiempo lineal. El tiempo no es un mero parámetro del movimiento interno de un mundo en permanente transformación y transfiguración; es el paso de niveles de desequilibrio a niveles más altos de equilibrio interior. A partir de aquí la Naturaleza, incluyendo al hombre, se presenta como un proceso de autotranscendencia, que va más allá de la historia (tranhistórico) y de lo físico (transfísico). Se da en ella un principio de cosmogénesis mediante el cual, en la medida que los seres aumentan su complejidad, van abriéndose, superando la entropía de los sistemas cerrados. La fuerza de todas las religiones está precisamente en su intencionalidad hacia lo trascendente absoluto, que tiende a «una tierra sin mal», fusión de tiempo y eternidad que sea la realización suprema de la armonía de la vida, del hombre con el cosmos. Es así como cobra sentido pleno aquella máxima evangélica

del Sermón del Monte: «Felices los mansos, porque recibirán la tierra en herencia» (Mt 5,5).

Nos percatamos así asombrados de lo que ha significado a lo largo de la historia el dualismo maniqueo: espíritu y materia, alma y cuerpo, tierra y cielo, buenos y malos, cielo e infierno, civilización y barbarie, paganos y cristianos, izquierdas y derechas, Este y Oeste, Norte-Sur, hombre-mujer. No se trata de dos historias paralelas, sino de una sola, un solo tiempo interior y profundo, una sola vida.

En nombre de esta espiritualidad dualista ha emergido en el mundo el fundamentalismo de la verdad abstracta, origen de los autoritarismos, intolerancias y violencias a lo largo de la historia. La condensación de este espíritu en conceptos contrapuestos como civilización barbarie, de raíz grecorromana, cristiana y hegeliana (Leopoldo Zea. Discurso desde la marginación y la barbarie. México: FCE, 1990) impidió que percibiéramos el mundo americano y amazónico (es decir, sus civilizaciones, su espacio, su geografía, su cosmovisión) como diferencia. Eran simple y llanamente sociedades atrasadas, espacios salvajes, que era necesario domesticar. El «geist» del tiempo lineal marca el rumbo de la historia, y solamente embarcándose en él será posible el progreso hacia adelante que hoy, arrogantes, hemos denominado desarrollo. La holística tiene una dimensión subjetiva y espiritual que nos lleva a entender lo otro desde lo otro mismo, y al otro desde la percepción de ser distinto.

Si miramos al otro y su mundo como inferior, terminaremos convirtiéndolo en objeto justificatorio de nuestra acción civilizadora o evangelizadora, reproducimos la actitud de cualquier colonizador (Mc 9,38-41). He aquí uno de los posibles sentidos de «misión», sea religiosa, educativa o tecnológica. Cuando vemos el espacio viviente como objeto de ocupación o invasión; cuando pretendemos avasallar y manipularlo como objeto que satisface nuestras ansiedades espiri-tuales, estamos destruyéndonos y nos hacemos víctimas de nuestro pecado. No se trata de respetar al otro y a lo otro por sí mismo, sino de satisfacer mis instintos egoístas como un organismo viviente único que aspira a la plenitud aprovechándose con cálculo perverso de los demás. El universo entero está en mí, en todos sus elementos, incluso los aparentemente más burdos e inertes. ¿Cómo podemos destruirnos,

agazapados en el tumulto de la sociedad global, sin ser capaces de conocer la influencia de las estrellas y los astros en la conformación de la biosfera, en el oxígeno que llena nuestros pulmones, en la luz, en la humedad, en el régimen de los ciclos de las lluvias? Nos pertenecemos mutuamente, nos debemos, somos el mismo organismo. Solamente la solidaridad cósmica, en nuestro caso el ecumenismo universal, salvará el Planeta. Sólo el amor, versión cristiana de la visión holística, llevará el universo a su plenitud escatológica.

5. ¿Y Dios, nuestro Dios?

Las relaciones, armónicas o tormentosas, con nuestro espacio, van dejando marcas profundas en nuestro inconsciente, y son como huellas que laten profundamente en la memoria, donde se van acumulando experiencias irreversibles e irrepetibles al paso siempre rejuvenecido del tiempo. Una espiritualidad cósmica mantiene también su arqueología interior, los arquetipos del inconsciente colectivo que van quedando sedimentados, mucho más allá de nuestras sensaciones conscientes. Jung planteó que lo más profundo que existe en el inconsciente es el arquetipo de lo Absoluto. A saber: el Espíritu, lo Absoluto, todo lo llena y penetra, le da consistencia óptica. Formamos parte de una unidad orgánica indivisible.

Cuando un periodista le preguntó al Obispo Casaldáliga, a qué se refería cuando hablaba tanto de «cambiar de Dios», contestó: «A eso. A ensanchar la propia teología, la propia fe, a dejarle a Dios «ser Dios», a ir creyendo siempre más en el «Dios mayor», a reconocerlo a través de las múltiples presencias de su Presencia, única, universal y salvadora. Yo me pregunto en un poemilla: Mi Dios, ¿me deja ver a Dios?... Tenemos que hablar de una teología planetaria. No se trata de negar la revelación bíblica... Se trata de rever nuestra teología miope y colonizadora. Se trata de creer efectivamente en la voluntad salvífica universal de Dios que envió a su Hijo al mundo no para condenarlo sino para salvarlo» (La Paloma de Ayacucho. Entrevista. Sao Félix do Araguaia. Mimeo).

Tomamos como punto de partida algunos elementos para una espiritualidad macroecuménica:

A. Complejidad, identidad y complementariedad

¿Cómo tendremos que vivir desde una profunda actitud religiosa el cambio de nuestra visión universal? La ecología como tal es un corsé que nos ahoga, nos limita y nos cierra el horizonte si no la entendemos más allá del conservacionismo o de su dimensión social. Tiene que estar ensamblada en el ámbito de una espiritualidad macroecuménica que comprenda la totalidad del universo. Sus rasgos mayores podrían ser, a grandes trazos, los siguientes:

1. La madurez y la libertad en la afirmación de la identidad propia desde el género, la cultura, la fe religiosa y la condición social.
2. La escucha contemplativa del Dios de la Vida que sigue revelándose a través de una Creación efervescente y dinámica, y la pasión por su proyecto de plenitud, equidad y justicia.
3. La apertura fraterno-sororal a todas las personas desde sus propias culturas y religiones, y el diálogo sincero, crítico y autocrítico, en pie de igualdad. Solamente se ama lo que se considera igual a uno mismo.
4. La sensibilidad misericordiosa y la solidaridad eficaz frente a toda situación de marginación y muerte.
5. La celebración gratuita y esperanzada del Dios de la Vida, de la Vida de la Humanidad y de la Vida de la tierra y el cosmos, hoy dramáticamente amenazada.

Desde esta visión holística y abierta del mundo, entendemos lo que significa el ecumenismo, la mirada a los otros, a otras religiones y al cosmos viviente, cuyo tiempo florece a cada instante. Es el retorno de la diversidad y la complejidad a la unidad en la comunión.

B. Los gritos de las criaturas, evidencias de Dios

«Dios calla, pero hablan sus obras» (San Agustín, Sermón 313). Nuestra experiencia interior nos lleva a mirar con asombro a las criaturas y a ver en ellas, como en nosotros, el reflejo y las huellas

del paso de la Divinidad. La Creación es una explosiva teofanía en permanente crecimiento, un gigantesco espectáculo de luz y sonido, que nos deslumbra, que nos llama. Pero el espectáculo mayor, que nos lleva a sentirnos una parte insignificante del universo creado, tiene que desarrollarse y transformarse de lo exterior a lo interior, y desde el alma a Dios. «No vayas fuera. En tu interior mora la verdad. Y, si te encuentras que eres mutable y pasajero, trasciéndete también» (San Agustín, *De Vera Religione*, 39, 72). No se trata de una admiración meramente estética de lo que está fuera de nosotros, sino de un camino que nos lleva a trascendernos desde fuera hacia el secreto del alma, incluyendo la infinita diversidad y complejidad en que estamos envueltos.

C. *Nuestra respuesta, la libertad en el amor*

De esta mirada al mundo y a la Vida que lo inunda en estado de gracia fluye una actitud de profundo equilibrio interior, de una paz inagotable, cuyas características o rasgos podríamos resumir así:

1. El sentimiento de profunda libertad en un amor que incluye sin excepción a cada hombre, a cada ser creado, a cada mínima cosa que forma parte viviente del universo. La madurez va sucediendo en nuestras vidas en la medida que salimos de nosotros mismos y nos abrimos a los demás. Ser libres es el fruto primero de esta fusión. Todo es bueno, el mal es simplemente la ausencia de bien.
2. Una profunda y respetuosa sensibilidad, que no oculta su compasión y misericordia con la tierra que sufre, con el hombre pobre que padece o delinque, el que reniega de la vida y el que canta vibrante de esperanza a la luz y la energía que todo lo llena.
3. La confianza en todo y en todos, el optimismo ilimitado en el destino final de la tierra y de los hombres; la conciencia asertiva y confiada en que somos parte de un universo que crece, a veces muy a nuestro pesar, por la energía viviente implantada desde la creación. La tristeza del pesimista entristece al cosmos. Nuestra alegría lo rejuvenece, lo hace sonreír.

4. Capacidad de escucha paciente y contemplativa que provoque en nosotros un sentimiento de gratuidad, de desprendimiento, de hacer prevalecer en nosotros los valores del ser y de la vida sobre los del tener, del poseer y de la muerte. Vivir el apacible tiempo circular, donde todo vuelve, e ir desprendiéndonos de la angustia de la linealidad de la historia.

Pero hay algo más: la referencia permanente a la Creación, y la visión de la Redención en esta perspectiva, nos harán más inclusivos, más abiertos y acogedores ante las diferencias de pensamiento y de cultura que se han convertido en barreras infranqueables y en origen de la violencia, al contrario de lo que sucedió con Pablo de Tarso en el Areópago de Atenas (Act. 17, 16 ss). Está en descubrir cuál es el camino que se ha de seguir para que no nos distanciamos más de la historia y de la realidad y nos incluyamos en la marcha de la humanidad. Debemos pasar de la realidad de las fórmulas de la tradición repetidas. Boff ha dicho con acierto: “Es importante pasar nuestro Rubicón que nos mantiene en la prehistoria de nosotros mismos para irrumpir en la tierra prometida de los seres humanos entrelazados en una red de vida, de sentido de colaboración, de diferencias complementadas, construyendo juntos el reino humano en el cual la flecha de la creación rumbo a una unidad orgánica y supremamente bienaventurada que nosotros llamamos Dios” (Boff: 92).

Algo más cierto aún: la valoración del universo indígena nos ayudó a abrir los ojos para comprender que el problema del anuncio de la fe es, ante todo, un asunto de inculturación y que, mientras la cultura no esté dignificada por el reconocimiento a plenitud de la persona, será inútil todo el trabajo que podamos hacer para santificar al mundo. Un mundo que ha sido ya santificado cuando salió de las manos del Dios Creador desde el Misterio Trinitario (GS, 90).

“La salvación última no vendrá por manos humanas, ni siquiera cristianas. La visión escatológica de la salvación de los cristianos no puede realizarse en la historia. Por esta razón los cristianos no debemos identificar ningún proyecto con la plenitud del Reino de Dios” (Bosch: 488).

6. ¿Qué cosa existe sino porque tú eres? (San Agustín, Conf. 11,5)

Dios no es la criatura, ni la criatura es Dios. Uno y otra son diversos. Todo no es Dios, pero Dios, la Vida de la Vida está en todo. Este panteísmo, contrario al panteísmo, es una actitud donde asumimos que la divinidad es la realidad en su sentido más totalizante, pero que la creación es fruto de su gratuidad desbordante. La nueva alianza encuentra sus raíces en el abismo de la mente humana. Ella como expresión y conciencia del cosmos es el punto de partida para recuperar el eslabón perdido en la cadena de los seres. Esta cadena está anclada en lo sagrado, en Dios, principio de la autoorganización del universo. Aquí encuentra la tierra los argumentos de su dignidad. Cuando Pablo llega al Areópago de Atenas y comprueba que han dedicado monumentos a cada una de sus divinidades, halla una lápida dedicada «Al Dios Desconocido». Y les dice: *«Hombres de Atenas, veo que son ustedes hombres sumamente religiosos. Porque, al recorrer la ciudad y contemplar sus monumentos sagrados he encontrado también un altar en el que está grabada esta inscripción: «Al Dios desconocido». Ahora bien, lo que adoran sin conocer, vengo a anunciárselo. El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en El, siendo Señor del cielo y de la tierra, no vive en santuarios fabricados por hombres. Y su culto tampoco requiere objetos salidos de la mano del hombre, como si él necesitara algo. Pues él da a todos la vida, el aliento y todo lo demás. De una misma sangre hizo toda la raza humana, para establecerla sobre toda la faz de la tierra, y determinó el tiempo y los límites del lugar donde cada pueblo había de habitar... En realidad Dios no está lejos de cada uno de nosotros, pues en él vivimos, nos movemos y existimos, como algunos de sus poetas dijeron: «Somos de la raza del mismo Dios» (He 17, 16-28).*

7. ¿Cómo hemos de hacer para que nuestra acción sea misionera en el paradigma de la creación?

Hasta ahora la Creación se había visto relegada a su sentido original y no había asumido el carácter de una Creación continua ni la nueva Creación escatológica perfeccionada de todas las cosas. Moltman, para presentar un concepto integral de la Creación habla

de un proceso unitario donde entran la Creación original que continúa en la historia de la Creación y se consuma en la nueva Creación de todas las cosas (Moltman: 1987, 199 ss). Se especifican más puntualmente en la Creación de Dios por el Espíritu y la Palabra; la consolidación y evolución de la Creación, como *creatio continua*; la renovación de la Creación donde Dios es el anticipo de la nueva Creación, donde “renueva la faz de la tierra” (Sal 104, 30; GS 39 ss).

A. *Missio Dei in Creatione*

Las formas de mantenimiento del sentido de una misión como implantación de la Iglesia tienen que ser replanteadas desde un la apertura a la Creación donde los hombres son la inteligencia del universo, sobre todo los marginados y excluidos, criaturas gratuitas de sus manos y de su corazón. Volver a la Creación significa regresar a raíz del hecho creador que incluye la realidad unitaria completa en todas sus dimensiones y componentes, incluyendo la ecológica, racial, de género y otras. En esta clave debe leerse el texto de Mt 25, 31 ss. Lo cual lleva consigo:

- a. Participar activamente en los procesos de interculturalidad entre los pueblos de distinto origen, raza, religión y tradición, teniendo en cuenta las oleadas migratorias del Sur al Norte. No habrá en el mundo la tendencia hacia la construcción de un modelo de paz y de justicia, mientras no haya una actitud eclesial de conjunto que trate de modo dialogante las diferencias (AG 3,5 ss; GS 78).
- b. Comprender las relaciones Norte-Sur, desde el mundo de los empobrecidos y excluidos, por una transformación de las estructuras políticas, sociales y económicas para que su calidad de vida se transforme. En los últimos tiempos hemos sido testigos de situaciones de franco imperialismo que merecen una sólida acción profética (AG 3,5 ss; GS, 78; Capra: 25; Boff:81-92).
- c. Promover una Misión en transformación, que quiere decir, desempeñar una actividad transformadora de la realidad, pero que signifique una necesidad de que la misión vaya siendo transformada. Los proyectos del Nuevo Testamento tenían el

propósito de definir la Iglesia en su tiempo. Hoy tenemos la misión de realizar lo mismo creativamente, haciendo una lectura adecuada de los signos de los tiempos, alentada por el Espíritu de Dios.

- d. Los procesos migratorios entre los distintos bloques y países contienen un clamor humano y, por lo tanto divino, y nos actualizan hoy el espíritu de los pasajes del AT donde se acoge al extranjero, al huérfano y a la viuda. Constituyen el punto de partida para la creación de un nuevo orden internacional entre bloques y pueblos. Todo esfuerzo que se haga para romper nuestras fronteras nacionales y eclesiales es poco. Los nacionalismos y los sectarismos son el mayor peligro para el ejercicio de la fe en el amor.
- e. El sometimiento de los países del Sur a los pueblos del Norte requiere que se descubran dimensiones nuevas del Evangelio de Jesús que llamó a los desposeídos, a los marginados, a los oprimidos y a los leprosos, que estuvo siempre de parte de quienes no habían sido reconocidos por la sociedad (Mt 5, 3-12; 11, 3-5; Lc 4, 18-19). La opción preferencial por los pobres, como lo plantea Puebla, incluye otras dimensiones de la vida, como el racismo, la diferencia de género, la apertura al diálogo cultural. La teología negra viene a ser una aplicación contextualizada de la opción preferencial por los pobres. En la tradición de la teología occidental el tema de los pobres ha sido un asunto de ética social y no propiamente de teología o de epistemología cristiana. Aquí la teología y la ética van juntas (Bosch: 531-534). La identificación del Señor con los que sufren nos lleva a considerar a los pobres como un asunto del Evangelio.
- f. Unir a todos los hombres bajo una autoridad única e igual en el mundo que supere las contiendas y conflictos que las Naciones Unidas no han sido capaces de superar (GS 82, 83, 84, 88; *Populorum Progressio*, 39).

B. Diálogo interreligioso y misión

- a. Debe caracterizarse por una tensión creativa que supere la pretensión absolutista. Tal vez sea un ámbito donde la teoría debe ser superada por la práctica. Hay que aceptar en primer lugar el hecho real de la existencia de otras religiones y acceder a ello abiertos y esperanzados. No hay posibilidad si accedemos a disgusto. Tenemos que convivir con gente de las más variadas religiones. Otros factores han de ser: el compromiso; la confianza en el Espíritu creador que hace que no nos sintamos poseedores de toda la verdad, sino sus buscadores; la humildad, por la acción de la gracia recibida gratuitamente. El riesgo y la ambigüedad corren a través de todas las sociedades humanas, de todas las religiones, aún del cristianismo. Todos somos vulnerables. No es posible acercarnos a otros seguros de que llevamos, sin necesitar y acoger lo que nos den. El diálogo solamente es posible en humildad, cuando sufrimos la contradicción y nos abate la incertidumbre.
- b. En el pluralismo, donde las pretensiones rivales de la verdad del mosaico ya no existan, donde no cabe ortodoxia, donde todos somos herejes en el sentido original de la palabra (Bosch: 588 ss).
- c. La interpretación de la salvación depende de la distinta teología de la salvación en que se funde. Para Lucas la salvación es, sobre todo, algo que se realiza en esta vida (Lc 4, 21; 19, 9; 23, 43). Pablo subraya la naturaleza incipiente de la salvación, que se inicia en este mundo. El Espíritu Santo es sólo las primicias de los dones de Dios a favor de los hombres (Ro 8, 23). Somos salvos en la esperanza. En el período patrístico griego la expectativa escatológica menguó y tomó el perfil de *paideia*, de una elevación paulatina del creyente hasta lograr un rango divino, *theosis*. Cada salvación consistía en la redención de las almas individuales en el más allá. Aunque se prestase servicios evangélicos al cuidado de los enfermos, los huérfanos, a la educación, a la multiplicación de obras para el desarrollo, su propósito final consistía en predisponer a las personas de modo favorable a Cristo. La crítica moderna a la religión se encuentra

precisamente en que ésta significa una dependencia total de Dios y, como salvación eterna, en el más allá. Y es como el desarrollo de un remanente de la etapa infantil de la humanidad. Hoy entendemos (GS 1) que la salvación debe ser integral y que comprendiendo la dimensión temporal debe abarcar también la dimensión escatológica.

C. *Dimensión contemplativa*

- a. Si en todo está la mano de Dios, si El es la causa de todos, una primera actitud que se impone es la contemplación de lo que El está haciendo y del mensaje que a través de lo que hace llega para nuestra conversión y enriquecimiento, al modo como supone la teología india desde la cual también se salva de su estancamiento la espiritualidad tradicional de la Iglesia.
- b. La misión como búsqueda de la justicia, superando los extremismos de una y otra parte, pero teniendo como objetivo principal el ecumenismo desde la Creación, desde el pluralismo donde cada quien asume su papel en modo dialogante, contemplativo y desprejuiciado.
- c. Hay que superar la convicción de que el único Dios verdadero es el nuestro y los demás carecen de él. Niega la verdad de los demás, instalando en el mundo la discordia. El diálogo yo-tú divino nos lleva a descubrirle en las demás historias, que son historias tan salvíficas como la nuestra, que tienen verdaderas inspiraciones contemplativas y místicas, en un modelo de espiritualidad planetaria y ecológica

Conclusiones

88

Soy consciente de las limitaciones de toda índole en un trabajo de esta naturaleza. Estoy, sin embargo, profundamente convencido de que el camino de la Creación es donde gentes de todos los pueblos, culturas, religiones, incluyendo a los agnósticos (que en el fondo significan una crítica a la fe desde la cultura de la posmodernidad), nos podremos encontrar en una aurora boreal de paz y respeto. Se

afecta a toda una cultura cuando se pretende transformar una religión sin tener en cuenta todos los demás elementos culturales que la conforman. Concluiré mi exposición con algunas pinceladas de síntesis de lo que he pretendido ofrecer en este Magno Congreso del COMLA 7-CAM 2.

1. El paradigma misionero, las iglesias cristianas, el modo de entender la salvación, están en crisis profunda. Hemos de lanzarnos en la búsqueda de nuevas rutas creativas en el camino de la fe.
2. El descubrimiento de la infinita complejidad de la Creación nos aproxima a la verdad de Dios y contribuye a que se vaya aproximando la nueva Creación que gime con dolores de parto (Rom 8, 22-23). La subestima en el imaginario del pueblo fiel de los avances de la ciencia ha hecho que nos hayamos visto relegados como infantes en nuestras creencias y no tengamos acceso *pleno iure* a la posmodernidad en una visión y experiencia de fe. Cualquier descubrimiento de la ciencia es una revelación, una epifanía de Dios. Los avances de los científicos han de ser considerados como aportes cocreadores con Dios. Si la verdad nos hace libres, ¿qué podemos temer por un futuro que está en manos del Espíritu Santo? La apertura al Dios de la Vida nos libraré de nuestras intransigencias frente a situaciones que no está a nuestro alcance cambiar y además cuyo destino final es inexorable.
3. Mirar a la Creación abre un espacio amplio y generoso, que desarrolla un ecumenismo tolerante y abierto en forma horizontal y dialogante, aun cuando, fuera de prejuicios, cada forma de expresión de cultura y religión mantenga su propia identidad y los elementos que la hacen diversa.
4. Es posible abrir espacios al sentido de la misión eclesial que nos aproximen al mundo de lo real, concreto y físico, nacido de la mano del Dios de la Vida de quien procedemos y al que nos dirigimos, fuera de todo sectarismo y proselitismo al creer que somos los únicos poseedores de la verdad y nos pongamos distantes de la vida. Lo que caracteriza a una comunidad de

creyentes que peregrina por el mundo es que se sienta solidaria con las angustias y pesadumbres de los hijos de la tierra (GS, 1). Los cambios de la historia deben significar también transformaciones profundas de los puntos de vista de la teología cristiana. La historia de cada pueblo es una historia salvífica. En ella debemos encontrar, bajo la luz de la tradición y de la historia eclesial, manifestaciones vivas de Dios, experiencias que nos den aliento y ayuden a emprender con empuje apostólico un modelo que recoja las aspiraciones de los pueblos y contribuya a la construcción del Reino.

5. Siendo así que la Creación, con todos sus logros y avances en la construcción de su vida en el tiempo son una parte importante y necesaria, no significan, sin embargo, el Cristo total que aparecerá al fin de los tiempos y tiene dimensiones escatológicas más allá de cualquier avance de la humanidad.

Obras consultadas

AGUILAR SAHAGUN, Guillermo, CRUZ JIMENEZ, S. Y FLORES VALDES, J. *Una ojeada a la materia*. (1997). México: Fondo de Cultura Económica.

ATIENZA, Juan G. 2000. *Los pecados de la Iglesia: memoria de una ambición*. Barcelona: Juan G. Atienza/Martínez Roca.

BETTO, Fray. *A obra do artista. Uma visao holística do Universo*. (1995). Sao Paulo: Atica.

BLAZQUEZ, Niceto. *Bioética: La nueva ciencia de la vida*. (2000). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

BOFF, Leonardo. *Ecología: Grito da terra, grito dos pobres*. (1995). Sao Paulo: Atica.

BOFF, Leonardo. *La voz del arco iris* (2003). Madrid: Trotta.

BOSCH, David J. 2000. *Misión en transformación: cambios de paradigma en la teología de la misión*. Grand Rapids (EE.UU.): Libros Desafío.

CAPRA, Fritjof. *La trama de la vida: Una nueva perspectiva de los sistemas vivos*. (1999). Barcelona: Anagrama.

CLARO, Francisco. *A la sombra del asombro: El mundo visto por la física*. (1999). Santiago de Chile: Andrés Bello.

CONCILIO VATICANO II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Segunda Edición. (1966). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC)

GARCIA, Joaquín. Conferencias (promanuscrito). (2001). Stgo. de Chile.

DAMASIO, Antonio R. *El error de Descartes: La razón de las emociones*. (1996). Santiago de Chile: Andrés Bello.

DAMASIO, Antonio. *Sentir lo que sucede. Cuerpo y emoción en la fábrica de la consciencia*. (2000). Santiago de Chile. Andrés Bello.

DICCIONARIO DE CIENCIAS. 2000. Madrid: Complutense.

DUPUIS, Jacques. 2000. *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*. Santander: Sal Terrae.

DUVE, Christian de. *Polvo vital: El origen y evolución de la vida en la tierra*. (1999). Santafé de Bogotá: Norma.

GIRARDI, Giulio, DAMBORENEA, Juan J. de y otros (1994). *Cristianismo, justicia y ecología*. Madrid: Nueva Utopía.

GIUSTI, Miguel. *Alas y raíces: Ensayos sobre ética y modernidad*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

GOZÁLEZ FAUS, José Ignacio. (1996). *La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del magisterio eclesiástico*. Barcelona: Herder

GUITTON, Jean; Grichka e Igor Bogdanov. *Dios y la ciencia. Hacia el metarrealismo*. (1998). Cuarta Edición. Madrid: Debate.

HOBSBAWM, Eric. *Historia del siglo xx: 1914-1991*. (1998). Barcelona: Grijalbo Mondadori.

HUXLEY, Aldous. *Un mundo feliz*. (1999). Barcelona: Plaza & Janes.

IIAP. *Visión del desarrollo de la Amazonía peruana al 2022*. 2 edic. Iquitos: IIAP, 1997

KALLIOLA, R. y FLORES, Salvador. *Geoecología y desarrollo amazónico*. Turku: Turun Yliopisto, 1998,

KALLIOLA y otros. *Amazonía Peruana: vegetación húmeda tropical en el llano subandino*. Finlandia: Paut/Onern, 1993.

LACADENA, Juan Ramón y otros. *En el centenario de Mendel: La genética ayer y hoy*. Madrid: 1984. Alambra.

LLINAS, Rodolfo R. *El cerebro y el mito del yo*. (1993). Bogotá: Norma.

LYDON, Juan J. (Comp.) 1996. *Ecoteología: una perspectiva desde san Agustín*. México.

LYDON, Juan J. (Comp.). *La inculturación: Teoría y práctica desde el carisma agustiniano latinoamericano*. (1999). México: OALA.

92

MATURANA, Humberto y VARELA, Francisco. *El árbol del Conocimiento* (1990). Santiago de Chile: Debate.

MATURANA, Humberto y VARELA, Francisco. *De máquinas y seres vivos*. (1972-1980). Santiago de Chile: Universitaria.

MOLTMANN, Jürgen. *El Camino de Jesucristo* (1993). Salamanca: Sigüeme

MOLTMANN, Jürgen. *Dios en la Creación*. (1997). Salamanca: Sigüeme.

MORIN, Edgar. (1988-1993). *El método*. Madrid: Cátedra.

NICOLIS, Gregoire, PRIGOGINE, Ilya. *La estructura de lo complejo: En el camino hacia una nueva comprensión de las ciencias*. (1994). Madrid: Alianza.

OBISPOS DE LA AMAZONIA PERUANA. (1996). *Reflexiones pastorales en torno al medio ambiente de la Amazonía peruana*. Lima: CAAAP.

PAPP, Desiderio. *Historia de las ciencias: desde la antigüedad hasta nuestros días*. (1996). Santiago de Chile: Andrés Bello.

PRIGOGINE, I.(1991). *La nascita del tempo*. Milao: Bompiani.

PRIGOGINE, I. & STENGERS, (1992). I. *Entre o tempo e a eternidade* Sao Paulo: Companhia das Letras.

REEVES, Hubert. *Ultimas noticias del cosmos: Hacia el primer segundo*. (1995). Santiago de Chile: Andrés Bello.

RIAZA MORALES, José María. *La iglesia en la historia de la ciencia*. (1999). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

RUIZ DE LA PEÑA, Juan L.. (1996). *La pascua de la creación: Escatología*. Madrid: BAC.

SOBERON MAINERO, Francisco Xavier. *La ingeniería genética y la nueva biotecnología*. (1999). México: Fondo de Cultura Económica.

STIGLITZ, Joseph E. *El Malestar en la Globalización* (2003). Madrid. Punto de Lectura.

STORIG, Hans Joachim. *Historia universal de la filosofía*. (1997). Madrid: Ed. TECNOS, 2ª ed. 808 pp.

CHARDIN, Teilhard. *Le coeur de la matiere* (1976). París: Editions du Seuil.

TREVIJANO ETCHEVERRIA, Manuel. *Fe y ciencia: antropología*. (1996). Salamanca: Sígueme.

VARGAS LLOSA, Mario. (1966). *La utopía arcaica: José María Arguedas y las ficciones del indigenismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

VENTOSA OLIVERAS, Lluís. 2000. *El mal lladre: teologia des del Quart Món*. Barcelona: Claret.

WILCHES-CHAUX, Gustavo. (1996). *La letra con risa entra*. Popayán: Fundación FES, Fondo FEN.

WILMUTT, Iann, Keith CAMPBELL y Colin TUDGE. 2000. *La segunda creación: de Dolly a la clonación*. Barcelona: Eds. B.

Sumario:

La Misión entendida como anuncio del Evangelio de la Vida es la primera tesis de la Profesora Adelaida Sueiro. En este campo, la Iglesia, como comunidad sanante, sigue las huellas de Cristo que cura toda enfermedad y dolencia en el pueblo, reafirma su opción preferencial por los pobres, defiende los derechos humanos y propicia la búsqueda de la verdad, la justicia y la reconciliación. La Misión, anuncio del Evangelio de la Vida, es la tarea fundamental del pueblo de Dios que peregrina en América. En esta segunda tesis, la autora enfatiza el anuncio del Evangelio a todas las gentes, tratando de que cada uno lo descubra en su propia lengua; plantea el desafío del diálogo cultural, del ecumenismo y del diálogo interreligioso; propone especialmente la incorporación de la mujer que, con su compromiso solidario y eficaz, anuncia la vida y alimenta la esperanza; y destaca la importancia de una espiritualidad misionera, comprometida con los pobres, que busque la reconciliación y anuncie y celebre el Evangelio de la Vida.

La misión, anuncio del
Evangelio de la vida,
tarea fundamental
del pueblo de Dios que
peregrina en América

Adelaida Sueiro Cabredo
Profesora de Teología
Pontificia Universidad Católica del Perú

Irá delante de ustedes a Galilea; allí lo verán...

“Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo. (Mt. 28,7.19-20)

En primer lugar, quiero agradecer que me hayan invitado a participar en este Segundo Congreso Americano Misionero, para mí es una alegría grande, un regalo de Dios y es también un desafío por la tarea que me encomiendan. Permítanme compartir con ustedes la reflexión del anuncio del evangelio de la vida desde la experiencia de fe que comparto con tantas otras personas creyentes¹.

Anunciar la Buena Nueva de la vida nos coloca en el centro mismo de la historia, en el misterio de Dios que se hace carne y pone su tienda en medio de la vida de cada una de las personas, en medio de las culturas de cada uno de los pueblos de la humanidad, para acompañarnos hasta el final de los tiempos.

Nos trae a la memoria, también, una región pequeña, pobre y despreciada en el tiempo de Jesús: Galilea. Una región que estaba en la periferia del sistema imperial; Roma vive, en ese momento, el despliegue de su poderío y el anhelo ilusorio de ser dueña del mundo. Hoy, el Señor nos ha convocado aquí, en Guatemala. No está entre los pueblos poderosos de este momento de la historia; como Galilea, es también pequeña y pobre; pobreza que comparte con muchos de los

¹ Quiero agradecer especialmente al grupo de mujeres con las que comparto, hace siete años, la reflexión de nuestra fe y de nuestras experiencias de trabajo pastoral que han alimentado especialmente este testimonio.

pueblos del Sur frente a la riqueza de los del Norte en este mundo globalizado². Dios no olvida al pueblo de Guatemala ni a su tierra, los guarda y los atesora en su corazón; por eso estamos reunidos aquí con alegría, para que el mundo pueda ver y oír de su fe en el Dios de la vida y para, desde aquí, enviar a sus discípulos y discípulas a anunciar la Buena Noticia de que la vida vence al mal que destruye y mata.

Nos pone delante a *todas las gentes*, hombres y mujeres, pueblos y naciones que, desde lo más hondo de ellos mismos, esperan que la verdad de la vida se haga historia. La palabra de Dios, que habita en el corazón de cada ser humano³, se deja sentir en los anhelos y esperanzas de cada pueblo y, en la práctica, se hace signo de vida y liberación que vence a la muerte y al pecado en la historia.

1. “Mirando al presente y al futuro con ojos de la fe y la razón”⁴

En el marco de una sociedad globalizada, percibimos la densidad de un nuevo momento histórico que se despliega ante nuestros ojos con una velocidad sorprendente y consecuencias complejas en la vida de la humanidad, y que llena de incertidumbre y angustia sobre todo a los sectores cada vez más empobrecidos, que ahora encontramos en grandes sectores y en cada rincón del planeta.

² Juan Pablo II, en referencia al texto de Mt 25,36ss dice: “A la luz de las palabras de Cristo, este Sur pobre juzgará al opulento Norte. Y los pueblos pobres y las naciones pobres-pobres de modos distintos, no sólo faltos de alimento, sino también privados de libertad y de otros derechos humanos- juzgarán a los que les arrebatan estos bienes, acumulando para ellos el monopolio imperialista del predominio económico y político a expensas de otros” (Homilía durante la misa celebrada en el aeropuerto de Namao, 17 de septiembre de 1984).

³ Dt 30,14.

⁴ Juan Pablo II, recordando a Juan XXIII, nos dice: “Mirando al presente y al futuro con los ojos de la fe y la razón, el beato Juan XXIII vislumbró e interpretó los *dinamismos profundos* que estaban actuando ya en la historia. Sabía que las cosas no son siempre como aparecen exteriormente. A pesar de las guerras y las amenazas de guerras, había algo nuevo que se percibía en las vicisitudes humanas, algo que el Papa consideró como el inicio prometedor de una revolución espiritual” (“Pacem in Terris: una tarea permanente”, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, 1 de enero del 2003”).

Vemos el gran desarrollo de las ciencias y la técnica que hacen posible la producción y acumulación de riquezas nunca antes imaginadas, posibilidades de comunicación que propician encuentros y diálogos largamente soñados en la familia humana. El mañana se abre promisorio. Desgraciadamente, vivimos y vemos crecer un potencial de destrucción que va dibujando un tejido social marcado por la injusticia y la exclusión, y que en múltiples formas de violencia amenaza toda forma de vida en la tierra. Esta tierra que el Señor dio al hombre y a la mujer para cultivar y guardar (Gn 2,15).

La realidad no es el resultado de un devenir histórico que se nos impone de manera ineludible, es hechura de “seres humanos libres que toman decisiones y son responsables, en diversos grados, de acontecimientos actuales que construyen relaciones humanas justas y respetuosas de los derechos de cada uno; o producen exclusiones que pueden ir hasta expulsar del tiempo y de la historia a los habitantes de un país”⁵. Es bueno recordar que la historia ha sido puesta en las manos y en el corazón de los seres humanos para construir relaciones de fraternidad.

El futuro se extiende para adelante con un inmenso desafío a la creatividad y a la libertad humanas y sobre todo a los corazones sensibles capaces de conmoverse ante el dolor del hermano y la hermana e indignarse ante la injusticia que lo produce. Este tiempo nuestro está preñado de sueños y hay hombres y mujeres que buscan hacerlos realidad, porque en medio de ellos descubren signos de una evidente presencia del Espíritu en la historia⁶.

Hoy descubrimos la fuerza del Espíritu Santo: en la lucha contra la pobreza injusta e inhumana que rescata la dignidad de la persona y afirma el valor de la vida, en el esfuerzo de encontrar un camino

⁵ Gutiérrez, Gustavo, “Desenterrar la verdad”, Revista *Páginas* n° 183 (octubre 2003), p. 7.

⁶ Hoy resuenan con fuerza y actualidad las palabras de los obispos latinoamericanos que reunidos en Medellín nos decían: “Estamos en el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente llena de anhelos de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva” (DM intr., 4). Tiempos nuevos que la Iglesia percibe y ante los cuales se compromete porque descubre en ellos “un evidente signo del Espíritu que conduce la historia” (DM intr.,4).

de diálogo intercultural que busca construir la unidad de la familia humana en la riqueza de su diversidad, en la búsqueda de la verdad, que se hace camino de justicia y reconciliación. Se trata de seguir el camino que redescubrió la Iglesia en Medellín, presentar cada vez más nítidamente “el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual” (DM Juventud, 15).

1.1. Anunciar el Evangelio a todas las gentes y que cada uno lo descubra en su propia lengua

Anunciar el evangelio a todas las gentes plantea a la Iglesia el desafío de relacionarse con todos los pueblos de la tierra. Esta tarea tiene, desde la época apostólica, un largo caminar que ha ido progresivamente, y no sin dificultades, abriendo derroteros nuevos en el descubrimiento del otro, subrayando las diferencias entre los pueblos como algo a ser profundamente valorado en la tarea evangelizadora.

El dinamismo, la fuerza de vida que impulsa el caminar de los pueblos y de cada persona en la historia viene de Dios; los misioneros y misioneras, envueltos en esta fuerza viven, comparten y proclaman lo que Jesús ha enseñado: que Dios es Padre y Madre de todo hombre y de toda mujer, sin condición de raza, cultura, ni tan siquiera de credo religioso. Todos somos hijos e hijas de Dios y así estamos llamados a participar en la fraternidad universal que está en el proyecto del Reino.

Quiero ubicarme en la dinámica rica y fructífera que impregna esta tarea pastoral y que nos ubica en el centro mismo del misterio de la encarnación, el mensaje evangélico debe ser reconocido como parte de la propia cultura, en la relación estrecha entre la fe y la vida. La riqueza está en las prácticas que cristalizan búsquedas, desencadenan movimientos, orientan esfuerzos; prácticas pastorales que ponen delante propuestas, acciones concretas y, sobre todo, nuevos caminos que no hemos terminado de recorrer.

En este largo caminar vamos teniendo, cada vez más, conciencia de la incoherencia de una evangelización que utiliza los elementos hegemónicos de una cultura dominante y refuerza relaciones de

subordinación y opresión entre los pueblos y las personas. Por el contrario, descubrimos que el poder de vida y liberación de la palabra de Dios actúa en cada ser humano y que cada pueblo la guarda en sus tradiciones religiosas y en su sabiduría de la vida y del amor. Las culturas de los pueblos pequeños e insignificantes históricamente son así espacios de resistencia donde se alimenta la lucha contra la opresión, marginación, pobreza y donde crece la esperanza de construir un futuro justo y fraterno.

Lo nuevo en este largo caminar es la aguda conciencia que tiene nuestro mundo del pluralismo de las culturas humanas, así como de sus ancestrales tradiciones religiosas, y del derecho a la diferencia que tiene cada una de ellas. Esto nos exige ver a los otros y las otras no solo como destinatarios del anuncio de la Buena Nueva, sino como partícipes en la búsqueda de la verdad de Dios que da sentido a la vida.

La pluralidad nos plantea el desafío del diálogo, del encuentro respetuoso, de la escucha, de la tarea común. El diálogo interreligioso nos permite a los cristianos ir al encuentro de creyentes de otras religiones y caminar juntos en la búsqueda de la verdad de Dios y del ser humano para construir un mundo de vida, justicia y paz.

El fundamento teológico del diálogo interreligioso está en la afirmación del señorío de Dios en el mundo y la historia⁷. El Espíritu de Dios se hace presente universalmente en el corazón de cada ser humano⁸, presencia que se extiende “a la sociedad y la historia, a los pueblos, las culturas y las religiones”⁹. Como dice J. Dupuis: “a pesar de las diferencias, los miembros de las diferentes tradiciones religiosas son co-miembros del Reino de Dios en la historia, caminan juntos hacia la plenitud del Reino, hacia la nueva humanidad querida por

⁷ Dupuis, Jacques, “Le dialogue interreligieux à l’heure du pluralisme”, *Nouvelle Revue Théologique* 120 (1998), 549. El autor señala: “El Espíritu Santo está presente y activo en el mundo, en los miembros de las otras religiones. La verdadera oración, los valores y virtudes humanas, los tesoros de la sabiduría escondidos en las tradiciones religiosas, el diálogo y el encuentro auténtico entre sus miembros son frutos de la presencia activa del Espíritu”.

⁸ Rom 8,26-27.

⁹ *Redemptoris missio*, N° 28.

Dios para el fin de los tiempos, de la cual están llamados -unos y otros- a ser co-creadores con Dios”¹⁰.

Una teología del diálogo interreligioso, abierta a la acción del Espíritu que, como nos recuerda *Redemptoris missio*, “sopla donde quiere y como quiere”¹¹, nos permite descubrir que todo hombre y toda mujer que se abren a la acción del Espíritu son miembros activos del Reino de Dios en el mundo y la historia.

1.2. La opción preferencial por los pobres, una exigencia evangélica

Mirar la realidad con ojos de evangelio nos permite ver que la pobreza es producto de una sociedad sistémicamente injusta y percibimos en ella “estructuras de pecado”.

Como nos recuerda Juan Pablo II: “Pecado” y “estructuras de pecado” son categorías que no se aplican frecuentemente a la situación del mundo contemporáneo. Sin embargo, no se puede llegar a una comprensión profunda de la realidad que tenemos ante nuestros ojos sin dar un nombre a la raíz de los males que nos aquejan”¹². Y, no hay que olvidar que la raíz de la pobreza está en el pecado, en el rechazo a la voluntad de Dios.

La pobreza inhumana y antievangélica es el problema más grande que la humanidad enfrenta. Hoy son muchos los informes de organismos internacionales que nos dejan ver la magnitud y la persistencia

¹⁰ Dupuis, J., *Idem*. P. 553.

¹¹ *Redemptoris missio* n° 20.

¹² Juan Pablo II, en la misma encíclica *Sollicitudo rei socialis* n° 36 subraya: “Si la situación actual hay que atribuirla a dificultades de diversa índole, se debe hablar de “estructuras de pecado”, las cuales - como ya he dicho en la exhortación apostólica *Reconciliatio et paenitentia*- se fundan en el pecado personal y, por consiguiente, están unidas siempre a *actos concretos* de las personas, que las introducen, y hacen difícil su eliminación. Y así estas mismas estructuras se refuerzan, se difunden y son fuente de otros pecados, condicionando la conducta de los hombres”.

de la situación de pobreza y desigualdad a nivel internacional¹³. La brecha entre los pobres y los ricos se hace cada vez más grande.

Se ve con preocupación y aun con angustia que al hambre, a la falta de trabajo, casa, salud, educación, a la experiencia de desprecio e insignificancia que viven los pobres se suma el impacto del cambio de época y la implementación de políticas neoliberales que los dejan cada vez más a la intemperie, mostrando en eso mismo su fracaso.

Subrayando los efectos de este impacto, Carmen Lora nos dice que hoy los pobres sufren la “pérdida o difuminación de una identidad colectiva, la experiencia de inestabilidad y movilidad creciente, la dificultad para integrar una identidad en torno al trabajo como actividad humana fundamental, los referentes simbólicos poco consistentes y cambiantes” que configuran su visión del mundo. Añade, además, que “los jóvenes de hoy saben más sobre la necesidad de saber desenvolverse para salir adelante o simplemente sobrevivir, pero, a diferencia de hace 30 o 40 años, las formas de salida que se les plantea son individuales, no colectivas. La posibilidad de organizarse no implica un canal de solución a una expectativa de cambio, a lo más, es una alternativa de protesta, pero no de solución. Hay una profunda experiencia de soledad”¹⁴.

La experiencia de la vida de los pobres ha empeorado con la estructural exclusión económica, social y cultural, haciéndolos cada vez más vulnerables ante el poder de la globalización económica que configura relaciones de mayor desigualdad entre los países ricos

¹³ Entre otros, el PNUD en sus informes anuales sobre el desarrollo humano ha contribuido a proporcionar información valiosa e inquietante sobre la pobreza, sus causas, niveles y concentración. El informe de 1996 advierte que “el mundo está cada vez más polarizado, y la distancia que separa a los pobres de los ricos se agranda cada vez más” (p. 2). Para el tema de la persistencia de la pobreza es particularmente interesante el informe correspondiente a 1997.

Así también, el Banco Mundial realizó una investigación durante los años noventa preguntando a los mismos pobres qué es la pobreza. Fue publicado en tres tomos con el título *Voices of the poor*; D. Narayan (ed), Nueva York, Published by Oxford University Press for the Word Bank.

¹⁴ Lora, Carmen, “Percibir la suave brisa. Perspectivas teológicas y pastorales para América Latina y el Caribe”, en *Cristianismo na América Latina e no Caribe*, Sao Paulo, Paulinas 2003, pp. 350-359.

y los países pobres. La realidad de pobreza y desigualdad creciente marca la vida de las personas y las estructuras de la sociedad con signos de dolor, sufrimiento y muerte que niegan futuro, felicidad y vida a grandes mayorías en la humanidad.

Buscar los “signos de los tiempos” en medio de esta realidad de pobreza llevó a la Iglesia latinoamericana a “no quedarse indiferente ante las tremendas injusticias sociales... que mantienen a la mayoría de los pueblos en una dolorosa pobreza cercana en muchísimos casos a la inhumana miseria” (DM Pobreza 1) y a descubrir en los rostros de los pobres los rasgos sufrientes de Cristo que nos cuestiona e interpela (DP 31, DSD 178). Desde esta experiencia de fe, la Iglesia latinoamericana hizo una clara y profética opción preferencial por los pobres (DM Pobreza 5-7, DP 1134, DSD 180), que persiste en una firme y larga trayectoria ligada a la vida cotidiana de la gente. Este camino abierto por los obispos latinoamericanos en Medellín y la teología de la liberación¹⁵, reafirmado en Puebla y Santo Domingo, ha sido asumido por el Magisterio universal como una exigencia “firme e irrevocable” para toda la Iglesia (SRS 42, JP II Discurso inaugural Santo Domingo 16, TMA 51).

Esta opción nos refiere al tema de la justicia como una exigencia de profunda tradición bíblica que encuentra su fundamento en el amor universal de Dios y su predilección por los débiles, maltratados, los insignificantes de la historia, fundamento que muchos no logran reconocer. Sin embargo, de ahí viene la fuerza de la voz de la Iglesia en los foros internacionales en temas como la deuda externa de los países pobres y más recientemente sobre la guerra. Gustavo Gutiérrez nos recuerda: “La razón definitiva del compromiso con los pobres y oprimidos no está, en consecuencia, en el análisis social que empleamos, tampoco en la experiencia directa que podamos tener de la pobreza, o en nuestra compasión humana (...). Sin embargo, en tanto que cristianos ese compromiso se basa fundamentalmente en la fe en el Dios de Jesucristo. Es una *opción teocéntrica* y profética

¹⁵ *Sollicitudo rei socialis* n° 46 y en el “Documento de la Conferencia Episcopal Peruana sobre la teología de la liberación” n° 20.

que hunde sus raíces en la gratuidad del amor de Dios y es requerida por ella. Y no hay nada más exigente, lo sabemos, que la gratuidad”¹⁶.

La vida y liberación de los pobres y excluidos, central en la práctica de Jesús, aparece hoy como un reto exigente y fecundo para la tarea eclesial de anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios. En una sociedad que no tiene sitio para los insignificantes, adquiere especial importancia la preocupación que manifiesta el libro del Éxodo por cómo van a dormir los pobres si no tienen con qué cubrirse (Ex 22,26). Gustavo Gutiérrez hace suya esta preocupación y nos pregunta: “¿Dónde van a dormir los pobres en el mundo que se prepara y que, en cierto modo, ha dado ya sus primeros pasos?, ¿qué será de los preferidos de Dios en el tiempo que viene?”¹⁷. Cuestión desafiante para la tarea de anunciar hoy el Reino de Dios como Buena Noticia para los pobres.

1.3. Tiempo de verdad, justicia y reconciliación

Vivimos un tiempo de búsqueda de verdad, expresión de una conciencia clara de la humanidad que dice “basta ya” a la violencia y destrucción que envuelve a los pueblos en todo el mundo. Guerras fratricidas, grandes violaciones a los derechos de las personas, codicia acompañada de indiferencia que excluye a los pobres y les niega el derecho a una vida digna. El que nos ha tocado vivir es, también, un tiempo de vergüenza.

En muchos de nuestros países hemos tenido “comisiones de verdad y reconciliación”. Permítanme hacer referencia a la experiencia del Perú. La verdad adquiere un poder de denuncia al exponer la tragedia, que nos fue presentada por Salomón Lerner, presidente de la CVR, como “un doble escándalo: el del asesinato, la desaparición y la tortura en gran escala; y el de la indolencia, la ineptitud y la indiferencia de quienes pudieron impedir esta catástrofe humanitaria y no lo hicieron”. La verdad es igualmente aliento de vida y esperanza

¹⁶ Gutiérrez, Gustavo, “¿Dónde dormirán los pobres?”, en *El rostro de Dios en la historia*, Lima, PUCP- IBC-CEP, 1996, p. 18. Sobre el mismo tema “Una opción teocéntrica” en *Páginas*, n° 177, 6-13. (2002)

¹⁷ Gutiérrez, G. Idem, p. 10.

cuando “recoge también el testimonio de numerosos actos de coraje, gestos de desprendimiento, signos de dignidad intacta que nos demuestran que el ser humano es esencialmente digno y magnánimo... Ahí se encuentran: en el centro de nuestro recuerdo”¹⁸.

A estas comisiones, por la fuerza que tiene su palabra de verdad, las hemos visto emerger en nuestras sociedades como signos de contradicción.

Así, vemos con alegría la voluntad de recuperar la memoria, desvelar lo escondido y desentrañar las raíces, aun las más profundas, de los problemas que aquejan la vida de nuestros pueblos y llenan de sufrimiento las vidas de las personas. Crece nuestra esperanza con el compromiso inquebrantable de tantos hombres y mujeres que, aun a costa de su propia vida, construyen caminos de reconciliación y fraternidad. Cómo no recordar a nuestros queridos obispos: Mons. Angelleli, Mons. Romero, Mons. Gerardi, en Guatemala. Sería largo enumerar la lista de los hombres y mujeres que, con su vida, han sido testigos de la verdad que da y defiende la vida. ¡Benditos entre los misericordiosos porque ellos y ellas guardaban a Dios y a los pobres en su corazón!

Vemos, igualmente, con dolor que hay quienes rechazan la verdad que se presenta, se niegan a reconocer el rostro de la sociedad que se trasluce en ella, sociedad de la que formamos parte y somos responsables. Los actos de terrorismo, los asesinatos y ajusticiamientos, la tortura, las violaciones sistemáticas, sobre toda de mujeres, las madres y sus hijos sufrientes, las poblaciones desterradas, los desaparecidos, las fosas comunes, las muertes que cobra la guerra y mucho más; todo ese sufrimiento clama ante la conciencia de cada persona, de cada nación, de la humanidad.

Esta contradicción, que nos hace descubrir raíces que llegan muy atrás en la historia, es una viva expresión de la profunda escisión que atraviesa nuestras sociedades. Escisión en la que los más pobres

¹⁸ Lerner, Salomón, “Discurso de presentación del informe final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación” – Perú, 28 de agosto del 2003.

sufren, obligados al silencio y la invisibilidad¹⁹. Por eso es tan importante darle la palabra a las víctimas, como valientemente dice el Informe para la Recuperación de la Memoria Histórica de Guatemala: “Para las víctimas y familiares que se acercaron a dar su testimonio, el conocimiento de la verdad era una de las principales motivaciones. Ese reconocimiento público de los hechos constituía también una reivindicación de la verdad de su palabra, que había sido negada sistemáticamente durante todos los años del conflicto armado. Mucha gente se acercó al proyecto para contar su propia historia que no había sido escuchada y para decir: créame. Esa demanda implícita de dignificación está muy ligada al reconocimiento de la injusticia de los hechos y a la reivindicación de las víctimas y los familiares como personas cuya dignidad trató de ser arrebatada: *nos hicieron más que a los animales*”²⁰.

No podemos permanecer indiferentes ante el rostro de la humanidad atravesado de heridas profundas que esperan ser atendidas y curadas con ungüentos de ternura. “La **verdad** que es memoria sólo alcanza su plenitud en el cumplimiento de la **justicia**... Ha llegado, pues, la hora de reflexionar sobre la responsabilidad que a todos nos toca. Es el momento de comprometernos en la defensa del *valor absoluto de la vida*”²¹. Si no miramos de frente el presente que nos interpela, habremos perdido la oportunidad de cambiar el rumbo de nuestra historia para adentrarnos en caminos de encuentro y **reconciliación**.

Conocer la verdad de nuestra realidad es un nuevo punto de partida en la larga historia de nuestros pueblos, una oportunidad que no podemos perder. Un camino que se abre con viejas y nuevas

¹⁹ El “Informe Proyecto Interdiocesano de Recuperación de la Memoria Histórica” valientemente denuncia: “Además del impacto individual y colectivo de la violencia y el terror, la represión política le quitó a la gente su derecho a la palabra. Durante muchos años no pudieron compartir su experiencia, dar a conocer lo sucedido o denunciar a los responsables. Muchas de las víctimas y los sobrevivientes que dieron su testimonio hablaron en ese momento por primera vez de lo que les había sucedido” (“Guatemala NUNCA MÁS”, Cap I, Impactos de la violencia. Introducción. ODHAG, 1998, XXXI).

²⁰ Idem, Presentación general, XXIX.

²¹ Lerner, Salomón, Discurso de presentación del informe final de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación – Perú, 28 de agosto del 2003.

exigencias de practicar la justicia y buscar experiencias de reconciliación que nos vayan adentrando en la tarea de construir una sociedad en la que cada persona sea reconocida en su dignidad y sean respetados los derechos de todos, especialmente de los más débiles e insignificantes.

La misión evangelizadora de la Iglesia encuentra en estos “signos de los tiempos” desafíos que le exigen volverse a la Palabra del Señor para encontrar los caminos que conducen al Reino.

2. El Reino de Dios está cerca, conviértanse y crean en la Buena Nueva (Mc 1,15)

Los evangelios nos cuentan que Jesús parte de Galilea para anunciar el Reinado de Dios y dar inicio a la misión del Mesías. En el evangelio de Lucas, Jesús mismo da cuenta del contenido de su misión con la lectura del texto del profeta Isaías:

El espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido
para anunciar a los pobres la Buena Nueva,
me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.

(Lc 4,18-19)

El sentido de la misión de Jesús es anunciar la liberación de la pobreza, el cautiverio, la ceguera y la opresión, signos de esclavitud y muerte. A los pobres se les anuncia la liberación, se les anuncia la vida. Buena Nueva que se subraya con el “año de gracia del Señor”, perspectiva jubilar que en la tradición bíblica significa la voluntad de Dios de acabar con toda desigualdad y restablecer la fraternidad, “*una característica de la actividad de Jesús* y no sólo la definición de un cierto aniversario” como nos recordó Juan Pablo II en la convocatoria al Jubileo del año 2000 ²².

²² Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente* n° 11.

Lucas subraya en el evangelio (4,25-27) y en el libro de los Hechos (2,9-11) el alcance universal del mensaje de Jesús el Cristo.

2.1. Curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo (Mt 4, 23)

La vida de Jesús, su práctica y mensaje, anuncian el Reino de Dios como la fuerza de liberación y vida que *cura toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo* (Mt 4, 23).

Las acciones de Jesús abarcan todas las dimensiones de la existencia humana que claman por la vida. Se compadece de la viuda que ha perdido su hijo y lo resucita (Lc 7,11-17). Salva la vida al hombre de la mano paralizada (Mc 3,16). Libera a la mujer encorvada de su enfermedad (Lc 13,10-13) y al endemoniado de Gerasa (Mc 5,1-20). Toca al leproso y éste queda limpio de su enfermedad (Mt 8,1-4). Jesús nos revela el perdón de Dios para los pecadores (Jn 8,1ss). Con su actitud ante los extranjeros, la samaritana, la sirofenicia reafirma la universalidad del Reino; con el centurión, en quien reconoce *una fe tan grande*, proclama que muchos vendrán de Oriente y Occidente para sentarse a la mesa en el Reino de los Cielos (Mt 8,10-11). El anuncio de la Buena Noticia a los pobres provoca alegría y reconocimiento de la acción de Dios, provoca también sospecha, desconfianza y voluntad de eliminarle.

Acerquémonos al relato de la curación del ciego de Jericó²³ (Mc 10,46-52). Un mendigo ciego está sentado junto al camino, su grito “¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!” nos hace ver que no es el poder de Jesús sino su compasión lo que llama la atención de la gente. Jesús lo escucha, tiene en cuenta al insignificante que los otros quieren hacer callar; más bien les pide que lo llamen, los compromete, los hace participar “¡Ánimo, levántate! Te llama”.

El ciego, que había permanecido sentado y fuera del camino *dio un brinco y vino donde Jesús*. Expresión de vida, confianza,

²³ Crespo, Luis Fernando, “Misión de Jesús y liderazgo juvenil”, el autor presenta un interesante comentario de la práctica de Jesús y las exigencias que se desprenden para el liderazgo juvenil CEP, Lima 1998.

seguridad que va a ser confirmada con la pregunta de Jesús: “¿*Qué quieres que te haga?*”, le reconoce derecho a hablar, que él mismo diga cual es su necesidad, no se impone, los que al comienzo lo hacían callar ahora lo van a escuchar. L.F. Crespo resalta que “es una manera de reconocerle persona, capaz de responder y hacerse responsable de su existencia, opciones y proyectos”. El ciego respondió “*Rabbuni, ¿que vea!*”. El ciego reconoce en Jesús la condición de maestro de la Palabra de Dios, el poder de vida que Jesús tiene viene de lo alto, del corazón mismo de Dios que se compadece de los pequeños, los insignificantes.

Jesús le responde: “*Vete, tu fe te ha salvado*”. Es una invitación a la libertad, a que haga su propio camino. “Jesús ha liberado al hombre de la inseguridad producida por su ceguera, que lo tenía sentado y desencaminado... Jesús ha logrado que el ciego recupere con la vista su propio protagonismo y la confianza en sí mismo: está “salvado”. Finalmente el ciego comienza a ver claro y buena prueba de ello es que se pone a caminar libre con Jesús “y *le seguía por el camino*”²⁴. Jesús no sólo cambia la vida de las personas, sino que incide y cambia las relaciones sociales y permite que el hijo de Timeo, Bartimeo, se incorpore a la comunidad de discípulos de Jesús que anuncia el Reino de Dios como Buena Nueva a los pobres.

2.2. Reconocer a Dios en el pobre: una mujer en el evangelio de Marcos (14,1-11)

El marco en que se encuadra este relato tiene características dramáticas. Faltan dos días para la Pascua y los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley buscaban el modo de arrestar a Jesús con engaños y darle muerte (vv. 1-2). Judas, por otra parte, fue a hablar con los jefes de los sacerdotes para entregarles a Jesús y buscaba cuál sería el momento oportuno para entregarlo (vv. 10-11). Este marco de intrigas y traición levanta, por contraste, el significado del relato de la mujer de Betania, la discípula que unge a Jesús.

El contexto de la Pascua nos recuerda que está próxima la muerte de Jesús y la voluntad de los autoridades de ese tiempo para acabar

²⁴ Crespo, L.F., *Idem*, pp. 39-40.

con él a causa de su predicación, por su cercanía al pueblo, sobre todo a los pobres, los pecadores y todos aquellos a los que la sociedad margina. Jesús se encuentra indefenso, débil, comparte la suerte de los pobres, de los insignificantes ante la injusticia de los poderosos, él es uno de los pobres. Está en Betania, expresión hebrea que quiere decir “casa del pobre”.

Una mujer, que en este relato no tiene nombre, entra en la casa de Simón el leproso, donde Jesús es un invitado, y lo encuentra recostado en la mesa. No hay palabras en su boca, son sus gestos, gestos de mujer, los que dicen de ella y de su obra. Entra en la casa decidida, tiene un propósito y por eso trae el frasco de perfume; sin dudar siquiera, rompe el frasco y derrama el perfume puro de nardo sobre la cabeza de Jesús.

El perfume juega un papel muy importante en ese contexto cultural, los aceites perfumados penetran en el cuerpo y le dan fuerza, salud, alegría, belleza; los perfumes se usan también para embalsamar a los muertos. Es un gesto que le dice no al olor de la muerte, gesto de ternura con el ser querido, quiere prolongar simbólicamente la vida, el perfume significa vida.

Derramar el perfume sobre la cabeza de Jesús es un gesto de unción. La unción es un signo para los elegidos por Dios para el gobierno del pueblo. En la tradición bíblica alcanza su pleno significado en la unción del Mesías (Sal 2,2; Hechos 4,25). Esta mujer reconoce la profundidad del sentido de la vida de Jesús, la entrega de su vida, y unge a Jesús como Mesías. Proclama con su gesto el poder del amor de Dios que se encarna en los débiles, en los que son perseguidos injustamente y en los que defienden la justicia y la vida.

Es un gesto profético. Desde su condición de mujer marginada lo hace en nombre de todas las personas pobres del mundo que esperan al Mesías y creen en Jesús. En el contexto del relato descubrimos su valentía, pues hace suyo un poder que, por ser mujer, le está vedado en la tradición judía. Son manos de mujer las que ungen al Mesías.

Los que estaban ahí, aunque fieles a lo que el Señor les ha enseñado, que es atender las necesidades de los pobres, no son capaces de percibir el sentir de Jesús, su dolor, el sentido de la entrega de su vida, el momento único que está viviendo, no reconocen al Mesías, por eso el reproche: *“¿Para qué este despilfarro de perfume?”* (v. 4). Es el mismo Jesús el que interpreta el sentido de su gesto. *“Déjenla. ¿Por qué la molestan? Ha hecho una obra buena conmigo... Se ha anticipado a embalsamar mi cuerpo para la sepultura. Yo les aseguro donde quiera que se proclame la Buena Nueva, en el mundo entero, se hablará también de lo que ésta ha hecho para memoria suya”* (vv. 6.9)²⁵.

Una obra buena²⁶, Jesús ha visto bondad y hermosura en el gesto de esta mujer. No se opone a prestar atención a las necesidades de los pobres, eso es lo cotidiano: “lo pueden hacer cuando quieran”. Esta “obra buena” responde a un momento único, especial. El pobre no tiene necesidad sólo de comer o beber, también tiene necesidad de gestos gratuitos, únicos, que no se contabilizan, que le dicen tú me importas²⁷.

Hacer memoria de las que hacen obras buenas. Obras buenas como las de tantas mujeres de nuestros pueblos, que no han cesado de buscar a sus seres queridos desaparecidos o a sus muertos para sepultarlos como corresponde a su dignidad. Guardar en la memoria la historia de las mujeres de las comunidades cristianas o recuperarlas cuando los contextos culturales las han hecho invisibles, es exigencia fundamental para la misión en un momento como el que vivimos hoy.

²⁵ Este relato sigue suscitando una reflexión teológica que permite descubrir y enriquecer el papel de las mujeres en la tarea de anunciar la Buena Nueva de Jesucristo y el Reino de Dios que su vida y obra nos revela. Cft E. Schüssler Fiorenza, *En memoria de ella*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1989.

²⁶ Bueno: “kalós” es la misma palabra griega que califica la obra de Dios en el Génesis “y vio Dios que todo era muy bueno” o el Eclesiastés “Todo lo hizo hermoso”

²⁷ Este tema fue trabajado por Gustavo Gutiérrez en la conferencia “Los pobres de la tierra” del *Curso de Verano de Teología* Febrero 1995 de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

2.3. Mujeres que anuncian la vida y alimentan la esperanza

La irrupción de los pobres en la sociedad y la Iglesia es un “hecho mayor” en la historia reciente de nuestros pueblos. Nos permite descubrir la riqueza y complejidad de estos sujetos históricos que van ganando en identidad y dejan ver sus rostros esculpidos por sus culturas, etnias, género, edad, sus condiciones sociales de vida, de trabajo, por su fe en Dios. En medio de todos ellos nos aparece el rostro de las mujeres pobres²⁸.

Estas mujeres han logrado despertar en ellas mismas la fuerza que les permite enfrentar la condición de pobreza que desconoce y niega su dignidad de personas. En esta misma experiencia de liberación, las mujeres han ido descubriendo su fe en Dios como una fuente de agua viva que impulsa el compromiso por la vida y la esperanza de acabar definitivamente con la pobreza.

En la Iglesia, donde las mujeres han estado siempre presentes, aunque de manera silenciosa y anónima, y las más de las veces relegadas por su condición de mujeres, hoy día se vive como una novedad la presencia de la mujer asumiendo responsabilidades eclesiales, dando dinamismo y vitalidad a la vida eclesial, abriendo nuevos caminos al trabajo pastoral y a la misión evangelizadora.

La fe en Dios se hace gesto concreto y solidario en el compromiso de las mujeres que multiplican su presencia y derraman su ternura en la pastoral de salud, en la catequesis familiar, en los comedores populares, en los comités de defensa de los derechos humanos y en muchas otras instancias. En las comunidades cristianas han encontrado un espacio para reflexionar sobre su vida a la luz de la palabra del Señor y para celebrar su fe.

La experiencia de fe de las mujeres pobres, su compromiso, su oración y su hablar de Dios se nos presentan como un campo de reflexión teológica que ayuda a percibir en su ser mujer dimensiones nuevas del misterio inagotable de Dios.

²⁸ Puebla 1135 en una nota a pie de página hace especial mención a la mujer “por su condición doblemente oprimida y marginada”.

Las mujeres descubren que dar a luz a sus hijos es símbolo de una maternidad más grande, cuidar, desarrollar y defender la vida entera de la humanidad. Dar de comer, dar de beber, vestir al desnudo, visitar al que está en la cárcel (Mt 25), es decir, encontrar a Cristo en el pobre es el camino para anunciar y entrar al Reino de Dios. Camino que, como ya lo decía Francisco de Asís, está abierto para hombres y mujeres: "Somos... Madres cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por el amor divino y por una conciencia pura y sincera, y lo damos a luz por las obras santas, que deben ser luz para el ejemplo de otros"²⁹. Las mujeres guardan la reserva de ternura, coraje y esperanza de la humanidad.

Este compromiso solidario y eficaz de las mujeres cristianas enriquece y desafía a la Iglesia tanto en su misión profética de denuncia de la pobreza, violencia y muerte como en el anuncio del Reino de Dios y su exigencia histórica de justicia.

3. Espiritualidad misionera: anunciar el Evangelio de la vida

La espiritualidad misionera, como toda espiritualidad cristiana, se define en el seguimiento de Jesús. Es el caminar del pueblo de Dios en la historia que, en sus obras y palabras, lleva a cada ser humano lo que Jesús nos enseñó. La verdad de Dios que, en el misterio de la encarnación y redención, "ha vuelto a dar definitivamente al hombre la dignidad y el sentido de su existencia en el mundo"³⁰.

Es el mismo Espíritu de Dios el que impulsa este caminar³¹. Lucas nos recuerda que el Espíritu del Señor unge a Jesús en el inicio de su misión de anunciar a los pobres la Buena Nueva (Lc 4,18). Es

²⁹ "Carta a todos los fieles" en *"Francisco de Asís. Escritos, biografías, documentos de la época"* BAC. Madrid, 1980, 53. Patricia Martínez i A hace referencia a este texto en su artículo "A propósito de refundación: La capacidad femenina de dar a luz" en *Pastores* Año 2, n°3, 9. Lima, 2002.

³⁰ *Redemptoris missio* n° 2.

³¹ *Redemptoris missio* n° 87 refiriéndose a los apóstoles "El Espíritu los transformará en testigos valientes de Cristo y preclaros anunciadores de su palabra: será el Espíritu quien los conducirá por los caminos arduos y nuevos de la misión".

el Espíritu, también, el que, el día de Pentecostés, está en el inicio de la misión de la Iglesia cuando Pedro anuncia que la Vida ha vencido a la muerte en la Resurrección de Jesús, a “quien Dios ha constituido Señor y Cristo” (Hech 2).

Vivir según el Espíritu, nos recuerda Pablo, es dar testimonio de la vida en Cristo que libera de la muerte y el pecado (Rom 8,2). Espiritualidad profundamente **pascual**. Su fuerza está en que la última palabra la tiene la vida y no la muerte. En un mundo marcado por problemas de pobreza y violencia que preceden a la muerte, la afirmación y defensa del derecho inalienable de la vida, que se funda en las enseñanzas de Cristo resucitado, nos revela el Dios de nuestra fe y esperanza.

Este Caminar se hace en una realidad histórica concreta, no hay camino hecho, se hace camino al andar. Verdad una, la del Señor Jesús, en un caminar que se renueva a lo largo de los siglos en la vida de la Iglesia; en este continente los pasos de fidelidad al evangelio de Jesucristo los encontramos desde los primeros misioneros. La espiritualidad que en las últimas décadas ha ido naciendo en nuestras comunidades cristianas es la de una Iglesia que, como dice Gustavo Gutiérrez, “intenta hacer efectiva su solidaridad con los mas despo-seídos de este mundo. Espiritualidad colectiva, eclesial; marcada por la religiosidad de un pueblo explotado y creyente. Camino emprendido por el conjunto del pueblo de Dios que deja atrás una tierra de opresión y busca sin ilusiones pero con firmeza, encontrar su ruta en medio del desierto. Espiritualidad “nueva” como nuevo es también el amor del Señor que invita al rechazo de la inercia e impulsa a la creatividad”³².

Espiritualidad **misionera** que no le permite a la Iglesia quedarse centrada en ella misma, sino que la impulsa a compartir su fe en Jesucristo saliendo a los caminos para encontrarse con las esperanzas y las tristezas de los hombres y mujeres de este tiempo. Le exige “un desplazamiento continuo, no meramente físico, sino principalmente de actitudes y de mentalidades”³³. En este salir a los caminos para

³² Gutiérrez, Gustavo. “Beber de su propio pozo” CEP Lima. 1983, 50.

³³ “Jesucristo, la buena noticia en la experiencia misionera”, Comunicado del IEME al Congreso de Pastoral Evangelizadora, celebrado en Madrid del 11 al 14 de septiembre de 1997, en Rev. Misiones Extranjeras n°161, 519.

compartir el evangelio de Jesucristo la Iglesia fortalece y renueva su identidad.

Una espiritualidad **comprometida con los pobres** que, en el contexto histórico actual, marcado por brechas de desigualdad y marginación entre los pueblos y las personas, impulsa a la Iglesia a comprometerse vivamente con la causa de los pobres “porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la Iglesia de los pobres”³⁴. Una opción por la vida que, ha señalado el camino histórico para encontrar a Jesús en nuestras vidas. Camino de espiritualidad de muchos hombres y mujeres en nuestro continente, rubricado con la entrega cotidiana y total de sus vidas al servicio de la liberación de los débiles y necesitados. No ha estado ausente la muerte martirial, testimonio de los que buscan el Reino de Dios y su justicia.

Una espiritualidad que **busca la reconciliación** como camino y signo de fraternidad universal. Una reconciliación que requiere pasar por el terreno del hermano o la hermana que han sido víctimas de la injusticia y reconocer en él o ella el rostro sufriente de Dios que nos interpela, reclama justicia y abre su corazón al perdón.

Una espiritualidad que, fundada en la resurrección de Jesús, **celebra la vida**. Comentando los difíciles años de violencia que se vivió en el Perú, tiempo en que era un privilegio continuar vivo, Felipe Zegarra nos dice: “se aprendió también a acoger la vida y agradecerla, dar gracias al Señor por ella, cada vez que se presentaba la ocasión: aprendimos así el significado de la gratitud del amor de Dios (1Juan 4,8y16) y de la oración de acción de gracias”³⁵.

La fracción del pan expresa la solidaridad con el que sufre y proclama la victoria del Resucitado que da vida y alimenta la

³⁴ Juan Pablo II. Laborem Exercens n° 8

³⁵ Zegarra, Felipe, “Goce y defensa de la vida”, en *Páginas* n° 183, 31. el autor añade “La prolongada e inhumana experiencia de aquellos años nos fue haciendo cada vez mas conscientes de que, como cristianos, tenemos la permanente responsabilidad de *promover la vida...*comenzando precisamente por aquellos que mas sufren, hasta lograr la auténtica fraternidad y comunión. Y todo ello -y mucho más nos queda por descubrir y practicar- como experiencia de una honda espiritualidad cristiana. Que el Señor de la vida nos impulse por ese camino”.

esperanza. Se trata, nos recuerda Jon Sobrino, “de una honradez primigenia con la realidad, según la cual, a pesar de todo, se es capaz de reconocer, junto con otros, lo bueno y lo positivo, en cosas pequeñas o grandes, lo cual tiene su propia dinámica a ser celebrado. Esa honradez con lo bueno de la realidad es la de Jesús cuando se alegra de que los pequeños hubiesen entendido los misterios del reino, cuando celebra la vida con los marginados o cuando invita a llamar a Dios Padre de todos”³⁶.

Una espiritualidad misionera que va dibujando en la historia, el rostro de una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual.

Por eso, hoy, con María, madre de Dios y madre nuestra, podemos cantar:

El Señor hace maravillas en la historia,
Santo es su nombre.
Levanta a los pobres del polvo.
En su misericordia se acuerda de la humanidad
y está con nosotros y nosotras hasta el final de los tiempos.

³⁶ Sobrino, Jon, “Jesús y pobres. Lo meta-paradigmático de las cristologías”, en *Rev. Misiones Extranjeras* n° 161, 510.

Sumario:

La Misión, en el mundo actual, debe enfrentar varios desafíos. Monseñor Francois Lapierre enuncia los más importantes: la globalización y el supermercado religioso, el modelo de desarrollo neoliberal que genera grandes desigualdades y pone en peligro el equilibrio ecológico del planeta, el problema de la deuda externa que hace imposibles los proyectos de transformación social, el fenómeno de la droga y el narcotráfico. El futuro de la Misión está en salir de la mentalidad parroquialista y abrirnos a la solidaridad entre las Iglesias, haciendo el aprendizaje del dar y del recibir; desarrollar una cultura del diálogo con hombres y mujeres de buena voluntad para dar testimonio de la llegada del Reino de Dios; y proclamar el amor de Dios manifestado en Jesús, el Señor, más allá de las fronteras del Continente.

La misión
y los desafíos
del mundo actual

Mons. Francois Lapierre, p.m.e
Obispo de Saint-Hyacinthe, Canadá

En primer lugar, quiero manifestarles mi alegría de estar aquí para este CAM2, también compartirles mi preocupación por el tema que ustedes me han pedido tratar ya que no es un tema simple.

Como ustedes pueden oírlo yo hablo el español con un acento, tengo problemas a pronunciar la letra "R"! Este acento nos recuerda que nosotros también hablamos de la experiencia cristiana con nuestro propio acento. Por mi parte yo les hablaré con mi acento que viene de Québec, una tierra de habla francesa en el Canadá. Se dice que en mi país hay solamente 2 estaciones: el invierno que acaba de pasar y el próximo!

El tema será tratado en tres puntos: primero sobre los desafíos que presenta el mundo actual a la misión, luego cómo estos desafíos nos llevan a ver la misión y por último las implicaciones para nuestras Iglesias en América.

1. Desafíos que el mundo presenta a la misión

Nosotros conocemos algunos de los desafíos del mundo actual. Se ha vuelto prácticamente común hablar de mundialización y de globalización. Este proceso no es nada nuevo, está presente sobre todo en nuestro continente desde el siglo XVI. Sin embargo, hoy toma nuevas formas.

118

Toda la tierra se ha vuelto un gran supermercado. Todo puede ser transformado en mercadería. Aun la misma religión obedece a esta ley de oferta y demanda. Hoy hay que probar que una vida con un elemento trascendental es una vida más rica que una vida puramente materialista.

Nosotros sabemos que esta globalización de la economía, lejos de desaparecer las desigualdades, mas bien las acentúa. Hay ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres. Esto es cierto tanto en los países más ricos como en los países más pobres.

Mucha gente en nuestro continente no tiene trabajo. Otros viven la experiencia de lo precario del trabajo, y el tema de la incertidumbre a perderlo se ha vuelto cotidiano. De otra parte, está el tema de los trabajadores temporales que también tienen condiciones de vida muy difíciles; es una realidad que yo puedo constatar en mi propia diócesis.

El modelo de desarrollo neo-liberal no solamente crea grandes desigualdades sino también pone en peligro el equilibrio ecológico de nuestro planeta. Por primera vez en la historia de la humanidad, tomamos conciencia que la vida misma de nuestro planeta está en peligro si no cambiamos nuestra manera de vivir.

El modelo de desarrollo actual ha generado en los países más pobres una deuda externa que hace imposible los proyectos de transformación social. Como lo escribe el Papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica "Ecclesia in América": "Sólo el pago de los intereses constituye para la economía de los países pobres un peso que les quita a las autoridades la disponibilidad del dinero necesario para el desarrollo social, la educación, la salud y la institución de fondos para crear trabajo" (Ecclesia in América 22).

Frecuentemente no nos damos cuenta de la prioridad de las relaciones comerciales sobre las humanas, del tener sobre el ser, que crean un gran vacío existencial y espiritual. Víctor Frank, psiquiatra, afirma que cada época tiene sus propias neurosis y necesita su propia psicoterapia. Él observa que la gran frustración actual no es la sexual como lo era en la época de Freud, si no más bien, es la frustración existencial.

Una de las realidades actuales que expresa bien este tipo de frustración lo constituye la droga. Se produce en el sur de nuestro continente, se almacena en el centro y se vende en el norte. Un obispo me dijo un día que si yo quería morir mártir, solamente tenía que oponerme al poder de la droga.

Últimamente, tuvimos un retiro con jóvenes de la calle de la ciudad donde yo vivo. El tema de la jornada fue “Ser del mundo sin ser del mundo”. Ahí, yo veía un espacio de búsqueda de un nuevo humanismo cristiano. El retiro funcionó muy bien hasta que tres de estos jóvenes descubrieron una plantación de marihuana cerca de la casa donde nos alojábamos. Vi esta experiencia como una parábola de los tiempos que nosotros vivimos, el signo del declive de una civilización.

Felizmente tenemos signos de la búsqueda de una nueva civilización. Hay que mencionar la conciencia cada vez mayor por los derechos humanos y la dignidad de la persona humana. Las gigantes manifestaciones contra la guerra en Irak, nos muestran que muchos cuestionan esta civilización que ve la violencia y la guerra como respuesta a los problemas actuales del mundo.

2. El futuro de la misión

¿Cómo esta realidad del mundo interpela a nuestras Iglesias?. ¿Qué significa la misión en toda esta realidad?. ¿Cuál es la palabra que nos dice el Señor en esta realidad?. La misión no consiste en tener un mensaje preparado sino en descifrar la Palabra de Dios en este contexto.

Yo les traigo algunas pistas para reflexionar. El objetivo de esta intervención no es traer todas las respuestas sino más bien suscitar la reflexión.

a. *Mundialización y mentalidad parroquial*

Durante muchas décadas, hemos estado acostumbrados a pensar que el problema mayor del mundo era la confrontación Este-Oeste. Hoy, estamos conscientes que el gran desafío, son las relaciones Norte-Sur. Es mi convicción que la Misión puede jugar un rol importante para ir más allá de estas fronteras, de este muro que existe en el mundo actual.

Un desafío que nos presenta el mundo actual, es el de una comunión más intensa entre las Iglesias de nuestro continente como lo desea el Sínodo de América. Tenemos que salir de la mentalidad parroquial y abrirnos a una mentalidad más solidaria entre Iglesias. Necesitamos vivir la experiencia de la globalización de la esperanza.

Toda la tradición de nuestra fe nos dice que el Espíritu de Dios está presente en el encuentro y es un momento gratuito más allá de las categorías de lo útil y lo inútil. Cuando leemos el Evangelio, nosotros vemos que Jesús vivió múltiples encuentros gratuitos, y que manifestó el amor del Padre a través de esos encuentros y relaciones que condujeron a la amistad y a la fe en Cristo. Lo vemos en el caso de la Samaritana a quien el sentimiento de culpa de su vida pasada le impedía vivir una vida nueva.

En los primeros capítulos del Evangelio de San Lucas, encontramos el texto de la Visitación de María a su prima Isabel. Este es un magnífico modelo del anuncio del evangelio de la vida. Estas son dos mujeres pobres, dos mujeres embarazadas, y es un reencuentro inter-generacional.

Esta visitación nos recuerda que “Dios visita y libera”, que es primero la Misión de Dios. La Misión no es geográfica sino más bien teológica. Nosotros también podemos vivir la experiencia cada vez que salimos de nosotros mismos y nos encontramos y nos abrimos al otro, como María lo hizo con su prima Elizabeth.

Durante siglos, los misioneros fueron del norte hacia el sur pero hoy con la inmigración, con los trabajadores temporales, se están desarrollando nuevas experiencias misioneras. ¿Podría haber más contacto entre las Iglesias de donde provienen estos trabajadores y aquellas que los reciben?

Ninguna Iglesia puede encontrar solución a todos sus problemas encerrada en ella misma. El magnífico decreto “Ad Gentes” nos dice que es la caridad que va al último rincón del mundo y que renueva la Iglesia. La Iglesia muere cuando se encierra sobre ella misma.

Desde hace algunos años, yo me di cuenta que los jóvenes de nuestras diócesis que se comprometen en la vida de la Iglesia, a menudo son jóvenes que han vivido los proyectos de solidaridad, y que han abierto sus vidas a los más pobres de nuestro planeta.

Esta nueva visión de la relación entre el norte y el sur, me parece que nos puede ayudar a desarrollar una nueva conciencia de nuestro continente y de nuestra misión como punto de encuentro. Necesitamos desarrollar la reciprocidad, vivir la misión como un aprendizaje del dar y del recibir y no solamente dar, sino dar y recibir.

b. Misión y diálogo

No podemos limitar la Misión a las fronteras de nuestro continente. El 11 de septiembre de 2001, los kamikaces que se estrellaron en las torres de World Trade Center en New York, lo hicieron en el nombre de Dios. Aquellos que los combaten también lo hacen en el nombre de Dios.

Samuel Huntington, en su famoso libro “El Choque de las Civilizaciones”, afirma que hoy en las diferentes culturas, la única fuerza central capaz de movilizar a las personas es la religión. Él cree que vamos hacia un enfrentamiento entre las civilizaciones.

Actualmente hay que reconocer que no faltan quienes quisieran desarrollar una nueva mentalidad de cruzadas frente al Islam. Y continúan viviendo como en el pasado, con una visión de la misión como conquista. Uno de los desafíos más grandes para nosotros hoy es vivir la misión como diálogo.

Desde el Concilio Vaticano II, muchos documentos nos han hablado de la importancia de desarrollar una cultura de diálogo. No es suficiente congratularse con esta mentalidad de apertura de la Iglesia como si se tratara de una nueva actitud de tolerancia. Hay también que reflexionar sobre los fundamentos de esta nueva actitud.

Hoy existe en la Iglesia una nueva valorización de las religiones. En un importante discurso pronunciado en el encuentro d'Assise en 1986, el Papa Juan Pablo II pronunció palabras de gran importancia



para el diálogo interreligioso afirmando que “cada oración auténtica es suscitada por el Espíritu Santo que misteriosamente está presente en el corazón de cada persona humana”.

Se cuenta que un monje de una de las grandes tradiciones religiosas orientales del mundo tenía interés por el cristianismo. Fue a visitar a un misionero para tener información, pero el misionero no tenía tiempo de atenderlo y se deshizo del monje dándole una copia del Evangelio de San Juan, diciéndole que lo leyera y que regresara.

Algunos meses más tarde el misionero vio de repente al monje en la calle. Se recordó de quién era y le preguntó si había leído el Evangelio. El monje le dijo que no, porque la primera línea de la lectura, “en el comienzo era el Verbo” lo había desconcertado, y no había podido continuar. “¿Por qué ustedes los cristianos no piensan que en el comienzo era el silencio?” Preguntó el monje. “Ustedes deben de tener un Dios que es bullicioso!”.

Como lo vemos, el diálogo no es una realidad fácil y toda religión tiene sus ambigüedades. Pero el diálogo nos recuerda que la misión de la Iglesia no es primero aumentar el número de cristianos, sino en un diálogo con hombres y mujeres de buena voluntad para dar testimonio de la llegada del Reino de Dios.

Esta cultura del diálogo me parece particularmente importante en un mundo donde muchos creen dar soluciones a los problemas del mundo a través de la violencia y la guerra. La cultura del diálogo es una cultura de Paz. Todo diálogo verdadero es una aventura.

c. *El anuncio del evangelio*

La necesidad del diálogo no le quita nada a la urgencia de la Misión, que normalmente, tiene que ir hasta el anuncio explícito de Jesucristo. En el corazón de la Misión, hay un inmenso deseo de proclamar el amor de Dios manifestado en Jesús, el Señor. Este deseo que vive en el corazón de los grandes misioneros, yo pienso en San Francisco Xavier muerto en una isleta frente a la China, quemándose del deseo de anunciar el Evangelio.



En nuestro país se habla seguido de una crisis de la fe; yo me pregunto si no se trata mas bien de una crisis del deseo. La sociedad de consumo donde vivimos amenaza la extinción del deseo. Esto tal vez explica que muchos se quejan de las dificultades donde nosotros vivimos pero pocos están listos a comprometerse.

Un Padre de la Iglesia dijo “hay muchos Padres pero pocos obreros”; es bueno darse cuenta del mal funcionamiento de las estructuras, pero hacen falta nuevos actores comprometidos aun con sus vidas para crear un mundo nuevo.

Recientemente, nosotros vivimos en nuestra diócesis la llegada de un joven en misión. Durante la homilía yo recordé que el bautizo nos es dado no solamente para la salvación sino también para la misión. Después de la celebración, el padre de este joven me dijo que este vínculo entre bautizo y misión lo había ayudado a comprender el sentido de la vocación de su hijo.

En el Evangelio de San Marcos vemos que el Espíritu Santo vino sobre Jesús en el momento de su bautizo en la forma de una paloma. Un comentador de este Evangelio señalaba que el significado de la palabra paloma en hebreo se dice “yonah” que nos recuerda al profeta Jonás enviado a la gran ciudad de Nínive.

Jonás tuvo miedo de ir a Nínive, necesitó un retiro de tres días en el vientre de una ballena para decidirse a hacer la ruta que Dios le indicó. Nosotros también tememos a menudo anunciar el Evangelio en las grandes ciudades y, sin embargo, estas grandes ciudades juegan un papel importante en el mundo actual. Ellas representan un desafío inmenso para la misión.

Esta experiencia del bautizo de Jesús nos recuerda que el bautizo nos configura al Cristo enviado por el Padre. La conciencia de ser enviado estuvo en el corazón de la experiencia espiritual de Jesús.

A menudo hay quejas que después de haber recibido los sacramentos de la iniciación, muchos se alejan de la Iglesia y a veces de la fe. ¿La causa de esta situación no viene del hecho que no hayan descubierto la misión?.



El Padre Jean Monbourquette escribió un libro que fue un “best seller” en nuestro país, el libro se llama “A cada uno su misión, descubrir su proyecto de vida”. El libro muestra los beneficios de descubrir su propia misión. Él sigue un lineamiento iniciático que comprende 3 etapas: delante de su pasado vivido, soltar presa y no aferrarse, profundizar su identidad, su misión y osar a vivir un nuevo amanecer como punto de partida en su vida.

3. Actitud a desarrollar en la Iglesia

Cuando Monseñor Julio Cabrera me escribió para invitarme a participar en este congreso, me decía que él esperaba que este congreso nos ayudara a escribir una página de Los Hechos de los Apóstoles de hoy.

A menudo tenemos una visión novelesca del libro de Los Hechos, un esquema simplista de la expansión constante y gloriosa de la Palabra, de Jesuralén hasta Roma. Esta visión desafortunadamente no resiste a una lectura cuidadosa. Al final del libro de los Hechos, encontramos un Pablo aislado en el apartamento que le sirve de celda en Roma. Su misión aparentemente es un fracaso, y esto también parece ser una ley de la misión.

Pero el libro de los Hechos termina afirmando que Pablo “enseñaba lo que se refería al Señor Jesucristo con una completa seguridad y sin obstáculos” (Hechos 28,31). Actualmente, me parece que esta actitud se adapta a la situación que vivimos. La completa seguridad, es la “parrresía” una palabra muy importante en la cultura griega que quiere decir seguridad, coraje, entusiasmo, vigor. Una palabra que quiere decir que no estamos a la defensiva y que no practicamos la irresponsabilidad o la fuga.

El libro de los Hechos nos dice también que Pablo enseñaba “sin obstáculos” es decir que la Palabra de Dios no esta encadenada (Tm. 2,9), nada puede detener su camino. Este es el fundamento de nuestra esperanza.



Trigésimo Aniversario del ITEPAL

El ITEPAL, ha cumplido 30 años de su fundación. El 4 de Marzo de 2004 se celebró fecha tan importante para el caminar de la Iglesia latinoamericana, pues centenares de agentes pastorales de todo el Continente han pasado por sus aulas, desde que se abrió, en la ciudad de Medellín, el 4 de marzo de 1974.

Quince años más tarde, en 1989, traslada su sede a Bogotá, donde funciona actualmente. “Esta nueva sede está ubicada en un amplio terreno de dos hectáreas y media de superficie, sobre las estribaciones de una pequeña colina que le da una hermosa vista sobre la Sabana de Bogotá, en medio de amenos jardines. Las instalaciones comprenden, además de la residencia de los directivos y profesores, modernos locales para la capilla, aulas de clase, biblioteca, oficinas, servicios de cocina y comedor, canchas de basket y volley-ball y cuatro agradables kioscos, con hermosa vista, para trabajos en grupo o esparcimiento de los estudiantes” (No. Revista Medellín, 58-59 Págs. 273-274). Diez años después se construyó la Capilla actual, que se ha convertido en el corazón del Itepal.

Ante las nuevas urgencias de formación pastoral, las instalaciones, especialmente las aulas de clase, fueron ya insuficientes para atender de la manera que se merecen los estudiantes que vienen de América Latina y el Caribe. Los trabajos de construcción de un nuevo edificio y de ampliación de las instalaciones, iniciados a finales del año pasado, están por concluirse. En julio del presente año serán inauguradas la ampliación de la biblioteca, las habitaciones para profesores, el Centro Bíblico y las nuevas aulas de clase para atender de la manera que se merecen los estudiantes que vienen de América Latina y el Caribe.

En los últimos años, alrededor de 700 estudiantes pasan anualmente por sus aulas, frecuentando la variedad de cursos y diplomados en teología y pastoral. Desde el año 2000, con el aval de la Universidad Pontificia Bolivariana se ofrecen cinco licenciaturas en Teología con énfasis en Misionología, Catequética, Comunicación Social, Formación Sacerdotal y Teología Pastoral.

Sumario:

En el inicio del siglo XXI la Misión Ad Gentes, como dice el Papa Juan Pablo II, corre el riesgo de ser raquítica, olvidada y abandonada. Monseñor Victorino Girardi urge volver a la experiencia que, hace casi 2000 años, tocó profundamente el corazón de los apóstoles: ser testigos y dar testimonio de la vida, pasión, muerte y resurrección del Señor. El autor, después de aclarar algunas nociones fundamentales sobre lo que es la "Misión Ad Gentes", profundiza en su fundamento místico-espiritual y describe algunos de los retos más importantes como la misión-anuncio como derecho de los pueblos, la posibilidad de la salvación en las otras religiones, la opción por los pobres como prueba de fidelidad en la misión, la fortaleza en medio de los conflictos y la actitud de respeto para no caer en posturas simplemente proselitistas.

La misión
"Ad gentes" en el inicio
del siglo XXI

Monseñor Victorino Girardi Stellin,
m.c.c.j.
Obispo de Tilarán, Costa Rica

1. Introducción

En esta breve “introducción” quisiera que tuviéramos presente el contexto de la sorprendente paradoja en que nos encontramos desde el punto de vista misionero. Juan Pablo II hacia el final de su encíclica misionera, la “Redemptoris Missio”, escribía: “Veo amanecer una nueva época misionera que llegará a ser un día, radiante y rica en frutos, si todos los cristianos, y en particular, los misioneros y las jóvenes Iglesias responden con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de nuestro tiempo” (n. 92).

Son palabras proféticas que anuncian un “Kairós”, un tiempo de gracia y un momento privilegiado de la misión. Sin embargo el Santo Padre presenta “condiciones” para que su profecía pueda realizarse, cuando dice: “*si las Iglesias jóvenes responden con generosidad y santidad a los desafíos de nuestro tiempo*”. Él se dirige especialmente a nosotros, misioneros e Iglesias jóvenes, para “responsabilizarnos” del momento actual de la misión, y de la “hora misionera de América” (SD 295).

Es verdad, nuestras Iglesias ya han producido abundantes frutos misioneros, y especialmente a partir de los Documentos de Puebla (cfr. su n. 368) se ha ido profundizando y difundiendo la conciencia de que toda Iglesia particular, desde el momento de su constitución, es por su naturaleza misionera y que debe proyectarse más allá de las propias fronteras: “toda Iglesia y cada Iglesia es enviada “ad gentes”, afirma Juan Pablo II (RMi 62).

Sin embargo, en esta “nueva primavera” del Cristianismo hay también confusión e incomprendiones que contrastan fuertemente con lo que acabamos de afirmar. “La misión específica” ad gentes

parece que se va difiriendo –nos dice la misma RMI en el n. 2- no ciertamente en sintonía con las indicaciones del Concilio y del Magisterio posterior. Dificultades internas y externas han debilitado el impulso misionero de la Iglesia hacia los no-cristianos, lo cual es un hecho que nos debe preocupar a todos los creyentes. Se tiene la impresión que las "Misiones" o "Misión ad gentes" tenga el constante riesgo de *diluirse* en la Misión genérica de la Iglesia, que equivale a la actividad pastoral de la Iglesia local. Es, por eso, que el Santo Padre usa adjetivos de un fuerte sentido negativo: "hoy en día la misión ad gentes corre el riesgo de ser *raquítica, olvidada y abandonada*" (RMI 34). Encontraba yo reflejada la misma preocupación en un misionero que me comentaba recientemente: "tengo la impresión que ya se ha dicho y escrito más que lo suficiente acerca de las misiones, pero no acabamos de decidirnos; los que se atreven a salir son demasiado pocos".

Para iluminar mejor esta situación de sorprendente paradoja es útil tener presente cuanto se afirma en el decreto "Ad Gentes" del Concilio Vaticano II. Por primera vez en la historia de los 21 Concilios Ecuménicos que han marcado el caminar de la Iglesia, se nos ha insistido que si ha sido posible "conocer" la densidad amorosa de Dios en la profundidad misteriosa de la Santísima Trinidad ("su naturaleza") gracias a su manifestación histórica, es decir, a su éxodo o salida por medio de las Misiones o Envíos de la Segunda y Tercera personas divinas con su término en el tiempo (Encarnación y Pentecostés), así es posible conocer realmente a la Iglesia, si ésta se proyecta, en fidelidad a su Fundador y al Espíritu que la anima, más allá de sus fronteras, "ad gentes".

De allí que la misma *Redemptoris Missio* afirma que la Misión ad gentes, "es la actividad *primaria* de la Iglesia, esencial, y nunca concluida... la responsabilidad más específicamente misionera que Jesús ha confiado y diariamente vuelve a confiar a su Iglesia (n. 31). "Sin ella, la misma dimensión misionera de la Iglesia estaría privada de su significado fundamental, de su actuación fundamental y de su actuación ejemplar" (n. 34). Sin embargo, nuestra realidad, hoy en día, se nos manifiesta en abierto contraste con estas afirmaciones, precisamente a partir del Concilio Vaticano II, la salida de misioneros y misioneras han ido disminuyendo en la Iglesia. Y por cuanto se

refiere a América, asumimos el análisis de Santo Domingo: “la conciencia misionera “ad gentes” es todavía insuficiente o débil” (SD 126); “Descargamos sobre unos pocos “delegados” lo que es tarea irrenunciable de cada cristiano” (cfr. 80, 127).

Todo nos urge volver a la *experiencia* que hace casi 2000 años tocó profundamente el corazón y la vida de Pedro, de Juan, de Santiago, de María, de Pablo y de muchos más. Pocos han expresado esta experiencia fundante tan bien como Pedro, el pescador de Galilea al que conocían desde la infancia como Simón: “Ustedes conocen lo sucedido en toda Judea, comenzando por Galilea (...). Como Dios ungió a Jesús de Nazareth con Espíritu Santo y poder y como Él pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el Diablo, porque Dios estaba con Él; y *nosotros somos testigos* de todo lo que hizo (...) y nos mandó que predicásemos al Pueblo y que *diésemos testimonio* de que Él está constituido por Dios juez de vivos y muertos” (Hch 2,36-42).

La *experiencia* de Pedro es la misma que han reflejado, una vez más, los más de 2000 obispos reunidos en Roma, veinte siglos después, en el Concilio Vaticano II: “La Iglesia ha recibido el Evangelio (!la más maravillosa noticia que jamás la humanidad haya escuchado!) como anuncio y fuente de salvación. Lo ha recibido como un don de Jesús, enviado por el Padre “para anunciar a los pobres el mensaje de alegría” (Lc 4,18), lo ha recibido por medio de los Apóstoles, mandados por Él a todo el mundo (cfr. Mc 16,15; Mt 28,19-20). Nacida de esta acción evangelizadora, la Iglesia siente dentro de sí misma cada día la palabra del Apóstol: ¡Ay de mi si no evangelizare! (1 Cor 9,16). Y entonces sigue *incesantemente enviando evangelizadores y misioneros* a donde el Espíritu Santo abra las puertas al anuncio de la Palabra” (cfr. LG 16 y 17).

Hay que reconocerlo: son todavía muy pocos los que nuestras Iglesias locales pueden enviar. Nos viene a la memoria la afirmación del profeta Isaías: “los niños piden pan, pero no hay quien se los reparta”.

Es, en este contexto, que se comprende la preocupación de Juan Pablo II al entregarnos su encíclica misionera *Redemptoris Missio*:

"En nombre de toda la Iglesia -escribe- siento imperioso el deber de repetir el *grito* de San Pablo: ¡Ay de mi si no predicara el Evangelio!". Desde el comienzo de mi pontificado he tomado la decisión de viajar hasta los últimos confines de la tierra para poner de manifiesto la solicitud misionera" (RMi 1). Dejemos que resuene fuerte dentro de nosotros el grito de Pablo, Apóstol de las gentes y de Juan Pablo II, misionero del mundo.

2. Aclarando nociones

Antes de proseguir conviene que recordemos lo que se entiende por "*misión ad gentes*", y que tengamos al respecto, pleno acuerdo, lo digo porque la experiencia de participación en no pocos encuentros de misionólogos y en muchos congresos misioneros, me confirma que es constante el riesgo de diluir la "misión ad gentes" en la común -y por cierto necesaria- actividad pastoral de nuestras iglesias particulares.

La evangelización del mundo se realiza dentro de un panorama muy diversificado y cambiante, que da lugar a situaciones diversas para que las propuestas apostólicas sean bien diferenciadas. Es verdad, como único es Dios, único el Salvador, única es la Iglesia, y única es la humanidad a que ella está destinada como servidora, una y única es la Misión, como ha quedado reflejado en nuestro lema: "Iglesia, tu vida es Misión". Sin embargo, esta única Misión queda diversificada por las características de sus destinatarios. Tenemos así *la misión ad gentes*, como respuesta a la situación de aquellos pueblos (o si queremos, "espacios humanos"), grupos, contextos socio-culturales en donde Cristo y su Evangelio no son conocidos y en donde faltan comunidades cristianas constituidas (cfr. RMi 33; AG 6).

No debemos, ni podemos olvidar que el mandato misionero de Cristo a sus Apóstoles, los destinaba precisamente a tales grupos humanos y por lo tanto -digámoslo otra vez- tal actividad debe ser siempre prioritaria en el conjunto de las tareas que forman parte de la misión global de la Iglesia. Es su principio unificador, como el amor es su fundamento. El uno y el otro han quedado cifrados en el doble mandamiento: "Ámense como yo los amé" (Jn 15,12) y "*vayan*

por todo el mundo” (Mt 28,19). La “*misión ad gentes*” se caracteriza por realizar el primer anuncio de Cristo y de su Evangelio, por la edificación de la Iglesia local y por la promoción de los valores del Reino. Como pone de relieve con innegable énfasis el decreto “Ad Gentes” en su n. 6, la “*misión ad gentes*” arranca de dos “nondum”, es decir, de dos *aún no*, de dos ausencias: la del mensaje de Cristo y la de Iglesia. Volvamos a destacarlo; entre los rasgos que caracterizan a esta acción prioritaria en la Iglesia, evidenciamos:

- El anuncio directo y gratuito de Jesucristo y del Reino de Dios que va más allá de la sola comunicación de los valores evangélicos.
- La audacia misionera para ofrecer la Buena Noticia y hacer presentes las exigencias del Reino de Dios.
- La edificación de la Iglesia en los lugares y ámbitos donde se inicia el acceso a Jesucristo, y el nacimiento de una comunidad que celebra su fe cristiana.

Actualmente se está difundiendo, entre los misionólogos y los que trabajan en la animación misionera, el uso de cuatro **ad**, es decir, de cuatro **hacia**, para expresar de un modo sintético lo esencial de la actividad misionera específica:

- “**Ad gentes**”, expresión que subraya la urgencia del anuncio hacia cuantos no conocen a Cristo y su Evangelio. Apunta a su vez, a la escucha y al diálogo con las grandes religiones, las religiones tradicionales o “cósmicas” y los nuevos “areópagos” que el mundo actual abre cada día más amplios y que pareciera que no se dejan alcanzar por el anuncio de la “Buena Noticia”.
- “**Ad extra**”, expresión que indica ante todo el movimiento de Cristo mismo “salido del Padre y venido al mundo” (Jn 16), y como consecuencia la disponibilidad a salir del propio País, acentuando así la universalidad de la misión que implica tener constantemente presente las palabras de Cristo Resucitado: “vayan por *todo* el mundo” (Mc 16) y la urgencia de compartir el don de la fe y el servicio entre las Iglesias, aunque sea desde la “pequeñez y la pobreza”, o precisamente por eso. Todo esto



no excluye que haya situaciones de "primer anuncio" dentro del propio País o grupo humano, como es el caso de muchas regiones de África, de casi todos los de Asia, en donde el cristianismo está todavía "en ciernes", de algunos de nuestra América y entre los "nuevos Areópagos" especialmente de América del Norte y de Europa. En tal caso hablemos de "*misión ad gentes ad intra*", pero con todas las características y la necesidad de heroísmo cristiano propios de la labor específica del primer anuncio.

- "***Ad vitam***", con ella se quiere resaltar la dedicación total a la misión que nace y se nutre de una experiencia de amor con Dios, origen y fuente de la consagración a la misión. Conscientes, por otra parte, que es la misión misma que posee una extraordinaria fuerza consagratória como lo manifiestan las biografías de los misioneros de todos los tiempos, de Pablo a Francisco Javier, de Santo Toribio de Mogrovejo a San Daniel Comboni, de Teresa de Lisieux a Teresa de Calcuta. No se excluye, sin embargo, que en conformidad con la propia vocación y carismas, sea auténticamente misionero el servicio de quien pueda entregarse al anuncio del Evangelio durante unos años.
- "***Ad pauperes***". Con esta expresión se quiere subrayar el servicio de la Iglesia y su entrega en favor de los más pobres, a ejemplo de Jesús. En el ámbito social son pobres los que sufren la injusticia, las víctimas de las guerras, los que padecen la escasez de los medios económicos, los hambrientos, los privados de derechos humanos, los refugiados, etc. Desde el punto de vista espiritual, *pobres* son los que no conocen a Jesús, siendo ésta la forma más radical de pobreza. Afirma la RMI al respecto: "la aportación de la Iglesia y de su obra evangelizadora al desarrollo de los pueblos abarca no sólo el Sur del mundo, para combatir la miseria y el subdesarrollo, sino también el Norte, que está expuesto a la miseria moral y espiritual causada por el superdesarrollo" (n. 59). El exceso de opulencia es nocivo para el hombre tanto y más a veces, que el exceso de pobreza.



3. Fundamento místico-espiritual de la misión “Ad gentes”

Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte* en el n. 30, escribe: “En primer lugar, no dudo en afirmar que la perspectiva en la que debe situarse el camino pastoral (y entonces *misionero*, añadimos nosotros) es el de la santidad”. Ya lo había afirmado en la RMI: “El verdadero misionero es el Santo. La llamada a la misión deriva de por sí de la llamada a la santidad (...) la santidad es un presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia” (RMI 90 y CHL 17). La vocación universal a la santidad está pues estrechamente unida a la vocación universal a la misión.

En la misma Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, el Santo Padre nos explica cómo hay que entender la santidad. Esta es ante todo “pertenencia” a Aquel que es por excelencia el Santo. Por el bautismo ya “somos del Señor”, le pertenecemos: se trata de pertenecerle en totalidad, a través de un compromiso que ha de seguir toda la vida cristiana y, por tanto, nos hace rechazar casi por instinto un estilo de vida mediocre, llevada adelante según una *ética minimalista*, al margen del estilo de Jesús que “habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo” (Jn 13,1) hasta la “exageración”.

Estas afirmaciones del Santo Padre me hacen recordar dos “iconos” bíblicos, y los dos de claro significado misionero “ad gentes”. El primero es el de Jn 12,10-33: “Entre los que habían llegado a Jerusalén para dar culto a Dios con ocasión de la fiesta, había algunos *griegos*. Estos se acercaron a Felipe, que era natural de Betsaida de Galilea y le dijeron: Señor queremos ver a Jesús”. Felipe se lo dijo a Andrés, y los dos juntos se lo hicieron saber a Jesús. Jesús contestó: “ha llegado la hora en que Dios va a glorificar al Hijo del hombre. Yo les aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo, pero si muere dará fruto abundante”.

“Quien ofrece su vida la perderá, quien sepa desprenderse de ella la conservará para la vida eterna. Si alguien quiere servirme, que me siga; *correrá la misma suerte que yo* (...) me encuentro profundamente angustiado. ¿Qué es lo que lo puedo decir?. ¿Padre



líbrame de esta hora?; ¡de ningún modo! porque he venido precisamente para aceptar esta hora (...) *una vez que yo haya sido levantado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí*. Con esta afirmación, Jesús quiso dar a entender la forma en que iba a morir“.

El contexto es claramente de “misión ad gentes”, en efecto Jesús no está dialogando con los judíos, sino con los griegos. ¡Ellos quieren ver a Jesús!. En su profundo deseo, preciso y concreto, podemos ver el de toda la humanidad aún no cristiana. Todo hombre que busque, escuchando su conciencia, la verdad, el sentido para la propia vida, busca en definitiva a Jesús, “Camino, Verdad y Vida”, aunque no esté consciente de ello.

Lo interesante, lo asombroso -diría- es que Jesús responde a su deseo, apuntando al misterio de su pasión y muerte, nada menos que 4 veces en tan breve texto: a través de la parábola del grano de trigo (Jn 12,26), por medio de la invitación a seguirle para correr la misma suerte, la descripción de un dramático combate interior (12, 27) y por fin la afirmación alusiva a su muerte en la cruz (12,32).

Con esta insistencia Jesús nos hace comprender que para conocerle realmente en su identidad debemos verle, contemplarle en su misterio pascual, pero a la vez nos invita a no separar en lo absoluto la cruz de la salvación del mundo y finalmente nos lanza la pregunta si estamos dispuestos a compartir su destino que es de plena disponibilidad a amar sin medida, encontrando en la cruz la medida de nuestra entrega.

Si la santidad es *pertenecer al Señor*, esto implica asumir su misión y su modo de llevarla a cabo. Nuestro Santo Padre lo ha dicho en varias ocasiones en sus mensajes a los jóvenes: es *dejarse seducir por Cristo*, como ha sido para Pablo que exclama: “Hasta cuando yo viva, viviré de la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó por mí” (Ga 2,19) y de allí que “todo lo considero pérdida, basura y daño con tal de lograr el sublime conocimiento de Cristo mi Señor” (Flp 3,8).

Son consideraciones que nos llevan a los pies de la Cruz para poner en práctica la profecía referida por San Juan: “mirarán al que



han traspasado” (Jn 19,37). Es la contemplación del corazón de Cristo, de su Rostro desfigurado en la Cruz y glorioso en Pascua, que nos fascina y nos vincula a Él y a su misión. Si ser misionero “ad gentes” en el siglo XXI, es ante todo ser “testigos” de Cristo, nuestro testimonio, nos recuerda Juan Pablo II, “sería enormemente deficiente si no fuésemos los primeros contempladores de su Rostro” (...) nuestra mirada debe quedarse más que nunca en el Rostro del Señor (NMI 16). El misionero es un cristiano que vive el asombro de la contemplación de la belleza (¡trágica en la Cruz!) del Rostro de Cristo.

Me ha impresionado fuertemente que la palabra *Rostro* aparezca 38 veces en los 59 números de su Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, y sólo en el capítulo 2do., que tiene como título “*Un Rostro para contemplar*”, aparezca 23 veces.

El contemplar su Rostro se vuelve experiencia transformadora que hace exclamar con Pablo: “para mi la vida es Cristo y la muerte una ganancia” (Flp 1,21). En Cristo, el misionero encuentra su tesoro y su alegría y retoma el camino para anunciar a Cristo al mundo, el que es “el mismo ayer, hoy y siempre” (Heb 13,8). Solo así Cristo “Luz del mundo” (Jn 8,12), posibilita que el misionero sea a su vez, como Él mismo lo ha pedido para sus discípulos, “luz del mundo y sal de la tierra”(Mt 5,14).

“Es una tarea -continúa diciéndonos Juan Pablo II- que nos hace temblar si nos fijamos en la debilidad que tan a menudo nos vuelve opacos y llenos de sombras. Pero es una tarea posible, si expuestos a la luz de Cristo, sabemos abrirnos a su gracia que nos hace hombres nuevos” (NMI 54).

Se trata de una experiencia tan íntima e implicadora, que uno “no puede callar lo que ha visto y oído”, como lo afirmaban los Apóstoles cuyo rostro había sido iluminado por la luz que irradiaba el de Cristo Resucitado. No sólo iban “gritando” la Buena Noticia, sino que ellos mismos se volvían “Buena Noticia” con su heroísmo y entrega incondicional, realizando una misteriosa identificación entre “mensaje y mensajero” (cfr. Hch 4,20).

Estas consideraciones me traen a la memoria una experiencia de mi infancia. Soy italiano, y cuando se terminó la segunda guerra mundial en 1945, yo acababa de cumplir 7 años. La palabra traída por alguien que llegaría de la ciudad vecina o que oiría en la radio local era *Armisticio*, es decir, *se terminó la guerra*. Y esa palabra, *armisticio*, fue corriendo de boca en boca, de casa en casa, de barrio en barrio, como *chispa en el cañaveral*, diría el Autor Sagrado (Sab 3,7), y la gente lloraba, se abrazaba, se besaba mientras se volcaba en las calles del pueblo: los años tremendos de la guerra habían terminado, habían quedado definitivamente atrás. Y lo que aquí nos interesa, es notar cómo nadie de aquella gente se preguntaba *por qué*, debía gritar, correr, salir a la calle. La grande noticia del fin de la guerra embargaba todos esos corazones, y se volvía en ellos, impulso irresistible a comunicar y "gritando", esa bella noticia.

Cuando un cristiano se siente "preso" por Cristo, fascinado por la belleza de su Rostro, no pide argumentos para *salir*, sino que se le haría violencia detenerle de su éxodo misionero, como les hacía violencia el Sanedrín a los Apóstoles cuando intentaba, con todos los medios, acallarlos.

4. Los retos de la misión "Ad gentes" al inicio del tercer milenio

Son múltiples y realmente desafiantes. Apunto aquí, los que me parecen de mayor importancia para el misionero que se atreve a *salir*.

4.1. Misión-anuncio como derecho de los Pueblos

Si la Iglesia tiene la tarea y la obligación de evangelizar, de enviar heraldos del Evangelio a todo el mundo, si ella sólo "existe para evangelizar, y evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda" (EN 14), dentro de la normal lógica que *a todo deber corresponde un derecho*, podemos afirmar que a los pueblos les corresponde el derecho a recibir de parte nuestra, el anuncio de Cristo "Camino, Verdad, y Vida". "Toda persona-declara enfáticamente Juan Pablo II- tiene el derecho a escuchar la

Buena Nueva de Dios que se revela y se da en Cristo, para realizar en plenitud la propia vocación” (RMi 46). En la *Redemptoris Missio*, se repite al menos otras 3 veces la misma idea (en los números 11, 40 y 44), retomada, por otra parte de la *Evangelii Nuntiandi* (1975) de Pablo VI. “Estas multitudes tienen derecho –escribía Pablo VI- a conocer la riqueza del misterio de Cristo” (cfr. Ef 3,8) (n. 53). “La Iglesia tiene ante sí una inmensa muchedumbre humana que necesita del evangelio y tiene derecho al mismo” (EN 57).

Al final de su *Evangelii Nuntiandi* Pablo VI vuelve sobre la misma convicción, pero desde otra perspectiva: “los hombres podrán salvarse –escribe- por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio, pero ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, miedo, vergüenza –lo que San Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio- o por ideas falsas omitimos anunciarlo? porque eso significaría ser infieles a la llamada de Dios” (n. 80).

Esta convicción debe acompañar siempre al misionero y a la misionera, de tal modo que va considerando su labor con tono de humildad, viendo en los destinatarios de su apostolado, no sólo a hermanos que él o ella benefician, sino como auténticos “bienhechores” que le dan el gozo de poder anunciar y comunicar lo que da sentido a su vida. Lo indico con el ejemplo de los santos: ¡Cuánto debió San Juan Bosco a los niños de la calle de Turín!, les debía la alegría de su entrega, de su paternidad y ¡cuánto debía San Daniel Comboni a los africanos!, les debía su heroísmo y su morir en la brecha, ¡ya que Cristo es también negro!

4.2. La posibilidad de la salvación en las otras religiones

La Iglesia y los misionólogos en ella, cuando se trata de acercarse al misterio de la salvación para los que profesan otras religiones, parten al menos de dos verdades fundamentales que dominan toda su complejidad. En primer lugar, la afirmación de la Primera Carta de San Pablo a Timoteo: “Dios quiere que todos los hombres se salven” (2,4). Se trata del dogma de la voluntad salvífica universal de Dios. Y si ésta es la voluntad de Dios, sin duda que Él da a todos sus hijos los medios necesarios y suficientes para su salvación, y se nos da en la situación histórica y cultural en donde cada uno se encuentra. En



segundo lugar, a nadie Dios juzga por algo de que no es responsable, y no es "culpable" pues el haber nacido en una religión tradicional de África o Asia, así como no lo es el haber nacido en el Shintoísmo, en el Hinduísmo o en el Budismo, como no es ningún "mérito", el haber nacido en una familia católica. Es por eso que ya no cabe hablar de *infieles*, término con que hasta hace pocos decenios se les designaba a todos los no-cristianos.

De la condena y del "anatema" de las tradiciones no cristianas, la Iglesia, y todo misionero en ella, han adoptado la disponibilidad al *diálogo inter-religioso* que (cfr, RMi 55-57) considera parte integrante de la "misión ad gentes". El diálogo no nace –por otra parte- de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu "que sopla donde quiere" (Jn 3,8). Con ello la Iglesia trata de descubrir las "Semillas de la Palabra" (AG 11 y 15), el "desafío de aquella verdad que ilumina a todos los hombres" (NAe 2), semillas y desafío que se encuentran en las personas y en las tradiciones religiosas de la humanidad. El diálogo se funda en la esperanza y en la caridad y dan "fruto en el Espíritu" (RMi 56).

Como lo ha afirmado Juan Pablo II, Dios abrazaba con su amor a todos los Amerindios aún antes que llegara a América la gran noticia de Cristo, Hijo de Dios, muerto y resucitado por nuestra salvación, y entonces debían darse *signos* de este amor entre los Amerindios y en las culturas que ellos desarrollaron.

Esto comporta que el misionero se acerca hoy en día a los pueblos que pretende evangelizar con un enorme respeto, con actitud de búsqueda humilde y paciente de todos los valores "cristianos" presentes entre los destinatarios de su labor misionera. Pero a la vez debe estar animado de auténtica "parresía" o audacia evangélica para proclamar –allí donde el Espíritu haya hecho madurar los tiempos y los momentos (cfr. Hch 1,7)- sin titubeos, a Jesucristo. "El hecho de que los seguidores de otras religiones puedan recibir la gracia de Dios y ser salvados por Cristo independientemente de los medios ordinarios que Él ha establecido, no quita la llamada a la fe y al bautismo que Dios quiere para todos los pueblos" (RMi 55).



Por otra parte, como ya hacía notar Henri de Lubac en los tiempos del Concilio Vaticano II, el hecho de que Dios intervenga misericordiosamente en las manifestaciones religiosas no cristianas, no nos debe hacer pensar que su origen sea *sobrenatural*, es decir, debido a una intervención histórica de Dios, como son su Revelación y sus “mirabilia” o milagros. Y esto no implica en absoluto una actitud de menosprecio de todo lo “no-cristiano” sino que es expresión y consecuencia de ver en Jesús al *mediador único* entre Dios y los hombres, y su único Redentor. En la primer Carta de Pablo a Timoteo se presenta una breve fórmula de fe cristiana afirmando: “hay un sólo Dios y también un sólo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también. El que se entregó a sí mismo como *rescate por todos*” (2 Tim 4, 5-6).

Ser cristianos y ser misioneros de Cristo no significa entonces situarse en competencia o en contraste con las otras religiones, sino en “convergencia”, ya que hacia Él y a partir de Él, “Verbo que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1,9) convergen todos los esfuerzos humanos, sostenidos por la gracia de Dios que a todos quiere salvos, y orientados a dar un *sentido* a la vida humana y a buscar plenitud o salvación.

4.3. Prueba de fidelidad

La *Redemptoris Missio* ha introducido como parte de la “misión ad gentes” no sólo el diálogo inter-religioso sino también el trabajo por el *desarrollo* integral de los grupos humanos a los que los misioneros pretenden servir. A este respecto, no sólo tiene el tono de una verdadera inspiración poética, sino el de una auténtica mística franciscana, la siguiente página de la *Novo Millennio Ineunte*: “El siglo y el milenio que comienzan tendrán que ver todavía, y es deseable que lo vean de modo palpable, a qué grado de entrega puede llegar la caridad hacia los más pobres. Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que Él mismo ha querido identificarse: “he tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado de beber...” (Mt 25,35-36).

Esta página no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. Sobre esta página, la Iglesia comprueba su fidelidad como esposa de Cristo, no menos que sobre el ámbito de la ortodoxia" (NMI 49).

La consecuencia es muy clara, si el misionero pretende presentar a Cristo sólo con la Palabra, no sirve. En un contexto de necesario testimonio, en la "misión ad gentes" hay que acentuar el "poder de los hechos", más que el de las palabras. Un misionólogo ha escrito: "en el mundo del diálogo, que se presenta indudablemente como el camino de la "misión ad gentes", el "testimonio misionero" se coloca en el primer lugar de la actividad evangelizadora y se convierte en el criterio de credibilidad de la proclamación del Evangelio" (Barreda J.A. Euntes D., 2, 2002, p. 74). El amor de Dios por el mundo como de hecho se ha concretizado en el misterio del Hijo que "amó hasta el extremo", lleva al misionero de hoy en día a un proceso de identificación amorosa con el pueblo que quiere servir. Como Cristo, el misionero no está llamado a dar una teoría sobre el dolor, el hambre, la enfermedad, sino que sana, da de comer, ayuda... Cristo vino a liberar del pecado, pero se introduce a esta acción profunda, haciendo simplemente el bien a cuantos lo necesitaban (cfr. Jn 2,1-11). Hoy el misionero es la encarnación del Buen Samaritano, siente compasión, se solidariza sinceramente con los pobres. En nuestro mundo, víctima de la lógica del ganar, del provecho propio, la gratuidad suscita la maravilla, la sorpresa y hace surgir la pregunta ¿Quién es este? ¡Cuántos caminos a Cristo ha abierto y sigue abriendo aquella extraordinaria "misionera" de la caridad que ha sido Teresa de Calcuta!

4.4. La propuesta de la conversión ¿irrespetuosa de la conciencia?

"La Iglesia está efectiva y concretamente al servicio del Reino. Lo está ante todo mediante el anuncio con el que *llama a la conversión*. Al anunciar el Reino, la Iglesia invita a acogerlo, cooperando al don de Dios, para que acogido crezca entre los hombres" (RMi 26).

Esta es la doctrina de la Iglesia, pero hoy en día el "misionero ad gentes" debe estar dispuesto, precisamente por la actual sensibilidad

hacia todo lo que podría sonar a imposición y a falta de respeto de las convicciones ajenas, a enfrentar duras críticas. Según no pocos teóricos de la cultura, pareciera que la propuesta de conversión debería quedar excluida por el respeto debido a la conciencia y a la libertad de los demás.

Si la Iglesia, en fidelidad al mandato de Cristo, envía a los Heraldos del Evangelio hasta los últimos confines del mundo, lo hace no sólo por obediencia a Cristo, sino también en la plena aceptación y defensa del derecho a la libertad religiosa.

Recordemos que “derecho a la libertad religiosa, no significa en absoluto indiferencia religiosa en el sentido de que todas las religiones sean iguales, válidas o falsas, no significa relativismo doctrinal que niega la existencia de una verdad objetiva; no significa escepticismo frente a la posibilidad de conocer lo verdadero y lo bueno en el orden religioso o moral; no significa autonomía de la conciencia que quedaría exonerada de toda obligación a la verdad y de adhesión al bien; no significa individualismo religioso por lo cual estaría permitido decir y hacer todo lo que agrada. Significa sólo guardar celosamente la propia fe y reconocer que también todos los demás tienen este mismo derecho” (Rossano, p. 200).

En este contexto encaja lógicamente el estilo de la actividad misionera “ad gentes” que no debe hacer pensar mínimamente en posturas proselitistas de “conquistas de adeptos”. El misionero debe dejarse guiar por un doble respeto: “respeto por el hombre en su búsqueda de respuestas a las preguntas más profundas de la vida y respeto por la acción del Espíritu en el hombre” (RMi 24). Reconocemos que no siempre los misioneros han actuado de este modo: es fácil encontrar en las historias de las misiones, numerosos ejemplos de proselitismos irrespetuosos y de verdadero atropello al derecho ajeno por la imposición del propio “Credo”.

142

Hoy en día el misionero debe asumir una actitud de total y delicado respeto de la persona, profese éste la religión que sea, consciente de que el hombre, todo ser humano es, “el camino de la Iglesia”. Esta es su servidora y servir al hombre es su único privilegio. “¡Nadie tema a la Iglesia! –afirma Juan Pablo II en Nueva Delhi en



1999- porque su única finalidad es continuar la misión de servicio y de amor de Cristo (...) la libertad religiosa es inviolable hasta el punto de exigir que se reconozca a la persona incluso la libertad de cambiar su religión si así se lo "pide su conciencia".

El misionero de hoy en día ofrece con "audacia" y respeto lo que él mismo ha recibido, consciente que lo que él ofrece constituye una respetuosa apelación a la libre conciencia de los oyentes. Si la propuesta y la apelación llevan a la "conversión" y hasta el cambio de religión, esto se debe ante todo a la gracia de Dios (Es Dios quien da el incremento, diría San Pablo) y a la respuesta libre de cada persona. Si esto no acontece y no hay conversión, eso no es motivo para que el misionero renuncie a su presencia entre "su pueblo" y a su servicio por amor, esperando la "hora de Dios". A él no le debe motivar, en última instancia, el éxito, sino la fidelidad al mandato de Cristo.

4.5. Firme en medio del conflicto

La historia de las misiones casi siempre ha sido historia de cristianos que se han mantenido "tercamente" firmes en el conflicto. Han sido "casa construida sobre roca". Hoy en día, se les exige no pocas veces, auténtico heroísmo: no conozco ningún lugar en el que ser misionero sea fácil; la posibilidad de morir víctima de la violencia, se da en África como en Asia y hasta hace poco en no pocos países de América. No pasan meses sin que los medios de comunicación nos informen del asesinato de algún misionero o misionera. Jesús ya desde la primera misión cuando envió a los 72, les dijo que los enviaba como "corderos en medio de lobos", y al final de su vida, antes de entrar en el Cenáculo les dice a los Apóstoles que "vendan su manto -si fuera necesario- para comprar una espada" (cfr. Lc 22,35). Quiere decirles que la fidelidad a la misión implica estar preparados para el combate: así ha sido para Jesús y sus discípulos; a los misioneros no necesariamente les irá mejor. El misionero de Cristo, que debe llevar y ofrecer paz, se sabe discípulo de Quien afirmó: "No piensen que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz sino espada" (cfr. Lc 2,35-38). La misión hoy (al menos como ayer, si no más) pasa por la fatiga, el contraste, el dolor, la cruz y no sólo por las dificultades del lugar, sino porque la propuesta del



Reino siempre es profética, y el profeta no tiene patria, es siempre un expatriado o exiliado. Contempla, como Moisés, una patria en que todavía no habita: lo sostiene la esperanza.

4.6. El misionero, “movido a compasión”, pero como el Samaritano

Lo hemos escuchado muchas veces y por eso yo no le he dedicado un apartado específico, la “misión ad gentes” tiene hoy en día, como un criterio fundamental la *inculturación*. La Evangelización debe ser inculturada, fermentando –digámoslo así– las diversas culturas para que ellas mismas tomen forma en expresiones litúrgicas, teológicas, artísticas, ministeriales propias, aún sin romper la comunión eclesial.

Este “modo” de ser misionero, le exige al que se atreva “a salir geográficamente”, ser capaz ante todo de “salir” de sí mismo, para ir al encuentro de los otros, aun sin pretender olvidar o abandonar la propia cultura. Hace falta entonces, que el misionero haga lo posible para mostrar un interés respetuoso hacia todas las manifestaciones culturales de los destinatarios de su servicio, que a su vez implica, ante todo, el aprendizaje lo más perfecto posible del idioma de “su pueblo”... El encuentro se debe producir en toda sencillez, en la mayor espontaneidad y la sinceridad profunda de todo nuestro ser; no se trata de una táctica, ni de una estrategia pastoral, sino que se trata de un modo muy concreto de amar. El Buen Samaritano, hombre de otra cultura, no ayudó al que fue dejado medio muerto en la cuneta del camino, para hacerlo de los “suyos”, sino simplemente porque aquel hombre necesitaba una mano amiga.

Hoy en día se está hablando y escribiendo mucho de este modo de ser misioneros, pero las críticas que nos vienen de nuestros destinatarios nos avisan -dolorosamente- que esto no significa que de hecho se logre “dar el paso, dejando posturas de superioridad, de orgullo, de etnocentrismo... que impiden abrirse a la amistad y a la riqueza de los otros”.



Conclusión

Nos hemos atrevido a trazar un camino para la "misión ad gentes" al inicio del tercer milenio, una misión que la "Iglesia vive" en situación de paradoja, entre la "nueva primavera" que Juan Pablo II vislumbra y el hecho doloroso de la escasez de misioneros; una misión que exige enraizarse en una profunda motivación místico-espiritual, para no "diluir" su realidad, y que debe ser llevada a cabo, estimulada a veces, criticada otras, por no pocos retos de nuestro hoy.

En cualquier caso nos sostiene la voz de Aquel que caminando sobre las aguas, nos grita, como a Pedro y a sus compañeros: "No tengan miedo, soy yo", y nos invita a *caminar*; aunque tengamos la impresión de hacerlo sobre "las aguas". Nos sostiene la fe en quien nos invita, y con Él "cruzamos nuestro umbral" que siempre es de esperanza, precedidos por aquella que es la estrella de la "primera" y de la "nueva" evangelización, María, vida, dulzura y esperanza nuestra.

ANEXO: El misionero que he soñado ser

En el mes de febrero del 2001, estuve en México para una semana de espiritualidad comboniana. En la Eucaristía de conclusión tuvimos la oportunidad de describir la imagen del misionero que un día habíamos querido ser: ¡Había sido nuestro sueño!, como lo había sido el de poder trabajar un día en las misiones más difíciles del Sudán del Sur, del Zaire (R.D. del Congo) o del Brasil Norte.

Lo que se había realizado de ese "sueño" pertenecía a la historia sagrada de cada uno, pero sentimos que nos hacía recordar y narrar nuestro sueño, para que no quedara sólo en el mundo de los sueños...

1. Soñé con ser un misionero dotado de una extraordinaria capacidad para desarrollar una actitud de constante acogida y



de diálogo para con todos, haciendo memoria de que Jesús comía con los pecadores; con un esfuerzo sincero para superar todo etnocentrismo, aunque consciente de mi alteridad y entonces abierto a la aceptación y superación de inevitables conflictos.

2. Me proponía ser un misionero constante y tenaz en el estudio de los idiomas necesarios para mi apostolado, para entrar así con respeto y a la vez con tesón en el proceso de inculturación que nunca terminaría... Quería aprender bien el idioma (resultaron ser varios!) para entrar en el mundo en que el “otro” me acogía, para escucharle, para un encuentro efectivo y afectivo, para evangelizar.
3. Soñé con poder lograr una paciencia “infinita”, también por la insistencia de otros misioneros que me habían precedido, para esperar un crecimiento cristiano personal y social, que de hecho es lento y lleno de desilusiones, a veces hasta la exasperación. Quería afianzarme en la convicción tan comboniana, que el misionero trabaja para el porvenir, para la eternidad, y que no debe esperar gratificaciones, aunque deba agradecerlas cuando lleguen.
4. Desde los años primeros de formación, pero especialmente desde el tiempo de noviciado en que sentía a Dios tan cerca, me propuse lograr un profundo, sincero, ilimitado espíritu de perdón hacia quien hace sufrir y puede abusar de la bondad de los demás, bien sabiendo que su supuesto egoísmo, sus defectos, le hace sufrir a él, antes que a los demás... Sabía que perdonar es “re-crear”, es hacer nuevos a los demás, a las relaciones, a la comunidad, consciente de que el perdón es una invención que Cristo trajo al mundo: no se conocía como la que él nos predicó y vivió.
5. Soñé con ser un misionero “bueno”, simplemente bueno y hasta me descubrí con el deseo de que un día pudieran ponerme, mi gente en la misión, el apodo de “el misionero bueno”... Había escuchado, en efecto, que la gente acostumbraba dar un apodo a nuestros misioneros, especialmente en África. Los cristianos



habían puesto ese apodo a Juan XXIII, el "Papa bueno", precisamente, yo lo hubiese querido para mi también. Esto me hubiese exigido ser amable con todos, sin exclusiones, atento, "hecho a todos", con la mirada fija en Cristo buen pastor, "humilde de corazón". Bien sabía que los destinatarios de mi trabajo, no me querían arrogante, autoritario, distante, orgulloso, resentido, irónico...

6. Ha sido mi "utopía", mi sueño, ser un misionero sereno, contento, en paz, hasta alegre y de buen humor... pero todo esto no tanto como fruto de un "buen carácter" (¡bien sabía que no lo tenía!), sino como consecuencia del sentirme seguro en las manos de Dios mi Padre porque enriquecido extraordinariamente de la experiencia de su amor incondicional, de su perdón y con la certeza de haber sido llamado a pertenecer al grupo de los que Cristo escogió como "amigos".
7. Mi sueño se iba aún más arriba. Quería lograr la firme disposición para compartir gozos y sufrimientos, hambre y pobreza de "mi pueblo", arriesgando hasta la vida por él, como la arriesgaron, después de Comboni, no pocos de sus hijos e hijas. Quería yo también ser fiel hasta la muerte, como con tanta frecuencia lo repetía Comboni, ya con una fidelidad cronológica ya con una fidelidad "intensiva" con el martirio. Soñaba con gastarlo todo por la misión, para volver un día a mi Patria, si así Dios lo disponía, pobre, con la salud quebrantada, muy ligero de equipaje, dejándolo todo en la misión.
8. Le había pedido al Señor, y no sólo una vez, un corazón agradecido hacia todos, abierto a la amistad, sin pretensiones, sin ceder a la codicia o tentación de querer posesionarme de alguien (cooperadores, cooperadoras, alumnos, monaguillos, bienhechores...)
9. De una manera muy especial e insistente, había soñado con ser un misionero de "rodillas robustas", para decirlo con Comboni. Lo que se decía, "un hombre de Dios", o como lo dicen ahora, "que viéndolo haga pensar en Dios, lo irradie", por su espíritu de oración y por la fiel práctica de la misma.



10. Y finalmente, soñaba con ser un obediente rebelde, como los santos, como Comboni precisamente, es decir, un cristiano y misionero que acepta y obedece a los ritmos de crecimiento propio y de los demás, que lee la voluntad de Dios en las “mediaciones”, pero que no se conforma con la mediocridad, que se rebela frente a los abusos y a los atropellos de lo más sagrado que es la persona, toda persona... y que entra con osadía en la lógica de Aquel que nos amó hasta el extremo.

CAM2 – COMLA7
Mensaje
al Pueblo de Dios
"No podemos callar
lo que hemos visto y oído"

Desde el corazón de América, saludamos a las Iglesias que peregrinan en el Continente Americano y en las islas del Caribe: “Gracia y paz a ustedes de parte de Dios Padre y de Jesucristo el Señor” (2 Tes 1, 2).

1. En el espíritu de “Iglesia en América”

Al concluir en la ciudad de Guatemala los trabajos del Segundo Congreso Americano Misionero (CAM 2), que es al mismo tiempo el Séptimo Congreso Misionero Latinoamericano (COMLA 7), brota espontáneo en nuestros corazones rebosantes de esperanza y alegría, un cántico de acción de gracias al Dios de la Vida, que nos invita a compartirlo con todos los hermanos.

Durante estos días, hemos experimentado la unidad fundamental que nos da la comunión en la misma fe, en la misma esperanza y en la misma caridad. Superando las fronteras y las barreras de lenguas y culturas, nos hemos enriquecido mutuamente con el intercambio de experiencias, realizaciones y compromisos en la urgente y gloriosa tarea de anunciar el Evangelio como testigos fieles de Jesucristo.

Hemos vivido un Congreso que se presenta como un “signo de unidad de todos los pueblos del continente” (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 5). Durante una semana, estuvimos compartiendo en un “cenáculo misionero” que reunió a hijos e hijas de la Iglesia procedentes de todos los rincones del continente americano, desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, pasando por las islas del Caribe.

2. Desde la pequeñez, la pobreza y el martirio

Por primera vez en la historia del “continente de la esperanza”, la preparación de este acontecimiento fue asumida por un grupo de países. En ella, en efecto, se involucraron todas las Iglesias particulares del Istmo - con el acompañamiento del Secretariado Episcopal de América Central (SEDAC) - encabezadas por sus obispos y vicarios de pastoral y animadas por las Obras Misionales Pontificias.

Una de las características más originales del CAM2 – COMLA7 es el haber sido preparado con una conciencia clara de que se hacía **“desde la pequeñez, la pobreza y el martirio”**.

Sí, nuestro Congreso se realizó **desde la pequeñez** de esta región de América, que significa poco para las naciones poderosas del mundo. Pero la experiencia que hemos vivido en la fe como “pequeño rebaño” (Lc 12, 32) nos ha dado una nueva y más profunda comprensión de la parábola del grano de mostaza, que “se desarrolla y se hace un árbol, y los pájaros del cielo anidan en sus ramas” (Lc 13, 19). Es la pequeñez a la que canta alborozada la Virgen del Magnificat, al exaltar la acción de Dios en los pobres, como resplandece en la edificante vida del Santo Hermano Pedro de San José Betancur y San Juan Diego.

Hemos vivido también un Congreso preparado **desde la pobreza** que golpea cruelmente a los pueblos centroamericanos. Pero eso mismo nos ha hecho más sensibles al misterio que Dios nos reveló en su hijo Jesucristo, “el primero y el más grande evangelizador”, que “siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza” (2 Cor 8, 9). Cristo, en efecto, realizó su misión en la pobreza, en el desprendimiento y en la persecución. Como El –siguiendo la invitación del documento de Puebla- “debemos dar desde nuestra pobreza” (n. 368). Nuestros pueblos son pobres en bienes materiales, pero tienen la riqueza inmensa de la fe. Podemos, entonces, decir que son ricos porque **la falta de fe es la más grande de las pobrezas**.

Desde la pequeñez y la pobreza de América Central, anhelamos impulsar la misión sin tener otros recursos para el anuncio del Evangelio que un corazón lleno de fe y esperanza, manos generosas

para compartir y pies presurosos para llevar con urgencia la Palabra del Señor, verdadero don de Dios para todos los pueblos.

Aquí hemos comprendido mejor que el Señor actúa por medio de su Espíritu, a pesar de nuestra pequeñez, cuando no confiamos en nuestras propias fuerzas sino en el poder de Dios. Por eso, “**desde el corazón de América, desde nuestra pequeñez y desde nuestra pobreza**” –como dice el himno oficial del Congreso– gritamos al mundo nuestro lema: “**¡Iglesia en América, tu vida es misión!**”. En estos días de gracia, hemos vislumbrado que brillará una gran luz para el mundo, si acogemos la palabra del Señor que nos envía a evangelizar más allá de nuestras fronteras.

Veremos surgir esta “nueva luz” sobre todo de la reciente vivencia martirial de las Iglesias que nos han acogido con tanta cordialidad y fraternidad. Por eso decimos que el CAM2 – COMLA7 ha sido celebrado **desde el martirio**. Durante todos estos días, han estado presentes en nuestra mente los numerosos mártires de estas tierras - laicos en su mayoría - catequistas y delegados de la palabra; también religiosas, religiosos y sacerdotes. Entre los “testigos fieles” hasta la efusión de la sangre que ha fecundado los surcos del Evangelio, hemos evocado de manera especial a Monseñor Oscar Arnulfo Romero y a Monseñor Juan Gerardi. Los nombres de muchos otros mártires sólo son conocidos por Dios.

Nos emociona el homenaje que les rindió a todos el Vicario de Cristo, cuando dijo: “Me inclino con reverencia ante el sacrificio de estos humildes y valientes trabajadores de la viña del Señor (...) a los cuales ha sido dado no sólo creer en el Evangelio y proclamarlo, sino que han llegado a derramar su sangre en el servicio a la Palabra de vida” (Carta a los obispos de Guatemala, 02.12.84).

3. El llamado a la misión es una vocación a la santidad

En la sesión inaugural del Congreso, hemos escuchado con devoción el mensaje de Su Santidad Juan Pablo II, quien nos recordó que “la historia de la evangelización del continente americano (...)

muestra la íntima relación entre santidad y misión” (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 2). El mismo constata con gozo que, desde hace más de cinco siglos, “el Espíritu del Señor ha suscitado en estas benditas tierras hermosos frutos de santidad en hombres y mujeres que, fieles al mandado misionero del Señor, han entregado su propia vida al anuncio del mensaje cristiano, incluso en circunstancias y condiciones heroicas” (Ibid.)

Durante estos días hemos orado con los pueblos indígenas de Guatemala. Su plegaria les lleva con toda naturalidad a contemplar a Dios en la creación y en su plan de Redención, a confiarle el dolor y el sufrimiento, a mantener la esperanza cuando el horizonte parece completamente oscuro, a descubrir su presencia providente en las cosas y los gestos más sencillos, a darle gracias porque su ternura maternal de Padre se expresa de múltiples maneras. Al ver cómo expresan su fe en Jesucristo y su amor a la Iglesia desde los valores de su cultura, hemos reafirmado nuestro convencimiento de que el Reino de Dios nace en los corazones desde la pequeñez, la pobreza y el martirio.

El Santo Padre después de recordarnos que “no basta renovar los métodos pastorales” y que “es necesario suscitar un nuevo ‘anhelo de santidad’ entre aquellos que son los colaboradores más íntimos de los misioneros” (Redemptoris Missio, 90), nos pone ante los ojos a los millones de seres humanos que todavía no conocen a Cristo. Por eso nos recuerda con vehemencia que “el anuncio de la Buena Noticia es una tarea vital e inderogable” (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 3).

4. “Iglesia en América, tu vida es misión ”

En el alba del nuevo milenio, el Vicario de Cristo ha repetido a todos los hijos e hijas de la Iglesia la apremiante invitación del Señor a entrar sin miedo en las aguas profundas de la historia presente. Por medio de él, Cristo renueva su mandato ineludible, el mismo que hizo exclamar a Pablo: “¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!” (1 Cor 9, 16). Por eso, al contemplar el espectáculo espléndido de más de tres mil católicos que han participado en este “cenáculo continental”

han resonado en nuestro corazón las palabras del Profeta: “¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la paz, que trae buenas noticias, que anuncia la salvación, que dice a Sión: ‘ya reina tu Dios!’” (Is. 52, 7).

Debemos compartir lo más bello que recibimos en el día de nuestro bautismo: **el don de la fe**. De ahí brota como de una fuente viva nuestra vocación y compromiso a la misión «Ad gentes»: Los pueblos que habitaban América recibieron el Evangelio, primero, del continente europeo y, luego, por la cooperación de las Iglesias particulares del mismo continente americano. Todavía hace pocos años, los países del norte enviaban sacerdotes, religiosos y religiosas como misioneros al sur. En cambio hoy día, a raíz de la migración cada vez más numerosa, procedente de los países empobrecidos del sur, hombres y mujeres latinoamericanos y caribeños están presentes en las grandes ciudades del norte.

Leemos en los Hechos de los Apóstoles que los primeros cristianos se dispersaron al desatarse la persecución en Jerusalén, pero en el camino iban anunciando a Jesucristo. Algo semejante sucede hoy con innumerables hermanos y hermanas que han abandonado sus tierras huyendo de graves peligros o buscando un futuro mejor. Muchos han llegado a los países del norte de América armados de su fe profunda en Jesucristo y de su amor entrañable a la Iglesia. En realidad podemos considerarlos como enviados y misioneros de Dios, porque por su testimonio recuerdan a quienes viven en la abundancia, los valores auténticos del Evangelio. Las Iglesias de las que proceden nos comprometemos a acompañarles, y las Iglesias a las que llegan deseamos ofrecerles una acogida cada vez más cálida.

Con humildad recogemos el reto que el sucesor de Pedro nos ha lanzado: “Este Congreso está orientado hacia dicha tarea. Responded, pues, con prontitud al llamado del Señor. ¡Manifestad el deseo de ser testigos gozosos y apóstoles entusiastas del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra, mediante el testimonio de una vida santa!” (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n.3).



5. “No podemos callar lo que hemos visto y oído” (He 4, 20)

El Congreso que hoy clausuramos ha sido una profunda experiencia de encuentro personal y comunitario con Jesucristo resucitado. Desde esta vivencia inolvidable nos lanzamos al futuro, proclamando con los apóstoles que “no podemos callar lo que hemos visto y oído” (He 4, 20).

No podemos callar los niños, que aún siendo pequeños, somos la primavera misionera de la Iglesia; no podemos callar los jóvenes que hemos descubierto en Jesucristo al amigo por quien vale la pena entregar la propia vida; no podemos callar los cristianos y cristianas que hemos sido llamados en virtud del bautismo y la confirmación a remar mar adentro en nuestra respuesta misionera; no podemos callar los consagrados, llamados al seguimiento radical de Cristo también en su misión; no podemos callar los presbíteros que en virtud de nuestra ordenación estamos disponibles a ser enviados a predicar el Evangelio a cualquier lugar de la tierra. Especialmente no podemos callar los obispos, que deseamos responder al Señor que nos interpela a vivir a fondo la índole misionera de nuestro ministerio. Como enseña el Santo Padre, toda la acción pastoral del obispo “debe estar caracterizada por un espíritu misionero, para suscitar y conservar en el ánimo de los fieles el ardor por la difusión del Evangelio” (Pastores Gregis, 65).

No podemos callar cuando nos damos cuenta de que más de la mitad de los católicos del mundo viven su fe en el continente americano. Por eso anunciamos con gozo que como fruto del CAM2 – COMLA7, se creará en América Central un centro de formación y animación de misioneros “Ad Gentes”.

Que Santa María de Guadalupe, primera evangelizadora de América, junto con los Mártires, Santos y Santas de nuestro continente, intercedan ante Jesús para que derrame abundantemente sus gracias sobre la Iglesia que peregrina en América y así pueda responder con mayor generosidad a su compromiso misionero en bien de la Iglesia Universal.

Guatemala de la Asunción, 29 de noviembre de 2003



DIPLOMADOS en el ITEPAL

El ITEPAL, a partir del 17 de agosto al 03 de diciembre del presente año ofrece los siguientes Diplomados:

1. **PASTORAL.** El Diplomado se dirige a laicos y laicas, religiosos y religiosas, diáconos y sacerdotes. Tiene como objetivo ofrecer una actualización en pastoral litúrgica, profética y social, con el propósito de impulsar procesos pastorales en la Iglesia Particular y agentes cualificados de la Nueva Evangelización en los diversos ámbitos de la Iglesia.
2. **FORMACIÓN SACERDOTAL.** Se orienta a quienes se dedicarán a la formación sacerdotal en los Seminarios de América Latina. Ofrece un proyecto de formación de Formadores, a fin de que estos adquieran la capacitación básica para formar los pastores que la Iglesia necesita en el presente milenio.
3. **COMUNICACIÓN SOCIAL.** El Diplomado está orientado a capacitar a los agentes de pastoral de la Comunicación para que colaboren cualificadamente en la nueva Evangelización desde los procesos, modalidades y medios de comunicación social.
4. **PASTORAL CATEQUÉTICA.** Se dirige a quienes coordinan la Catequesis en las diócesis. Su contenido ofrece una formación actualizada en Pastoral Catequética que desarrolla la capacidad para implementar procesos catequéticos en la Iglesia particular y ayuda a realizar tareas directivas en el ámbito del ministerio de la catequesis.
5. **PASTORAL MISIONERA AD GENTES.** Se dirige a quienes integran los Consejos Nacionales de Misiones, a quienes colaboran en las Obras Misionales Pontificias y a quienes están comprometidos en impulsar la acción misionera de la Iglesia. Su objetivo es promover, desde la perspectiva histórica, antropológica, teológica, pastoral y cultural, la reflexión y la investigación del proceso evangelizador de la Iglesia católica en sus contenidos y metodologías para motivar y sostener el compromiso misionero de la Iglesia en América Latina y más allá de sus fronteras.
6. **PASTORAL SOCIAL.** El Diplomado ha sido diseñado para los que trabajan en Caritas, en la promoción de los Derechos Humanos y en las Comisiones Diocesanas y Nacionales de Pastoral Social. Su objetivo es proporcionar una formación actualizada en Pastoral Social para impulsar en la Iglesia Particular una nueva imaginación de la caridad y ejercer tareas directivas en aquellos ámbitos donde la Iglesia concreta la dimensión social del Evangelio.

Conclusiones
del Segundo Congreso
Americano Misionero
(CAM2) y
Séptimo Congreso
Misionero
Latinoamericano
(COMLA7)

Introducción

1 Estas Conclusiones son el fruto del trabajo realizado por los participantes en el Segundo Congreso Americano Misionero (CAM 2), Séptimo Congreso Misionero Latinoamericano (COMLA 7), que se realizó en la Ciudad de Guatemala del 25 al 30 de noviembre del 2003. Son el resultado también de la reflexión realizada con la ayuda del Instrumento de Trabajo en las iglesias particulares del Continente, durante el año preparatorio a la realización del Congreso. Efectivamente, como elemento indispensable para fomentar la participación de los fieles en las iglesias particulares en la celebración del Congreso, se elaboró un Instrumento de Trabajo que constaba de nueve capítulos o temas. Durante un año en las iglesias particulares de cada país se reflexionó sobre cada uno de estos temas y se elaboró una síntesis nacional. Los congresistas, muchos de los cuales habían participado en sus diócesis en la reflexión sobre los temas del Instrumento de Trabajo, traían los resultados de la reflexión realizada en sus respectivos países.

2. Durante la celebración del Congreso, los congresistas fueron asignados, según su preferencia, a uno de los nueve grupos temáticos que se crearon para el trabajo de las tardes. Cada uno de estos nueve grupos temáticos correspondía a uno de los capítulos del Instrumento de Trabajo. Aproximadamente 300 personas reflexionaron y trabajaron cada uno de los temas. Para facilitar el diálogo se dividieron en grupos (de 30) y subgrupos (de 6 personas). Los coordinadores asignados a cada uno de los grupos temáticos se reunían para elaborar, al final de cada día, la síntesis de cada tema.

3. Se trabajó durante tres tardes. En la primera se planteó a los grupos de reflexión una pregunta sobre la situación humana, social, eclesial, misional, espiritual, de acuerdo con la reflexión desarrollada en el tema respectivo. Se les dijo: MIRA tu realidad. En la segunda tarde se les pidió que escucharan la voz de Dios, el sueño de Dios sobre esa realidad, es decir, que propusieran lo que la Palabra de Dios y la fe de la Iglesia tenían que decir sobre ella. Se les dijo: OYE la Palabra de Dios. En la tercera tarde se les pidió que indicaran qué acciones se debían promover, para que la realidad, descrita en la primera tarde, se adecuara más a los designios de Dios, indicados en la segunda tarde de trabajo. Se les dijo: MUÉVETE. Este trabajo de grupos, se realizó, pues, de acuerdo al método tan tradicional ya en la Iglesia latinoamericana, del VER, JUZGAR Y ACTUAR. Expresiones que se transformaron en: MIRA, OYE, MUÉVETE.
4. Presentamos a continuación una versión unificada y sintética de los resultados de la reflexión. Este documento se basa en los resultados, recogidos en las nueve hojas de tres columnas, fruto del trabajo de los grupos temáticos. Ellos son referencia obligada para una ampliación de los contenidos y se adjuntan a este documento como apéndice.

MIRA

5. La tarea evangelizadora de la Iglesia se ha consolidado en el Continente, y la Misión Ad Gentes comienza a ser una fuerza determinante e incisiva, que está renovando la Iglesia en la medida en que toma mayor conciencia de su naturaleza misionera. Nos alegra comprobar la fidelidad al Evangelio y a la Iglesia de muchos fieles y comunidades cristianas, así como la vivencia de la santidad y la entrega de la propia vida en el martirio. Esta fecunda experiencia tiene su origen y fundamento, su dinamismo y proyección, en el encuentro personal con Jesucristo vivo, camino de conversión, comunión y solidaridad. Sin embargo, el divorcio entre fe y vida, en no pocos cristianos y comunidades de América, provoca desánimo en los agentes de pastoral, deserción entre los fieles, y obstaculiza seriamente

la misión evangelizadora de la Iglesia, y la transformación de las condiciones infrahumanas en que vive la mayoría de nuestro pueblo.

6. En muchas iglesias particulares existen incipientes y esperanzadoras señales de un despertar misionero. Se descubre en ellas un esfuerzo por crear un proceso de evangelización, cuyos ejes son las pequeñas comunidades y la promoción del laicado. Sin embargo, en los planes pastorales de nuestras iglesias particulares casi nunca se considera la dimensión misionera como un eje transversal, aun cuando el magisterio eclesial la privilegia. La conciencia de nuestra identidad misionera y la formación específicamente misionera, en todos los niveles de nuestras iglesias particulares, es pobre. Por ello, es alentador comprobar el esfuerzo de los laicos por formarse y buscar compromisos concretos, con el apoyo y el celo de muchos de sus pastores. Sin embargo, pesan las consecuencias de una pastoral centrada en la actividad de los ministros ordenados, conservadora y autoritaria; además, con poca conciencia de misionariedad y de responsabilidad histórica con las realidades temporales. Aún así, animados por el testimonio de los santos y mártires americanos, creemos que se abren nuevos horizontes para el impulso misionero.

7. La mayoría de los agentes de pastoral de las Iglesias particulares, carecen de una adecuada formación para promover de una manera eficaz la animación misionera. Constatamos que tal situación se da en la mayoría de los obispos, y como consecuencia en los sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos y laicas. El resultado es que la Iglesia local no se articula y organiza suficientemente en orden al mandato de anunciar a Cristo. Al mismo tiempo, nos alegra y anima constatar que una expresión de la evangelización e inculturación de la fe en las iglesias particulares del Continente son la persecución y el martirio, que han sufrido catequistas, delegados y delegadas de la Palabra, sacerdotes, religiosos y religiosas, obispos, como también pastores y miembros de iglesias evangélicas. La experiencia de fe y el testimonio de vida de muchos bautizados ha contribuido a la difusión del Evangelio.

8. Las parroquias todavía no han logrado asumir la dimensión misionera de su acción pastoral, de ahí que sea evidente la ausencia de sentido y proyección misionera ad gentes. El problema se sitúa en la falta de formación misionera para todo bautizado. También muchas de ellas no cuentan con planes inculturados de pastoral de conjunto, donde se manifiesta la dimensión misionera de la parroquia. Los acontecimientos eclesiales recientes, la celebración del Gran Jubileo de la Redención, las visitas del Santo Padre al Continente Americano, el Año del Rosario, el Sínodo de Obispos de América, la Canonización y Beatificación de Santos de América, el Año Santo Misionero y el Congreso Americano Misionero, que han generado un despertar misionero en los laicos, religiosos y religiosas, diáconos, sacerdotes y obispos de América, pero nos falta más empeño pastoral, para hacer realidad lo que nos sugieren los documentos eclesiales acerca de la proyección misionera de la parroquia.
9. Las Obras Misionales Pontificias, especialmente la Infancia y Adolescencia Misionera, así como el testimonio de los misioneros y misioneras ad gentes, han contribuido a fomentar el creciente despertar de la conciencia misionera de laicos y laicas, en el compromiso misionero de las iglesias particulares. Sin embargo, constatamos que es insuficiente la coordinación y colaboración de las diversas instancias misioneras presentes en cada país.
10. En el ámbito eclesial todavía no se ha logrado la puesta en marcha de procesos de animación y formación en la misión ad gentes, que sustenten la espiritualidad en el pueblo de Dios, y fomenten la conciencia y responsabilidad misionera en todo bautizado. Más bien, con frecuencia, nos hemos contentado con una pastoral sacramentalista sin el fundamento de la formación, sin el encuentro personal con Jesucristo vivo, y sin el debido acompañamiento evangelizador. Ello ha obstaculizado seriamente el despertar de la conciencia misionera desde la niñez, pasando por la juventud, hasta llegar a las familias y a todo el pueblo de Dios; también ha provocado en muchos la falta de identidad cristiana, la conciencia eclesial y el divorcio entre fe y vida. Sin embargo, comprobamos que a medida que las comunidades cristianas descubren su identidad misionera,

mediante procesos pastorales de formación y de animación fieles al Evangelio, a la Iglesia y a la realidad histórica, se da un impulso duradero a la misión ad gentes de la Iglesia particular.

11. Se pueden señalar tres fortalezas de la Iglesia en América, que auguran un futuro esperanzador:
 - a. La Iglesia en América, mantiene viva la opción por los pobres, va promoviendo procesos de inserción en el mundo de los excluidos, y se constituye en la voz profética de los sin voz, defendiendo la vida, inclusive con el testimonio martirial. Esta postura, eminentemente evangélica, ha favorecido la conciencia y participación misionera de los miembros del Pueblo de Dios. Pero a la vez, se percibe en no pocos agentes pastorales, cansancio y un cierto desencanto por los precarios resultados y, en algunos sectores de la jerarquía, indiferencia y conformismo.
 - b. La religiosidad popular, como expresión de fe, ofrece elementos de comunión y celebración que apoyan la espiritualidad del pueblo de Dios y muestran la riqueza de sus valores, pero exigen una mejor evangelización.
 - c. La inculturación ha sido uno de los caminos más eficaces en el anuncio del Evangelio, facilitando el despertar misionero, que experimenta el Continente americano. Se constata el esfuerzo de las iglesias locales por inculturar el Evangelio, uniendo la fe y la vida, apoyando el rescate de la identidad cultural y el protagonismo de nuestros pueblos.

12. En cambio, entre los condicionamientos históricos actuales que representan un reto para el desarrollo de la actividad misionera de la Iglesia, el Congreso destaca:
 - a. El fenómeno de la globalización: su incidencia en la tarea misionera de la Iglesia se percibe como la gran oportunidad para vivir la catolicidad e ir más allá de las propias fronteras culturales y geográficas para el anuncio del Evangelio de la vida. Tal fenómeno, por una parte, está poniendo en evidencia una profunda y aguda crisis de valores humanos, religiosos, sociales y culturales y un deterioro de la situación económica; por otra parte, al ser más de corte economicista que humanista, está incrementando las



condiciones de pobreza y exclusión, potenciando los flujos migratorios hacia las megápolis y favoreciendo la desintegración familiar. Se reconoce, además que la Iglesia no ha asumido un papel claro ante el desafío que plantea la globalización.

- b. En relación con el aspecto anterior está el agudo problema de las migraciones humanas, provocadas por la precaria situación de subdesarrollo en los países de origen. Este problema tiene sus repercusiones en la familia, provocando su desintegración, y en la pérdida de valores humanos, sociales y religiosos. Frente a ese fenómeno el esfuerzo solidario de nuestras iglesias locales ha sido insuficiente.
 - c. Asimismo, constatamos que existen otros desafíos como los grupos fundamentalistas, los nuevos movimientos religiosos y, en contraposición el proceso preocupante del secularismo, en el que están inmersos muchos de nuestros pueblos americanos.
13. Los Medios de Comunicación Social ejercen una influencia poderosa y preocupante sobre la vida de los pueblos. Se está dando la primacía a los grandes intereses económicos en los países del Continente. Los centros de poder financiero, económico y político monopolizan los medios masivos de comunicación social, porque manejan ingentes recursos, y así pueden manipular nuestros pueblos, amenazando las identidades culturales y locales, y generando una cultura materialista, individualista y de sectarismo religioso. Muchos creyentes se ven atraídos por los estilos de vida que ofrecen, por las corrientes de pensamiento que plantean, y por los nuevos movimientos religiosos que difunden y optan por ellos. Reconocemos, con todo, el gran valor de los medios de comunicación social, como instrumentos para el anuncio del Evangelio a todas las gentes. Además somos conscientes de que pueden colaborar en la motivación, la participación y el compromiso de los laicos en diversas tareas apostólicas, así como para el desarrollo de los pueblos y para una mayor democratización en las sociedades del siglo XXI.

OYE

14. El camino de la misión exige la búsqueda del Reino de Dios y su proyecto de vida: Que todos tengan vida y vida en abundancia



(cf. Jn 10,10) para que lleguemos a ser hijos de Dios, miembros de una misma familia. Es así como se coopera al discernimiento teológico y espiritual, que permite a la Iglesia identificar su proyecto de vida con el designio de Dios, que el Espíritu anima en el mundo, en la creación, en la historia. «Como el Padre me envió a mí, así los envió yo a ustedes» (Jn 20, 21). Este proyecto se expresa en la palabra de Jesús: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado a ustedes. Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia» (Mt 28,19-20).

Todos los bautizados están invitados a tomar conciencia del compromiso evangélico, asumiendo la radicalidad de la cruz en medio del pueblo, hasta dar la vida como Jesús (testimonio de los mártires). Esto exige pasar de una fe aprendida (sociológica), a una fe vivida (cf. Mt 5, 48; NMI 30). Dios quiere que todos en la creación generen vida y vida en abundancia (cf. Jn 10, 10) para ser así signos de los valores del Reino de Dios.

15. La Iglesia particular es responsable de la misión. Dios quiere una Iglesia viva y creativa que fortalece la fe de sus miembros, propiciando la promoción y creación de comunidades cristianas, que sean signo y faciliten el encuentro con Jesucristo, en el amor al prójimo y en la práctica sacramental en comunidad. Esta Iglesia impulsa la vocación ad gentes (cf. AG 5). El Congreso puso el acento en las iglesias particulares como lugar, donde se toma conciencia de la importancia ineludible de la misión, llevada adelante al estilo de Pablo (1Cor 9, 16), como camino de la comunidad, y a la vez como lugar de toma de conciencia de la sed del Evangelio, en la vida de los pueblos («¿cómo voy a entender si nadie me explica?», Hch 8, 31; cf. RMI 83). La misión implica siempre para la Iglesia particular, el anuncio claro e inequívoco de la persona de Jesucristo (cf. EAm 66), pues esto es la dicha y esencia de nuestra Iglesia (cf. AG 2; EN 14). La Iglesia particular está llamada a ser tierra fértil y disponible (cf. Lc 8, 8-15), que se deja moldear por el Espíritu Santo, para ser



escuela de espiritualidad misionera, que nos forma como verdaderos discípulos de Jesús. Esto no se realizará si no se incluye explícitamente en los planes pastorales diocesanos y parroquiales (cf. RMI 83).

Dios quiere una Iglesia en América que continúe siendo profética, consciente de su misión evangelizadora, como signo de su compromiso con el anuncio del Reino de Dios y su justicia (cf. Mt 28,20).

16. El contenido del anuncio misionero es Jesucristo. Gracias a la acción del Espíritu, la misión es ante todo el anuncio de Jesucristo vivo, que exige la conversión a una vida de comunión y solidaridad, que encarne los valores del Reino, para ser así testigos del Evangelio de la vida aquí y ahora y más allá de las fronteras (cf. 1 Tim 2, 4; RMI 87). Dios quiere que todos lleguen a ser sus hijos e hijas en Cristo y que la humanidad entera se convierta en imagen y signo visible de la comunidad Trinitaria. Para esto nos envía a Jesús y a su Espíritu, confiando a la Iglesia la misión de anunciar su Reino (Mt 28, 19; Mc 3,13; 1Tm 2,4).
17. La Iglesia particular debe proveerse de aquellas instancias de animación y formación misionera, que le permitan hacer vida el Evangelio de Jesús, como camino de encuentro con Dios y de transformación de las condiciones de vida de los pueblos. Una vez más, la Iglesia se coloca como servidora del plan de Dios, donde nace el verdadero sentido de la misión, de modo que por medio de Cristo, la humanidad entera se convierta en imagen y signo visible de la Trinidad. Para esto, ayer y hoy, el Señor Jesús sigue confiando su Espíritu a la Iglesia, el Espíritu que desinstala cada día a la Iglesia, y la coloca en camino y a la espera de la realización del Reino de Dios (Mt 28, 19; Mc 3, 13; 1Tim 2, 4).

El Espíritu Santo es el protagonista de la misión en la Iglesia, y la enriquece con la diversidad de dones, carismas y ministerios. En este mundo dividido, la Iglesia está llamada a ser signo de unidad para que el mundo crea que Jesús es el enviado del Padre (Jn 17, 21).



La Iglesia como comunidad, pueblo de Dios en la historia, asume este reto con los criterios de las Bienaventuranzas, que la colocan como signo de contradicción frente a tantas realidades que hoy niegan al Dios de la vida; esto será motivo una vez más, de persecución, camino que a lo largo de la historia se ha presentado a la Iglesia como momento de purificación y cercanía al Espíritu del Resucitado (Mt 5, 1-11; Mc 8, 34; Ap 2, 10b).

18. Las Comunidades locales de la Iglesia se fortalecen, hermanan y renuevan en el compromiso de la misión. Es la conciencia que nace de la lectura del mandato de Jesús en el evangelio (Mt 28, 19-20). Dios es Trinidad, que manifiesta la unidad en la diversidad, por su Espíritu ha sembrado las semillas del Verbo en cada cultura. La Iglesia está llamada a defender la identidad de cada pueblo y encarnar el Evangelio para que dé frutos en su vida.

Son las comunidades las que deben hacer posible el encuentro con Jesús para vivir su proyecto y anunciarlo hasta los confines de la tierra: «No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído» (Hch 4, 20); como para Pablo, ¿puede una comunidad cristiana evadirse del anuncio del Evangelio, y llamarse comunidad de Jesús? «Ay de mi si no anuncio el Evangelio!» (1 Cor 9, 16). Es la comunidad local la que realiza el proyecto misionero, pues prepara, forma, se solidariza con otras iglesias, y mantiene viva la esperanza. Al respecto es importante lo que puntualiza la NMI sobre las Iglesias locales.

19. La espiritualidad misionera nace del encuentro con Jesucristo: «La Iglesia en América debe hablar cada vez más de Jesucristo» (EAm 63), renovándose cada día en el Espíritu de Pentecostés (cf. Hch 2, 1-8), que la fortalece en el camino de la misión (AG 2), y la realiza desde la pequeñez, la pobreza y el martirio (cf. Puebla 368). Esa espiritualidad encarnada permite discernir el paso de Dios en la historia, en la vida de cada comunidad y de cada pueblo, donde la Iglesia hace memoria viva de la Encarnación del Verbo e interpreta los signos de los tiempos. La Iglesia acompaña al pueblo desde la experiencia de Dios, respeta y dialoga con las culturas, tiene presente los valores del



Reino y reafirma la madurez de la fe, hasta alcanzar la plenitud de Cristo (cf. Ef 1, 22).

20. Sujetos y protagonistas de la misión. La misión es patrimonio de toda la iglesia: de laicos, religiosas, religiosos y sacerdotes. Los laicos se reafirman cada día más en esta misión.

El Evangelio nos permite reafirmar el valor de la persona humana y su dignidad al iluminar la realidad que nos toca vivir, en medio de pobreza, desigualdades e inseguridades, fruto de tantas violencias, que afligen hoy al ser humano. En medio de esta realidad, la misión promueve una evangelización que impulsa transformaciones fundadas en la fraternidad, la verdad, la solidaridad, el amor, la liberación, la justicia... (cf. Lc 4, 18-19, Jn 10,10; Mt 25, 31-46; Mc 1, 14-15). No cabe duda de que para la Iglesia son muy importantes las familias, los jóvenes, los niños, la mujer... y para todos ellos la conciencia misionera debe enfrentar proféticamente los cambios necesarios que apunten al fortalecimiento del don de la vida.

21. El Espíritu del Señor Jesús hace nuevas todas las cosas, y ante los retos de la historia, propone siempre nuevos caminos para el anuncio del Evangelio de la vida. La comunidad cristiana sigue siendo el camino para el anuncio del Evangelio, la comunión de la vida, la promoción de la verdadera fraternidad. La Iglesia lo hace desde los criterios que animan el crecimiento del Reino de Dios: la pobreza y la humildad, donde Dios se hace fuerte en medio de la debilidad. Como creyentes rechazamos los triunfalismos, la tentación del poder, la prepotencia de los medios. En el anuncio del Evangelio de Jesucristo, la Iglesia discierne los caminos por donde transita la vida de los pueblos, pues su historia, su tradición y su cultura son lugares del encuentro con Dios. Los nuevos caminos que el Espíritu nos descubre para el anuncio del Evangelio necesitan también de las formas nuevas de transmitirlo; de aquí la importancia de los Medios de Comunicación Social (MCS) y su utilización, de modo, sin embargo, que no contradigan los criterios evangélicos y todas sus consecuencias.



22. Los grandes desafíos de la misión para la Iglesia hoy, son: la globalización, la emergencia de las culturas y el grave fenómeno de las migraciones.

El Espíritu de Dios está presente en la historia y en la vida de los pueblos; en Jesús se nos ha ofrecido el modo más original y definitivo de encuentro con el Padre. Desde la experiencia de la primitiva Iglesia, en que se dio plenamente el don del Espíritu, toda comunidad cristiana está llamada a hacerse instrumento apropiado y eficaz para impulsar hoy la globalización de la solidaridad: nosotros intentamos hacerlo desde la pequeñez, la pobreza y el martirio, realidades que nos recuerdan nuestro carácter de peregrinos, buscadores de Dios y sembradores de esperanza.

La fecundidad del Evangelio de Jesucristo ha de encontrar en cada cultura un ámbito original que haga posible desde valores propios, el encuentro con el Dios de la vida; la Iglesia está llamada a defender la identidad de cada pueblo y a encarnar el Evangelio, para que dé frutos de vida.

En este mundo, el Evangelio nos muestra que el don de la fraternidad que ha suscitado el Espíritu en la Iglesia no tiene fronteras, ni ideologías, ni fisonomías políticas. La Iglesia es familia-comunidad, acogedora, defensora de la vida y de los derechos humanos, servidora de los más pobres y atenta como María a los signos de los tiempos; promueve la paz, la justicia y la solidaridad. Se hace compañera de la historia y de la vida de los emigrantes, presencia de vida, dignidad y esperanza.

23. La misión de la comunidad cristiana tiene un reto inédito ante los desafíos del “mercado de lo religioso”, provocado por la afluencia de grupos fundamentalistas y de nuevos movimientos religiosos.

La Iglesia, como comunidad cristiana, no puede cambiar el estilo de vida de Jesús; su actuación, sus signos, su palabra, seguirán siendo su norma, que recrea en las realidades de hoy a partir de planes pastorales, que apuntan a hacer tan efectiva como dinámica



su presencia en medio de las urgencias del mundo. La Iglesia debe superar la tentación de la competencia y el marketing; la imagen de su presencia en esta historia ha de seguir los criterios de la comunidad que nació al calor del seguimiento de Jesús (cf. Hch 2, 42-47), donde cuenta sobre todo el encuentro con Jesucristo vivo, la oración, la escucha de la Palabra, la docilidad ante la enseñanza de los apóstoles, la fracción del pan (Eucaristía-compartir bienes), y el compromiso con la vida de los pobres.

La comunidad cristiana debe colocar, como gran criterio para fortalecer su camino, la formación y vivencia de los sacramentos, que permitan un verdadero encuentro con Jesucristo, con el Padre, con el Espíritu que es alma de la comunidad.

Los valores de los pueblos asumen el rostro cultural de los momentos más representativos de su propia historia; ante esta realidad la religiosidad popular permite a la Iglesia profundizar en el alma de los pueblos, donde el misterio de Jesucristo y su Evangelio, el misterio del Dios vivo, aparecen coloreados con los sentimientos de generaciones y generaciones. Ellas han depositado en el arte, las tradiciones y la literatura, su preciosa herencia, mostrando así hasta qué punto la presencia del Crucificado Resucitado forma parte del caminar de su Iglesia.

MUÉVETE

A partir de la revelación de Dios y de la realidad de nuestras iglesias particulares, los congresistas recomendamos algunas líneas de acción pastoral para impulsar la misión ad gentes.

24. La iglesia particular debe asumir su misión profética anunciando la Buena Nueva de Jesús, acompañando al pueblo (emigrantes, minorías étnicas, grupos humanos desfavorecidos), manteniendo la fidelidad al Evangelio de la vida, valorando el testimonio de los mártires, asumiendo el proceso necesario de inculturación.

Igualmente corresponde a la Iglesia particular promover los procesos de intercambio con otras Iglesias, en diálogo respetuoso



con las diversas culturas, para que éstas expresen la liturgia, la fe y la vida en las formas propias de cada pueblo; asimismo le corresponde a la Iglesia particular fortalecer y crear centros de formación permanente que impulsen la misión ad gentes.

25. La parroquia ha de ser para todo creyente el espacio privilegiado del encuentro con el Resucitado, para confirmar así el carácter testimonial de sus miembros. Ella ha de tener un acompañamiento cercano y fraterno de todos los que tienen alguna responsabilidad en ella. La parroquia debe impulsar y fortalecer la formación misionera específica, para suscitar en sus miembros la conciencia y el compromiso misionero. Para esto las parroquias deben lograr planes inculturados de pastoral, que incluyan la dimensión misionera.
26. La recomendación pastoral principal, para los múltiples aspectos que hemos tratado en el congreso, concierne la formación en todas sus formas. Encomendamos, pues, propiciar los procesos de animación y formación misionera integral a todo agente de pastoral, sea laico o ministro ordenado, y en cada comunidad cristiana y en cada iglesia particular.

Debe ser una formación fundamentada en la Sagrada Escritura, el Magisterio de la Iglesia y la realidad de nuestros pueblos, dándole prioridad a la teología, la pastoral y la espiritualidad misioneras, que permitan a cada bautizado redescubrir su identidad misionera e infundir los valores del Reino en las realidades temporales del mundo, y a las comunidades cristianas redescubrir su naturaleza misionera.

Ello exige el fortalecimiento y la creación de centros de formación permanente en el ámbito diocesano y nacional, con capacidad para impulsar la misión ad gentes. Estos procesos formativos deben darse a nivel parroquial, diocesano y nacional y han de impregnar de espíritu misionero toda la acción pastoral de la Iglesia.

Se ha de poner especial atención a la formación de los comunicadores sociales, para que puedan utilizar adecuada y profesional-

mente los medios de comunicación social, y tengan la capacidad de darle sostenibilidad y autonomía económica a dichos medios.

27. Puesto que la fe debe ser vivida desde la propia cultura, se hace perentorio impulsar en las iglesias particulares la inculturación del evangelio, con el fin de formar pequeñas comunidades eclesiales vivas y abiertas, que puedan seguir escribiendo, en los inicios del siglo XXI, el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Estas comunidades han de inspirarse en el testimonio de los mártires y en la santidad de vida, para que sean espacios de fraternidad y solidaridad, anuncien el Evangelio de la vida, celebren el misterio pascual y vivan la alegría del discipulado de Cristo. Estas comunidades han de clarificar y fortalecer la identidad cristiana y su sentido de pertenencia a la Iglesia, desde una sentida experiencia de Dios; han de propiciar el diálogo y la convivencia intercultural y ser fermento de cambio para el desarrollo de los pueblos.

28. La dimensión misionera de la pastoral ordinaria y, en particular, la dimensión de la misión ad gentes impregnará los ánimos, las actitudes y las acciones de las personas y las comunidades, en la medida en que se incluya en los planes pastorales de las diócesis y parroquias. Por tanto, se hace necesario plantear una pastoral de conjunto, planificada en las Iglesias particulares, desde el dinamismo de una espiritualidad misionera que se nutre del encuentro con Jesucristo vivo, camino de comunión, conversión y solidaridad, capaz de suscitar vocaciones misioneras ad gentes.
- a. La misionariedad ha de ser el eje transversal de todos los planes pastorales diocesanos y parroquial; además, debe promover la diversidad ministerial, la participación del laicado, especialmente de la mujer, en ámbitos de decisión.
 - b. Dentro de esa pastoral de conjunto se ha de dar prioridad a la pastoral social, que promueva y defienda la dignidad humana, denuncie los mecanismos de la contracultura de la muerte, propicie la formación de una sana conciencia crítica, y abra espacios para una efectiva y activa solidaridad.

- c. También ha de ser prioridad la pastoral familiar para atender y acompañar a las familias, especialmente a las más pobres, promover su formación integral que las impulse a practicar los valores del Reino de Dios, potenciando así la conciencia y responsabilidad misionera ad gentes.
 - d. Finalmente, ha de ser prioritaria la pastoral de la movilidad humana para asegurar el acompañamiento al emigrante y su familia y luchar por la eliminación de las causas que provocan los flujos migratorios.
29. La acción pastoral debe tener en cuenta ciertos rasgos o elementos con el fin de potenciar la dimensión misionera de la Iglesia. Los congresistas señalamos concretamente:
- a. Creación de espacios de formación misionera para las familias, jóvenes y niños, impulsándolos a ser protagonistas de la acción evangelizadora en su entorno y en una perspectiva ad gentes.
 - b. Un efectivo acompañamiento al pueblo de Dios, especialmente: emigrantes, indígenas, colectivos humanos desfavorecidos, en fidelidad al Evangelio de la vida, en sintonía con el testimonio de los mártires, y en coherencia con los procesos de inculturación.
 - c. Promoción de una mayor conciencia crítica frente a la globalización, mediante el impulso de formas concretas de solidaridad y la efectiva colaboración con organizaciones que promueven estilos de vida alternativos, y trabajan por el desarrollo integral de las personas y de las comunidades.
 - d. Fortalecer la formación catequética sobre los sacramentos, para que sean verdaderos encuentros salvíficos que permitan dar razón de nuestra fe en la tarea de anunciar el Evangelio.
 - e. Acompañar las manifestaciones religiosas populares para lograr inculturar el Evangelio y vivenciar una espiritualidad cristiana profunda y abierta a la misionariedad de la Iglesia.